

Serie: Tratados Teológicos

El Bautismo

Un estudio profundo sobre el paso clave que debe dar el cristiano para sellar su compromiso eterno con el Señor.



Federico Salvador Wadsworth





0. Contenido

- 0. Contenido 2
- 1. Introducción General 3
- 2. Estructura del Tratado Teológico 3
- 3. Mapa General de Tratados..... 5
- 4. Mapa del Tratado 6
- 5. Propósito del Tratado 7
- 6. Desarrollo del tema 7
 - 6.1. Introducción..... 7
 - 6.2. Conceptos generales 7
 - 6.3. La gran comisión..... 9
 - 6.4. Un rito de salvación..... 15
 - 6.5. El perdón de los pecados..... 20
 - 6.6. El nuevo nacimiento 21
 - 6.7. El ingreso a la iglesia 24
- 7. Material complementario 27
 - 7.1. La circuncisión 27
 - 7.2. La Cena del Señor 30
 - 7.3. El bautismo de Jesús 32
 - 7.4. El bautismo de fuego 36
 - 7.5. El bautismo por inmersión..... 42
 - 7.6. El rebautismo 47
 - 7.7. El bautismo de infantes 50
 - 7.8. El bautismo por los muertos 59



1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32)**.

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15)**.

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7)**.

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12)**. Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- | | | |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas | Serie 90.nn |
| f. | Historia | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

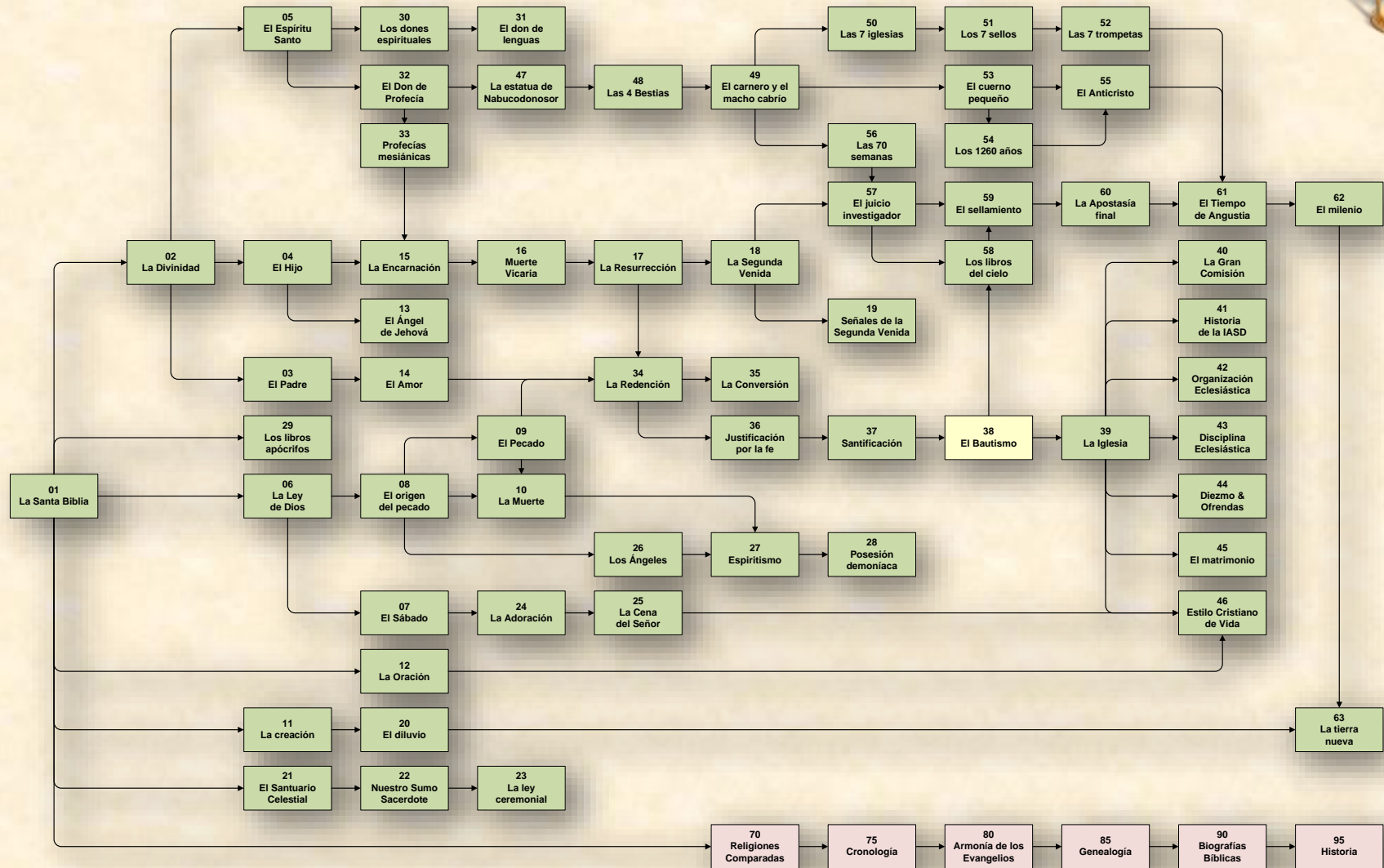
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchan con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

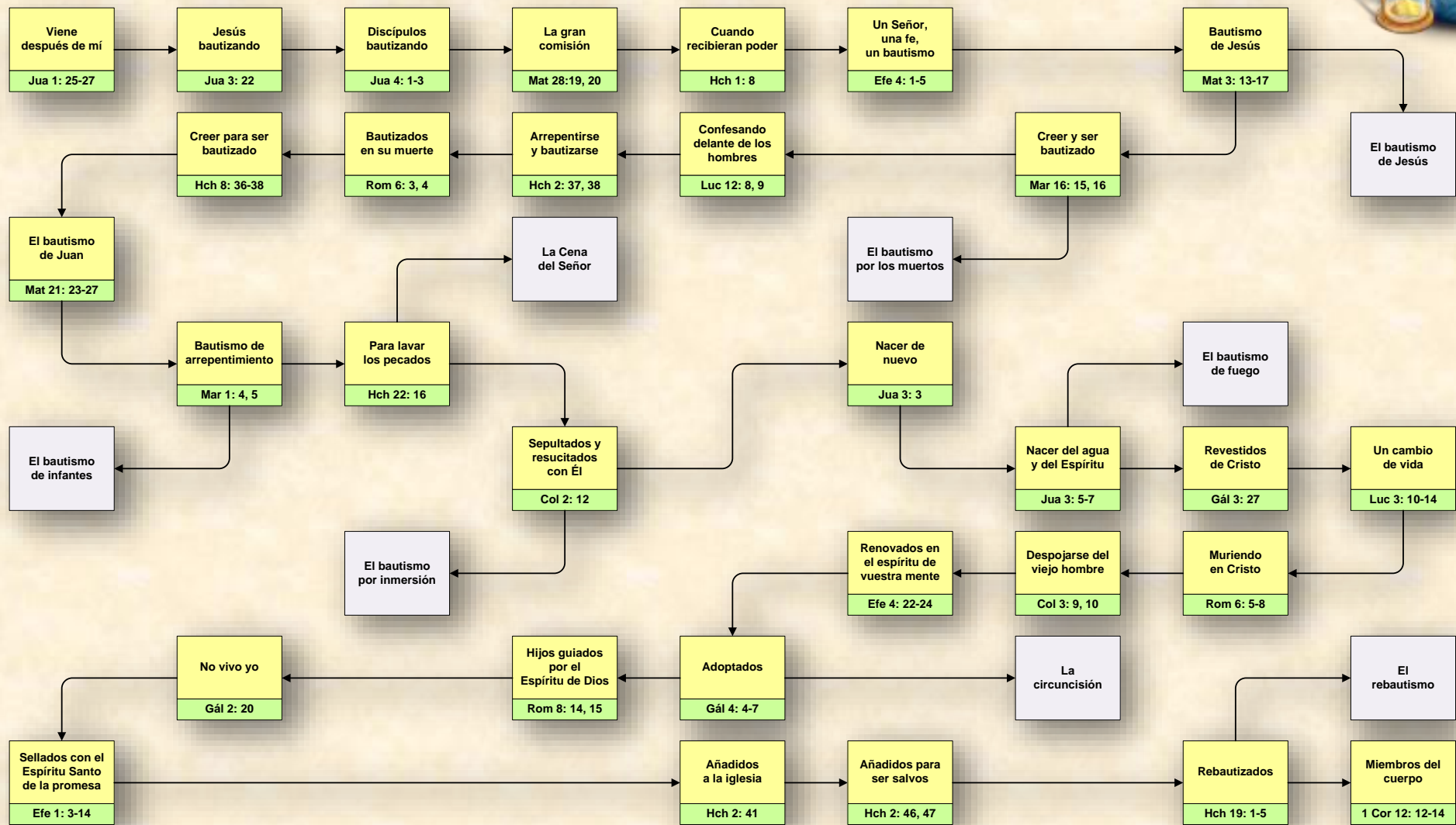


3. Mapa General de Tratados





4. Mapa del Tratado





5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Presentar la importancia del bautismo en la vida cristiana.
- b. Vincular el bautismo y el perdón de los pecados.
- c. Analizar el concepto del nuevo nacimiento en relación con el bautismo.
- d. Establecer la relación entre el bautismo y la Cena del Señor.
- e. Relacionar el bautismo con el ingreso a la iglesia.
- f. Comparar el bautismo con la señal de la circuncisión.
- g. Analizar los conceptos de bautismo en fuego, en Espíritu y de sangre.
- h. Tratar algunos conceptos heréticos relacionados con el bautismo.

6. Desarrollo del tema

6.1. Introducción

La imagen que por lo general se genera en la mente de las personas cuando se habla del bautismo es la de un infante en brazos de su madrina sobre el que un sacerdote derrama un pequeño chorro de agua, mientras que algunas personas, supuestamente en su nombre, afirman que el pequeño bebé será fiel a una iglesia y doctrina que no conoce en absoluto. Esta imagen del bautismo no se parece en nada al concepto bíblico de este rito cristiano y distorsiona totalmente el significado que este tiene.

Comprender la importancia del bautismo y su relación con el arrepentimiento y el perdón de los pecados, y la relación con la obra del Espíritu Santo resulta clave para el mundo cristiano de hoy, que desconoce en diferente grado (es posible que los cristianos evangélicos conozcan un poco más) el significado del bautismo, su relación con el sacrificio expiatorio de Jesús, y su importancia para vida eclesial del creyente.

El tratado que tiene en sus manos, o en su ordenador, es un intento de presentar la importancia del bautismo en relación con el proceso de conversión y el nacimiento del nuevo hombre que Dios desea sea una realidad para cada uno de nosotros. También desearía que este tratado permita aclarar algunos conceptos errados como el bautismo de infantes, así como en algunos temas teológicamente profundos como el bautismo de fuego y su relación con el bautismo del agua. Por razones metodológicas presentaré primero un estudio bíblico sobre el bautismo, y luego en el material complementario trataré algunos temas que permitirán profundizar o recordar lo que usted conoce sobre algunos otros importantes asuntos.

6.2. Conceptos generales

Me parece importante definir el significado básico de la palabra de la que deriva bautismo en nuestra lengua y el concepto que su uso implica. El término significa sumergir o inmergir algo en agua y se relaciona, además de la Santa Biblia, en temas relacionados con las abluciones o lavados, en general hablando de la higiene personal como en los casos de limpiezas rituales. Vea por favor la cita siguiente que corresponde a un documento muy interesante (lo citaré profusamente en este tratado) desarrollado por un grupo de expertos teólogos convocados por el Comité de Investigación Bíblica de la División Euroafricana de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. He omitido en estas citas las palabras con las letras en griego y hebreo, dejando las transliteraciones correspondientes.

Las construcciones verbales y los sustantivos, derivados de la raíz de la que procede la palabra 'bautismo', son usados para abluciones e inmersiones. La palabra hebrea utilizada para estos ritos es... [tābal]. Es un término polisémico traducido según los contextos por: "sumergir", "zambullir", "mojar", "embeber", "empapar". La palabra usada en el judaísmo para bautismo.... [təbylā^h], viene de la raíz...[tbl].

Otros términos son igualmente utilizados para denominar el lavamiento. El verbo rāḥaṣ... es usado para hablar del lavamiento de partes del cuerpo, la cara (**Génesis 43: 31**), las manos (**Job 9: 30**), los pies (**Génesis 19: 2**), también para el cuerpo entero como en el caso de Naamán (**2 Reyes 5: 10**). También se usa para los baños rituales de los sacerdotes, en el momento de su dedicación (**Éxodo 29: 4**) o para cualificarlos para oficiar en el Día de las Expiaciones (**Levítico 16: 4**).

La palabra... [kābas] que, en la mayoría de los casos, se usa en relación con el lavamiento de ropas, se usa también de forma metafórica para hablar del lavamiento por la impureza del pecado (**Salmos 51: 4**). El uso del término... [dūḥa] también es para un colectivo. Se usa figurativamente para expresar la purificación del pueblo, a fin de que Yahvé pueda permanecer en su seno.

Necesitaríamos, sin embargo, ampliar la selección etimológica, porque parece que la palabra clave... [hiṭqaddeš] (literalmente: "santificarse"), de la raíz... [qdš], en la forma verbal hiṭpael, hace



también a veces alusión al baño o al ritual de purificación antes de la manifestación de la presencia de Dios, sea en el santuario o en una teofanía. Bajo esta perspectiva, la orden de santificarse como preparación para la visita de Dios implica el hecho de tomar un baño de purificación (ver **Éxodo 19: 10-15** y **Levítico 15: 5-11, 21-22, 27**). Con respecto a esto, la asociación entre lavar las ropas y lavarse el cuerpo también queda corroborada por la historia de Betsabé contada en **2 Samuel 11: 2, 4**. Hay que destacar también que la raíz... [thr], usada en hitpael, puede incluir la idea de bañarse (**Números 8: 7**).

En el mundo helenístico, el verbo... [baptízein], que es una forma intensiva de... [báptein], está atestiguado ya en el Siglo V antes de nuestra era. Tiene el significado de “sumergir”, “hundir”, “zozobrar”, “tratar de ahogarse”. Una connotación negativa predomina en sus significados; además, su asociación con el culto no procede necesariamente de esta literatura. Encontramos este verbo en la LXX [Septuaginta], en **Isaías 21: 4**, con el significado de “engullir”, “apoderarse de”. Se le atribuye también un sentido ritual en **Eclesiástico** [un libro deuterocanónico, es decir que no pertenece a la Biblia, por si acaso]: “Si uno se purifica del contacto de un cadáver y lo vuelve a tocar, ¿de qué le sirve su baño de purificación?” (**34: 25**) La LXX emplea también los verbos... [lóúein] y... [apolouein] para traducir los términos hebreos relativos al lavamiento.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 4, 5

Es claro que el concepto de bautismo está relacionado con la limpieza o purificación, en este caso del pecado, y se relaciona con la santificación de la que hemos hablado extensamente en el tratado que precede a este. La historia nos permite conocer que el bautismo (con un contenido religioso y ritual) ya había sido practicado antes de la aparición de Juan el Bautista en escena, por lo que cuando él inició su obra predecesora del Mesías lo hizo utilizando un símbolo o rito que no era ajeno al mundo religioso del judaísmo.

Aunque estos antecedentes permiten notar que el bautismo cristiano mantiene con ellos un enfoque común, la purificación, veremos que este último posee conceptos nuevos que iremos presentando mientras ahondamos en la teología cristiana. Sin embargo, debemos hacer notar que la existencia de estos antecedentes no define el bautismo cristiano, sino que permite relacionarlo (ritualmente hablando, inclusive en un enfoque general de propósito) con conceptos ya existentes en el judaísmo, algunos con una marcada semejanza en relación con el compromiso con una vida nueva o un cambio de vida, si prefiere.

En el judaísmo, los prosélitos que se convertían en judíos pasaban por una inmersión, lo que significaba un nuevo nacimiento y una ruptura con su vida pasada. Esta ruptura era vista como algo tan radical que, en ciertas corrientes del judaísmo, se entendía que aquel que se hiciera bautizar podía casarse con su propia hermana [evidentemente esto último, en particular, no tenía nada que ver con el bautismo de Juan, ni con bautismo cristiano actual]. Este bautismo no era practicado por los mismos judíos. Además, hay que destacar que los prosélitos se bautizaban a sí mismos.

Dado que el judaísmo del Siglo I era plural, debemos mencionar el grupo de Qumrán. El lavamiento por las aguas lustrales [para dar lustre o brillantez, en el sentido de purificar, purgar con sacrificios] o los baños rituales eran practicados por los esenios. Estos baños de purificación ocupaban un lugar importante en la vida de esta comunidad. La conciencia de pertenecer a una casta sacerdotal conducía a los esenios a purificarse varias veces al día. La conversión del corazón y las abluciones purificadoras estaban en el centro de sus preocupaciones. En la regla de la comunidad, se especificaba que aquel que no se arrepintiera se le negaría la entrada en el agua, referencia probable al bautismo.

Esta preocupación de pureza, que se manifestaba con reiteradas abluciones, caracterizaba la actitud de un cierto Bano, citado por Flavio Josefo [tal vez el más famoso historiador judío del tiempo antiguo] y del que fue por un tiempo discípulo.

En este contexto, los baños rituales tenían como objeto señalar la ruptura con la impureza e impiedad. Hay que destacar que este bautismo y los baños en general tenían un carácter repetitivo, al contrario que el bautismo neotestamentario, que tenía carácter único.

No hay que olvidar mencionar la purificación de todo el cuerpo con el agua en el Libro IV de los **Oráculos Sibilinos**, en el que se expresan oráculos de origen exclusivamente judío. Desde los años setenta, hay testimonios acerca de la existencia de grupos calificados como heréticos judíos que practicaban el bautismo: los elcasaitas, los hemerobaptistas, los sabeos y los masboteos, los sebanos o sebaseanos.

Los baños rituales y las distintas abluciones son pues una realidad bien documentada en el judaísmo y sus distintas corrientes. Si bien, el significado de dichos ritos dependerá del contexto en el que se practican. Existen puntos convergentes de opinión en relación con la idea de ruptura con la impureza, o en todos los casos con una vida no conforme a la voluntad de Dios. Hay que subrayar que existían diferencias no desdeñables entre el bautismo neotestamentario y las abluciones, ya sea



de prosélitos o de miembros de grupos tales como el de Qumrán. Por tanto, no sólo no puede provenir de Qumrán, sino que sobre todo el bautismo neotestamentario presenta características únicas, la más destacable es que este está indisolublemente unido a la persona de Jesucristo. Además, se puede discernir un contexto polémico entre los movimientos baptistas y el clero de Jerusalén. Como lo señala Michel Quesnel, “la religión oficial preveía, para el perdón de pecados, sacrificios que no tenían nada que ver con el baño de agua al que apelaban los baptistas”.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 11-14

La ordenanza del bautismo pudo haber derivado del bautismo administrado a los judíos prosélitos o del rito practicado por Juan el Bautista. El supuesto de una ruptura con la vida antigua mediante la aceptación de la nueva era común para ambos. Sin embargo, el bautismo de Juan estaba dirigido a los judíos y era una apelación al “arrepentimiento para el perdón de los pecados” (**Marcos 1: 4**). En el caso del bautismo de Jesús el énfasis principal fue el compromiso con una tarea singular y la consagración a su ministerio mesiánico (cf. **Mateo 3: 15**). El bautismo cristiano expresa un significado radicalmente nuevo. La encarnación, muerte y resurrección de Jesús trajo la salvación divina, mientras que el bautismo en el nombre de Jesús indica la participación en esa salvación por medio de la fe en él.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 625

Siendo que existen las similitudes mencionadas, nos preocuparemos en delante de las diferencias, pues es lo que hace único al bautismo cristiano.

6.3. La gran comisión

La aparición del Bautista y su obra llamó la atención de la comunidad religiosa, en especial de los fariseos que preguntaron sobre su derecho a bautizar. El contenido de la pregunta permite comprender que ellos relacionaban el bautismo con la obra del Cristo, cosa en la que tenían razón. La respuesta de Juan no debe haberlos dejado sin inquietud, pues mencionaba que ya estaba entre ellos el Mesías al que supuestamente esperaban, pero que luego, en cuestión de hechos, mayoritariamente rechazarían. Por otro lado, Juan señala que solamente bautizaba con agua, pero Él que venía tras de él lo haría de diferente manera.



Y le preguntaron, y le dijeron:
¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?
Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado.

Juan 1: 25-27

Tras iniciar Jesús su vida pública, luego de ser bautizado por Juan (este bautismo lo trataré con bastante detalle en el material complementario) Jesús empezó también a bautizar a sus seguidores. Esto demuestra que el rito que Juan había iniciado tuvo continuidad durante los 3 años y medio de vida pública de Jesús y que lo realizaba, muy probablemente, a través de sus discípulos. Note que se menciona que hacía más “discípulos” y los bautizaba.

Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba.

Juan 3: 22

Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea.

Juan 4: 1-3

Por lo tanto, no fue sorpresa para los discípulos que Jesús, luego de resucitar, les concediera la gran comisión de llevar el mensaje de salvación y bautizar a quienes le aceptaran como Salvador. Era un gran reto para un pequeño grupo de comprometidos, pero temerosos discípulos, llevar el mensaje a todo el



mundo de aquel entonces. Era un reto no sólo porque la comisión parecía estar muy por encima de sus escasas fuerzas y número, sino porque temían seguramente que el éxito no los acompañase. Pero no estarían solos enfrentado este enorme desafío, se les prometería un poder que supliría todas sus flaquezas y que haría que su obra fuera una de las más grandiosas demostraciones del poder de Dios. Nunca tan pocos hombres lograron tanto en tan corto tiempo.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Mateo 28: 19, 20

Así dio Cristo su mandato a sus discípulos. El proveyó ampliamente para la prosecución de la obra, y tomó sobre sí la responsabilidad de su éxito. Mientras ellos obedeciesen a sus palabras, y trabajasen en relación con él, no podrían fracasar. Id a todas las naciones, les ordenó. Id hasta las partes más lejanas del globo habitable, pero sabed que mi presencia estará allí. Trabajad con fe y confianza, porque nunca llegará el momento en que yo os abandone.

El mandato dado por el Salvador a los discípulos incluía a todos los creyentes. Incluye a todos los creyentes en Cristo hasta el fin del tiempo. Es un error fatal suponer que la obra de salvar almas depende solamente del ministro ordenado. Todos aquellos a quienes ha llegado la inspiración celestial, reciben el Evangelio en cometido.... La iglesia fue establecida para esta obra...

El duque de Wellington [el artífice de la victoria contra Napoleón en Waterloo] asistía una vez a una reunión en la cual un grupo de cristianos discutía la posibilidad de éxito en el esfuerzo misionero entre los paganos. Apelaron al duque para que dijese... su parecer... El viejo soldado contestó: "Caballeros, ¿cuál es vuestra orden de ruta? El éxito no es una cuestión que os toque discutir. Si mal no entiendo, las órdenes que se os dan son estas: Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura. Caballeros, obedeced vuestras órdenes de marcha".

Ellen G. White, La Fe por la cual vivo, 151

Me gusta la cita anterior no solamente porque asegura el éxito de quienes emprendan esta tarea, pues, así como la iglesia primitiva lo logró, también hoy sabemos que contamos con el poder de Dios para terminar la obra que ellos empezaron. Me gusta también por incluir a Wellington, quien doblegó al gran corso en la batalla decisiva (bueno Napoleón no sabía que se enfrentaba a la profecía de Daniel 2 y que no tenía posibilidades... bueno es tema de otro tratado), y que tenía claro que las "órdenes de marcha" estaban dadas.

pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

Hechos 1: 8

Era el propósito de Jesús que sus discípulos se abocaran primero a Israel en su tarea de proclamar las buenas nuevas de salvación, por lo que deberían ir progresivamente abarcando a la ciudad de Jerusalem, luego Judea (la zona geográfica aproximada donde floreció el reino de Judá, que incluía a la tribu de Benjamín) para pasar después a Samaria (región y antigua capital del reino del norte, Israel, conformado en aquel entonces por 10 de las 12 tribus, que se separaron en tiempo de Roboam) que había sido repoblada después de la caída a manos de Asiria en el 722 AC, y que estaba conformada por una multitud mixta, en lo referente a lo religioso, que mezclaba la adoración a Jehová con visos de paganismo; para luego extenderse en su gran comisión al mundo pagano en general.

Es evidente, que, durante este proceso planeado por el Salvador, Él esperaba que la iglesia se fortaleciera primero entre quienes habían sido testigos de la vida y milagros de Jesús, para luego extenderse más allá de las fronteras nacionales y geográficas. La tarea incluía hacer discípulos, bautizarlos en el Nombre de las 3 Personas de la Deidad y enseñarles todo lo que la Palabra de Dios había revelado a Israel en el pasado y la culminación de la historia sagrada con el sacrificio vicario de Jesús.

Todos los evangelios sinópticos afirman que después de la resurrección Jesús dio a sus discípulos una comisión mundial para predicar y enseñar. El registro de Mateo de esta comisión de Cristo a sus seguidores contiene una triple orden:

1. Ir y hacer discípulos a todas las naciones;
2. bautizar los en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y
3. enseñarles a guardar todas las cosas que él les mandaba (**Mateo 28: 18-20**).

Aquí se describe a Cristo como el Señor exaltado, el soberano universal y el Mesías a quien le es dada toda autoridad. De esa forma Mateo concluye su Evangelio enfatizando la dignidad real de Jesús. Es este Rey quien ordena a sus discípulos ir y "hacer discípulos a todas las naciones". En



el versículo **20** Jesús especifica que se hacen discípulos instruyendo a los creyentes en cuanto a sus enseñanzas y mandamientos; los que han llegado a ser discípulos deben ser bautizados. Entonces, el bautismo es la evidencia pública de discipulado.

La comisión evangélica es la gran carta constitucional de la iglesia. Cada creyente tiene la responsabilidad de enseñarle a otros el mensaje del reino de Dios. Los creyentes deben compartir su fe y, en esta forma, hacer discípulos en todas las naciones. Los cristianos deben traspasar los límites nacionales, étnicos y otros para alcanzar a la gente y ganarla para Cristo y su reino.

El aceptar a Cristo involucra un acto inteligente de la voluntad. Es importante la instrucción en las verdades vitales del evangelio antes de hacer la elección de bautizarse. El bautismo es una evidencia de creencia (**Marcos 16: 16**), y sigue a la instrucción.

Después de la resurrección el Señor dio a sus discípulos la comisión de predicar el evangelio a todo el mundo (**Marcos 16: 15**). En **Lucas 24: 47** el énfasis está sobre el arrepentimiento y debe predicarse a todas las naciones el perdón de los pecados. Estos dos conceptos claves, arrepentimiento y perdón de pecados, nos recuerdan el mensaje de Juan el Bautista.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 657



Un concepto clave de la importancia teológica del bautismo es la relación que este tiene con la justificación por la fe y con el Salvador. Cuando Pablo escribe a los efesios menciona que fueron “llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo” uniendo estos tres conceptos. El bautismo, como veremos es la confesión de la fe en un Salvador que nos ha librado, con su muerte, de la culpa de nuestros pecados y ahora a través del bautismo podemos sellar nuestro propósito de vivir una nueva vida en Él.

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo,

Efesios 4: 1-5

La orden de bautizar era parte de la gran comisión dada a la iglesia de hacer discípulos de todas las naciones y bautizarlos (**Mateo 28: 19**). La orden del Señor fue llevada a cabo minuciosamente por los discípulos. Algunos bautismos quedaron

registrados en **Hechos 2: 38, 41; 8: 12, 13, 16, 36-38; 9: 18; 10: 47; 16: 15**. La proclamación del evangelio invitaba a una decisión que culminaba con el bautismo. En el Nuevo Testamento no hay información respecto a cristianos que no fueran bautizados.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 625

Aunque parezca increíble, un grupo importante (y muy numeroso) de teólogos cristianos considera que la llamada “gran comisión” no tuvo como autor a Jesús, sino que se trata de una interpolación incluida en algún momento posterior por acuerdo de los apóstoles. Debo decir que no me sorprende que haya teólogos cristianos que piensan que es una demostración de inteligencia cuestionar el registro sagrado. Aunque parezca innecesario para usted y para mí, veamos cómo se puede probar que esto no es sino otra afiebrada conclusión de quienes no desean obedecer y encuentran “razones” para dudar.

Una gran parte de lo que podríamos llamar el mundo de la ciencia teológica considera que Jesús no es el autor de la cita objeto de nuestro estudio. Una cierta aproximación teológica –que a pesar de una lectura exegética muy limitada se dice científica– pretende que nuestro texto está forzado, sería el producto de una elaboración apostólica, que jamás habría tenido su origen en Jesús. Una afirmación presentada como si se tratara de una ciencia exacta, indiscutible. Constatamos como este tipo de teología cala estrechamente en el pensamiento del mundo contemporáneo. Los principales argumentos son:

- Solamente Mateo aborda el pasaje en cuestión, y le da este sentido [bajo esta premisa cualquier relato o palabra de algún personaje bíblico necesitaría ser citada por más de un hagiógrafo para ser considerada correcta, lo cual resulta increíble tratándose de estudiosos del Libro Sagrado].
- El Jesús histórico no pudo ser el autor de dicha cita. Respecto a su ascensión, no es demostrable [tampoco lo son todos los milagros de Jesús, ni su nacimiento de una virgen, ni



su resurrección, ni las maravillas que Dios realizó en la antigüedad, las plagas de Egipto, el cruce del Mar Rojo, o cualquier otra cosa que usted pueda imaginarse].

- El comportamiento inicial de la iglesia primitiva contradice tal orden de misión [el mismo criterio erróneo se podría aplicar para los Diez Mandamientos por la renuencia de todos nosotros a cumplirlos, y ya han pasado unos 35 siglos].

No se trataría {según ellos} de un logion [una comunicación de origen divino] de Cristo, sino de un logion sobre el Cristo. El texto “nació cuando la Iglesia se formó” y sería esta la que hubiera hecho tal formulación. La comunidad cristiana de finales del siglo I, incorporaría tardíamente el texto “a posteriori” y lo pondría en boca de Jesús; esto no parece que preocupara a la Iglesia de los años treinta de nuestra era. Se trataría más bien de una “tradicción de la Iglesia” de una “fórmula eclesial” de una “leyenda cultural”.

Esto difiere mucho de la forma de argumentar de los defensores de lo que algunos han llamado una “exégesis de la fe”. La teología no debe dejarse encerrar en el pensamiento contemporáneo del medio. Por el contrario, esta, tras una aproximación histórico filológica [filología: estudio de los textos escritos para reconstruir su sentido original] objetiva, tiene que conceder al texto la oportunidad de ser vector de la revelación y dar crédito a las declaraciones de los que reivindicaron ser testigos de las “maravillas de Dios” (**Hechos 2: 11**).

Desde este punto de vista, no hay nada de “superficial”, como afirmaba W. Heitmüller al comienzo del Siglo XX, al querer estudiar este texto en su globalidad. Examinándolo no solo bajo el prisma de la verdad histórica, sino también bajo el de su autenticidad, el de su veracidad.

Aunque el llamamiento al bautismo de **Mateo 28: 19** es “único en su género en el Nuevo Testamento”, se puede descubrir también idéntica intención en otras citas concluyentes de otros Evangelios; correspondencias que son totalmente evidentes. Esto está particularmente claro cuando comparamos este pasaje con el del libro de Marcos, sobre todo en relación al anuncio del evangelio (**Mateo 28: 19 pp; Marcos 16: 16**), a la exigencia del bautismo (**Mateo 28: 19 up; Marcos 16: 16**) y al poder de Cristo (**Mateo 28: 18, 20 up; Marcos 16: 17, 18**). La especificidad de la fórmula “triádica” [mencionando en la fórmula bautismal de la gran comisión al Padre, Hijo y Espíritu Santo] se puede constatar en el bautismo de Jesús con la manifestación del Padre, Hijo y Espíritu Santo. En Lucas, la predicación del arrepentimiento y perdón de pecados (**Lucas 24: 47**) es una anticipación al bautismo (**Hechos 2: 38**). En un contexto donde se manifiestan el don del Espíritu y la promesa de un poder capaz de perdonar los pecados; esta doble asociación, es también para el apóstol Juan, el acto bautismal.

La referencia a las naciones y a la majestad de Jesús referidas en el texto corresponden a una cierta perspectiva del nazareno previa a la Pascua. Plenamente consciente de su misión particular en relación con Israel (**Mateo 15: 24**), adopta la perspectiva del libro de Isaías en el que la expresión “siervo del Señor” adquiere un significado profundo no sólo para Israel (**Mateo 10: 5; 15: 24**) sino también para todas las naciones (**Mateo 28: 19**). A lo largo de su vida terrenal, el horizonte de Cristo sobrepasa en mucho al de su propio pueblo (**Mateo 8: 5-12; 8: 28-34; 24: 4**). El cumplir su obra a través de la palabra y del milagro, es consecuencia del poder de Dios que Jesús posee. Es el poder de Yahvé (**Mateo 5: 21 ss**) que es dado al Hijo (**Mateo 11: 27**). Este poder manifestado en la formulación al llamamiento al bautismo de Mateo es también el del Hijo del Hombre celestial (**Daniel 7: 14**). Visto desde esta perspectiva, la reivindicación de **Mateo 28** no puede en ningún caso ser una creación del evangelista. Tenemos que aceptarla como una afirmación esencial y típica del Jesús histórico, una afirmación que Mateo “ha recibido de Jesús”.

Evidentemente, el carácter particular y excepcional que posee la resurrección en el contexto del plan de salvación, escapa al dominio y a los criterios del método histórico: analogía (correspondencia), causalidad inmanente y correlación (contexto). Como el fenómeno de la resurrección es un hecho que, sobrepasa el universo de lo comprensible o de lo razonable, así como toda tentativa de explicación empírica, los discípulos tuvieron también sus dudas (**Mateo 28: 17; Lucas 24: 11; Juan 20: 25**). Pero las experiencias que vivieron (**Lucas 24: 3, 39; 1 Corintios 15: 5-8**), el mensaje que estas les proporcionaron en su intimidad (**Lucas 24: 6, 34**: “el Señor ha resucitado”) les abrieron horizontes. Y es así como el creyente tiene el privilegio de poder contemplar a un Cristo completo, según la expresión de Lutero. No secundum carnem [según la carne], sino más bien in carne [en carne]. No según la carne, o carnal, sino en su propia carne. O también, para continuar con el paralelismo, no en una realidad exclusivamente humana, sino también divina. Si la teología tuviera que callar esto, no solo se reduciría a sí misma a historia, sino que obviaría aquello que es la esencia misma de su misión.

La lentitud de la iglesia primitiva para abrirse a las naciones es un hecho histórico incuestionable. Pero no hay que atribuirlo de forma precipitada al desconocimiento del mandato. La incertidumbre de los doce como la de cualquier comunidad acabada de nacer está justificada por las pautas dadas para su misión: anunciar el evangelio primero a los judíos, y solamente después, a las



naciones (**Hechos 13: 16**). La misión debía empezar por el pueblo judío antes de poner el pie “fuera” y cumplir una misión particular para los pueblos que rodeaban Israel. Así es como razonaban los primeros cristianos.

Es probable que cierta estrechez de miras en el judaísmo de la época, y también el recuerdo de la obra llevada a cabo por el Maestro jugaran su papel en un contexto donde Jerusalén era el centro de toda la vida religiosa por excelencia. Lo que debía ocurrir, paralelamente, y al fin ocurrió, fue en primer lugar la consecuencia de un malentendido constatado en **Hechos 1: 8**. Los discípulos pensaban en una misión en varias etapas. (**Gálatas 2: 9**). Como el llamamiento al bautismo de Cristo está íntimamente ligado a una orden de misión, es justo pensar que este mensaje de Jesús fuera puesto en práctica desde el principio. Porque si el llamamiento al bautismo es entendido como un mandamiento de Cristo, indudablemente la iglesia cristiana del principio entendería tales palabras del bautismo como una orden a llevar a cabo obligatoriamente. La evolución del bautismo cristiano



desde el bautismo de Juan y del bautismo de prosélitos [del judaísmo, se entiende] no habría sido suficiente para que la iglesia primitiva desarrollara una doctrina y una práctica con tal fuerza. Podemos decir que si el llamamiento al bautismo de **Mateo 28** tiene sus raíces en la experiencia misma del bautismo de Cristo (**Mateo 3**), el bautismo cristiano tiene las suyas en este llamamiento de Jesús. A pesar de todas las tentativas de interpretar tal perícopa [porción abreviada de los evangelios, como en un breviario, por ejemplo] de llamamiento al bautismo y el anuncio del evangelio como fruto de una teología de la iglesia primitiva, E. Schlink ha afirmado con razón que si, en efecto, la resurrección y su testimonio escapan a cualquier argumentación desde el punto de vista histórico, no ocurre lo mismo con el bautismo. La experiencia bautismal se remonta al nacimiento del cristianismo, lo que nos permite resaltar cierta paradoja. Un argumento históricamente intangible, el mandato del resucitado, es el que da la explicación –y esta si incuestionablemente histórica– de la génesis del bautismo cristiano.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 20-26

Es interesante hacer notar, sobre este mismo asunto, que la **Didaché** un documento publicado antes del Evangelio según **Mateo** registra la fórmula triádica, lo que implicaría que antes que el evangelio fuera escrito y difundida la enseñanza acerca de la gran comisión y la cita sobre la Trinidad, ya era esta conocida por los cristianos de aquel entonces. Esto desmonta algunas de las irresponsables teorías que hemos mencionado líneas arriba.

Como hemos visto anteriormente, el texto que estamos estudiando nos invita a bautizar “en” (el alemán es más explícito “in”, “im”, “auf den Namen”) “**nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo**”. Encontramos esta fórmula “triádica” en la **Didaché (7.1-3)** y en los escritos de Justino (1 **Apología 61**). Tiene autoridad en tanto que es una formulación muy “antigua”, “premateana” [antes del Evangelio de Mateo] y, para la teología positiva, “recibida de Jesús”.

La unanimidad del testimonio de los manuscritos clama en favor del origen auténtico de la palabra bautismal del evangelio de Mateo. Se afirma con frecuencia que la fórmula triádica habría suplantado una fórmula presuntamente más acorde con la original, más kyriológica [literal] “**en el nombre de Jesús**”. Pero como corrobora la **Didaché (7.1-3 et 9.5)**, las dos fórmulas eran usadas en paralelo sin ningún tipo de competencia en la primera mitad del Siglo II, y también en la época apostólica. Ambas fórmulas prueban que los primeros cristianos no temían al pluralismo legítimo.

Ambrosio testimonia en el Siglo IV, la igualdad de ambas fórmulas (**De Spiritu Sancto 1.3**). Según J. Schniewind, J. N. Kelly y J. Leipolt, la fórmula kyriológica es “un resumen”, “una versión corta” de la fórmula triádica. La posibilidad de una relación existente entre una forma triádica (referida a una forma triple) y un significado “trinitario” (referido a tres personas y a una esencia divina) es motivo de controversia en el campo de la investigación neotestamentaria. Esta posible relación es a menudo afirmada. E. Schlink piensa con buen criterio que la confesión de fe no es explícitamente



trinitaria, sino que, por el contrario, esta presagia la unidad de las tres personas de la Divinidad, porque está claro que no se bautiza en el nombre de tres personas sino en el nombre de un único Dios. Este solo nombre remite a Dios único que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. El acontecimiento del bautismo de Jesucristo muestra bien esta coexistencia de tres personas en una misma unidad de acción (cf. **Mateo 3: 16, 17**). Así la experiencia bautismal de Pentecostés (**Hechos 2: 33**) y los paralelismos paulinos de **Mateo 28 (1 Corintios 6: 11; Efesios 4: 4-6)**, hizo que A. Schlatter pudiera escribir: “Jesús es el creador del pensamiento del Dios trino”. Padre, Hijo y Espíritu, un Dios en tres personas, siendo un solo Ser (de ahí “**en nombre [uno solo] de**”), Dios toma al bautizado bajo su señorío y lo transporta al universo de su salvación y de su presencia. Las conclusiones a las que ha llegado la teología cristiana se basan en las propias palabras del resucitado y no desarrollan “ningún dogma nuevo”. La misión y el llamamiento al bautismo (**Mateo 28: 19, 20 up**) manifiestan la naturaleza y el deber propios del cristianismo de Jesucristo para todos, para siempre, porque Dios se revela en Él, el Todopoderoso Dios. En un primer momento presuntamente en la sombra para más tarde, desvelar completamente su majestad en el momento de su aparición.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 34-37

Pasando a otros órdenes; es importante establecer el contenido específico de la gran comisión. Es evidente por la forma en la que está escrita (los tiempos de los verbos principales: discipular, bautizar y enseñar) que el enfoque central está en hacer discípulos, es decir un seguidor de un Maestro, en este caso de Jesús. El enfoque no está en el bautismo, que viene ser una consecuencia de haber sido discipulado y de conocer el mensaje de salvación. Inclusive me queda a mí la impresión que se destaca que la enseñanza continúa luego del bautismo, por lo que no es este el punto culminante de la comisión.

Por otro lado, debe evitarse, para el caso del bautismo la concepción sacramental (como de un rito que otorga gracia por sí mismo) sino más como el sello de un compromiso con Dios. Esto pues implica que el agua no posee tampoco un “poder de transformación” sino que es un medio para mostrar que el creyente pasa de la muerte al pecado, a la vida nueva en Cristo, luego de ser “sepultado” en las aguas bautismales.

El verbo principal de la frase que está en imperativo [modo gramatical empleado para expresar mandatos u órdenes] aoristo [tiempo verbal que expresa una acción pasada sin hacer referencia a su duración o relación en el tiempo con otra acción]... [mathēteúsate] (“**haced discípulos**”), determina los participios... [poreuthéntes] (participio aoristo “**habiendo ido**”) y... [baptizontes], ...[didáskontes] (participio presente “**bautizando, enseñando**”) bajo una forma imperativa, si bien se puede traducir así también el conjunto del texto: “**Por tanto id, haced discípulos de todas las naciones, bautizadlos [...] enseñadlos**” (Lutero, edición revisada de 1984). Así están traducidas las versiones de Elberfelder (6ª edición, 1980), H. Menge (Gesamtbibel), la versión de Jerusalén en alemán, H. Wiese y U. Wilckens. También la versión de Lutero de 1522, y su revisión en 1912, F. Tillmann, F. Pfäfflin y R. Storr adoptan esta traducción, proponiendo un “**Haced en todas las naciones discípulos**” copiado de la docete omnes gentes de la Vulgata (“**enseñad a todos los pueblos**”). Como un todo incluido en un contexto, a su vez, también imperativo.

Si tenemos en cuenta el color semítico de dicha frase, estaremos autorizados para entenderla como una misión tripartita, en cuyo interior las secuencias aisladas de un contexto imperativo más general se suceden como diferentes partes de una misma frase. “**Haced** (primero) **discípulos**, (después) **bautizadlos**, (y) **enseñad**”. Si permanecemos, por el contrario, fieles a la sintaxis griega, “**Haced discípulos**” se convierte en la afirmación principal. La continuación del texto se entiende como el comentario práctico a esta, el cómo de su aplicación: “a través del bautismo y de la enseñanza”.

Pero como el “**Haced discípulos**” aparece siempre en el Nuevo Testamento en una secuencia consecutiva muy concreta: anuncio-profesión de fe, fe-bautismo, el bautismo autentifica plenamente el compromiso de convertirse en discípulo. Sin embargo, no se trata de una perspectiva sacramental, el bautismo como instrumento de un rito iniciático, porque el agua no tiene ningún vis mutandi (poder de transformación). Así pues, el bautismo no es un necessitas medii (es decir, que no posee el carácter de un medio de salvación sacramental). Por el contrario, tiene el carácter de un necessitas praecepti, es decir; el de un mandato, vivido en el marco de la obediencia por seres plenamente responsables. Así pues, el ...[euangelízomai] (“anunciar”) de **Hechos 14: 21** precede al... [mathetēúein] (“hacer discípulos”, “llegar a ser discípulo”). Este anunciar el evangelio es también enseñarlo, porque el euangelízomai es... [didáskein] (“enseñar”, **Hechos 5: 42**), o bien... [didachē] (“enseñanza”, **Hechos 5: 28**). Cuando en la iglesia primitiva se hablaba (en griego: ...[laleîn]), se enseñaba a la vez (**Hechos 18: 25**). El evangelio anunciado y enseñado era entendido y aceptado antes del bautismo (**Hechos 2: 37, 38, 41**). Tal proceso se aplica no solo a la joven iglesia en el contexto de los primeros esfuerzos misioneros apostólicos, sino también a ulteriores situaciones de la iglesia. El camino para ser cristiano es el siguiente: entender, creer, ser marcado por el sello del Espíritu (**Efesios 1: 13**). Este último pensamiento es solo un esbozo en el bautismo, a través del cual el creyente manifiesta su deseo de vivir bajo el señorío del Espíritu (**Hechos 2: 38**). La **Didaché (7, 1)** y Justino (**1 Apología 61.2**) confirman esta práctica en el seno de la comunidad primitiva del Siglo II. La proclamación de la Palabra de Dios constituía el anuncio propiamente del evangelio, y



una enseñanza más profunda (catequesis) era impartida a los creyentes (**Hechos 6: 1, 2**), en lo que se ponía un gran cuidado y en la iglesia más tardía. ...[katēcheîn] (“enseñar”, **Romanos 2: 18; 1 Corintios 14: 19; Gálatas 6: 6**) se convierte en el término técnico para citar la instrucción de los candidatos al bautismo (**2 Clemente 17.1**) Estos últimos eran llamados en el contexto griego... [katēchoúmeno] porque en la cultura latina catechumeni u oyentes (los que escuchan). Se preparaban para el bautismo en escuelas de catequesis, la de Alejandría es un ejemplo. No es más que tras la posterior introducción de la práctica del pedobautismo [bautismo de infantes] que la catequesis se fue poco a poco transformando en educación religiosa. Si hacemos referencia a la explicación anteriormente mencionada, en la que profundizábamos en el corazón mismo del pensamiento hebreo, el concepto de “hacer discípulos” se nutre de estos elementos: anunciar, entender, aprender, creer. Luego viene el bautismo, seguido de una enseñanza postbautismal que hay que diferenciar de la instrucción prebautismal.

El segundo significado que se deduce del estudio de la sintaxis griega sigue prácticamente el mismo camino. Desde esta perspectiva, la enseñanza pre o postbautismal sería una explicación de lo que significa ser discípulo. Sería entendida como una instrucción permanente anterior y posterior al hecho excepcional que es el bautismo.

Podríamos citar aquí un tercer significado, atribuido a M. Barth, y que parece ser una variante del segundo. La enseñanza sería exclusivamente prebautismal, precediendo cronológicamente al bautismo. A pesar de la construcción de la frase que la sitúa después. En tanto que elemento esencial en el conjunto del proceso, la enseñanza está puesta a continuación de la invitación al bautismo como una especie de coronación [de todo el proceso, se entiende, que además da la sensación de continuidad a la comisión].

“Es posible que las palabras “enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”, contrariamente a **Didaché 7.1**, sean puestas después de la orden “bautizad” sencillamente en razón a su gran importancia. Pasa con mucha frecuencia en griego que las palabras que el autor quiere subrayar están al final de la frase”.

Dar un sentido únicamente instrumental y sacramental a los participios “bautizándolos [...] enseñándoles” no es en absoluto admisible, tanto desde el punto de vista filológico como teológico. Por la poderosa razón que si les damos un significado esencialmente modal (“mediante el bautismo”), no es del medio a través del cual uno se convierte en discípulo de lo que aquí se está hablando. A lo máximo se estaría dando una explicación complementaria de lo que significa, “hacer discípulos”. Como hemos mencionado previamente, uno se convierte en discípulo acogiendo la palabra del evangelio que nos ha sido anunciada y expresando nuestra fe como respuesta a la palabra. Y esta respuesta se caracteriza por un bautismo y una instrucción.

El participio modal puede dissociarse difícilmente del temporal, una posibilidad es la de optar por la siguiente traducción: “Haced discípulos [...] y bautizad”. Esta permite dejar abiertos los distintos y potenciales destinatarios del masculino... [autoús] (“bautizándolos”). ¿Hay que enlazar esta expresión a la de los futuros discípulos o quizás, como constructio ad sensum [construcción gramatical donde una palabra toma su género o su número de alguna palabra implicada en la oración], el neutro... [éthnē] traducido generalmente por “pueblos” o “naciones”? En el primer caso, el bautismo sería una etapa del proceso para hacer un discípulo, en el segundo caso el bautismo forma parte integrante del propio proceso. Los bautizados son en cualquier caso personas (masculino, en el texto griego) venidas de las naciones (neutro, en el texto griego), que han tomado la decisión de hacerse bautizar sobre la base de escuchar la palabra y de su fe. Sigue quedando abierta la cuestión de saber si... [pánta tá éthnē] se refiere a pueblos incluyendo a Israel o excluyéndolo.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 26-32

6.4. Un rito de salvación

Un concepto que debe ir quedando muy firme en nuestra lógica sobre el bautismo, es que no es solamente un rito, sino que la Palabra de Dios lo considera como un paso indispensable dentro del plan de salvación. Evidentemente no es el rito o el agua lo que transforma la vida del pecador, sino lo que el rito significa: la voluntad del catecúmeno de aceptar a Jesús como su Salvador personal, así como su deseo que el Espíritu Santo empiece a modelar su vida. Es tan importante este rito que Jesús, que no necesitaba ser bautizado, pues no tenía pecado, le pidió a Juan que realizara el rito con Él, para que fuera un ejemplo a seguir para nosotros. Aunque Juan se consideró indigno, y lo era como cualquiera de nosotros, de realizar el bautismo, que implicaba el arrepentimiento y el perdón del pecado, lo hizo siguiendo las órdenes del Maestro.

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que



fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.

Mateo 3: 13-17

Cuando Marcos hace referencia a la gran comisión que el Señor dejó a su iglesia, recalcó la importancia del bautismo. Lea el verso siguiente. Allí se menciona que la salvación por la fe (el que *creyere*) debe unirse al bautismo, mientras que quien no cree no puede ser salvo, así se haya bautizado. Eso establece algo muy importante, al bautismo se llega a través de la fe en Jesús.

Y les dijo: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.*

Marcos 16: 15, 16

Porque es importante que quien cree que el Señor Jesús murió por sus pecados debe testificar delante del mundo que le ha aceptado como el Señor de su vida, que está dispuesto a ser conducido, que someterá su hasta entonces encabritada voluntad a la de Dios, que permitirá que el Espíritu Santo reconduzca su vida. Por favor vea los tratados sobre la justificación y la santificación, pues no debería repetir lo dicho allí, lo que tornaría este tratado muy voluminoso.

Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios.

Lucas 12: 8, 9

Cuando Pedro culminó su mensaje del Pentecostés a la multitud que se había reunido allí, atraída por la manifestación del Espíritu de Dios, muchos se sintieron dolidos de corazón, pues habían rechazado y crucificado al Mesías, que decían esperar (como hasta hoy sus descendientes). Cuando preguntaron qué debían hacer al comprobar que estaban equivocados la respuesta fue: arrepentimiento y bautismo. Esto establece un aspecto clave del bautismo: este sigue al arrepentimiento y como en el caso de los conversos de Pentecostés a la comprensión de la obra de Cristo en nuestro favor. El bautismo es pues una consecuencia de haber aceptado a Cristo y de rechazar el pecado del que estuvo lleno nuestro modus vivendi. Note, también, en la cita subsiguiente que se menciona el concepto del bautismo por inmersión, del que nos ocuparemos más extensamente en el material complementario.

Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: *arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.*

Hechos 2: 37, 38

En esencia, el bautismo es un rito sencillo que refleja el significado del evangelio y el plan de salvación que da a conocer. El vocablo mismo proviene de baptízō, una forma intensiva de bapto, que significa "sumergir dentro de algo". Cuando se refiere al bautismo del agua (**Mateo 3: 6; Marcos 1: 9; Hechos 2: 41**) sugiere la idea de sumergir a una persona en el agua. Al mismo tiempo, siendo que baptízō se usa en el Nuevo Testamento con varios significados, incluyendo el lavamiento (**Marcos 7: 4; Lucas 11: 38**) y el sufrimiento y muerte de Cristo (**Marcos 10: 38, 39; Lucas 12: 50**), no sería muy apropiado hacer de su significado original un argumento único en defensa de la forma de bautizar. Aun así, no debemos ignorar el hecho de que varios casos de bautismo por agua registrados en el Nuevo Testamento involucraban la inmersión (cf. **Mateo 3: 6; Marcos 1: 5, 9, 10; Juan 3: 23**), conclusión sancionada por el significado teológico que le confieren a dicho rito los escritores del Nuevo Testamento.

Para Pablo el significado del bautismo está, en primer lugar, ligado con los sucesos salvíficos de la vida, muerte y resurrección de Jesús: "*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque fuimos sepultados junto con él para muerte por medio del bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en nueva vida*" (**Romanos 6: 3, 4; cf. Colosenses. 2: 12**). La interpretación de Pablo sólo encuentra su significado pleno en el bautismo por inmersión.

En el momento de su bautismo cada cristiano en forma individual se apropia de lo que Cristo realizó en el Calvario en favor de todos los pecadores. En el bautismo los cristianos mueren con Cristo y son crucificados con él (**Romanos 6: 6, 8; cf. Colosenses 3: 3**). La muerte de Cristo los libera del pecado (**Romanos 6: 7, 18**). Resucitados con Cristo, comienzan una vida nueva (versículos **11-13; 7: 4-6; Colosenses 3: 1**).

La inmersión en el agua es la forma externa de nuestra inmersión en Cristo. La acción de levantarse del agua es la expresión externa de la vida nueva en Cristo, de haberse "vestido" del Señor Jesucristo (**Romanos 13: 14; Gálatas 3: 27**). La inmersión en el agua es también la forma



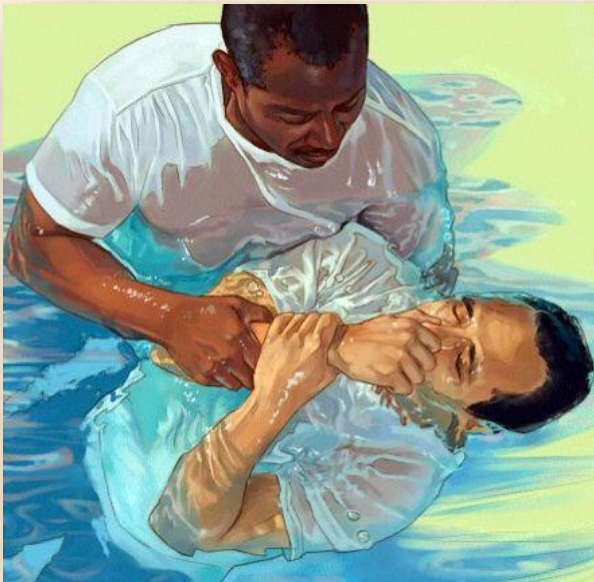
externa de un compromiso vital interno con Cristo. Esto se describe vívidamente en **Romanos 6** mediante varias palabras combinadas con la preposición *σύν*, que significa "con". Somos sepultados juntos (*συνετάφημεν*); hemos llegado a ser una única planta [el prefijo y sufijo *φυτο* que entra en la formación de adjetivos y sustantivos relacionados a las plantas o vegetales] con él (*σύνφυτοι*); la naturaleza antigua está crucificada juntamente con Cristo (*συνεσταυρωθῆ*). Si morimos con Cristo (*σύν Χριστῷ*) también viviremos con él (*συνζήσομεν*; **Romanos 6: 4-6, 8**). Estos temas encuentran un enfoque común en el concepto fundamental del bautismo como el acto de ahogar la vida antigua y de emerger a una vida nueva: una muerte y una resurrección.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 625, 626

El bautismo es un paso muy significativo en la vida del cristiano y debe ser tomado considerando el valor que el cielo le otorga en el plan de salvación. Los padres deben cuidar que sus hijos con la edad suficiente para comprender este importante paso tomen la decisión estando suficientemente preparados doctrinalmente. Deberán en adelante cuidar que su preparación continúe y sean enseñados por precepto y, por ejemplo.

El bautismo es un rito muy sagrado e importante, y su significado debe comprenderse cabalmente. Significa arrepentirse del pecado e iniciar una nueva vida en Cristo Jesús. No debe haber indebido apresuramiento para recibir este rito. Calculen el costo tanto los padres como los hijos. Al consentir en que sus hijos sean bautizados, los padres se comprometen solemnemente a ser fieles mayordomos para estos hijos, a guiarlos en la edificación de su carácter. Se comprometen a cuidar con interés especial a estos corderos del rebaño, con el fin de que no deshonren la fe que profesan.

Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 99



El bautismo debe ser el inicio de una nueva vida, pues simbólicamente hemos sido sepultados junto con Cristo en su muerte, y debemos levantarnos en su resurrección en una nueva vida. Nuestros hábitos pecaminosos deben quedar en el pasado. El hecho que nuestros pecados hayan sido perdonados por la gracia y misericordia de Dios no es una licencia para continuar viviendo de la misma manera. Dios desea que este sea un punto de inflexión en nuestra vida.

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Romanos 6: 3, 4

Las declaraciones de Pablo sobre el bautismo en la epístola a los Romanos hay que entenderlas en el contexto de la victoria de la gracia sobre el pecado. Pablo acaba de decir que allá donde el pecado abunda, la gracia sobreabunda (**5: 20**). Sabe, sin embargo, que corre el riesgo de ser mal interpretado. Y enlaza: ¿Qué diremos pues? ¿Qué debemos permanecer en el pecado para que la gracia abunde? (**6: 1**). Su respuesta es un no rotundo: ...mé génoito... (**6: 2**). El por qué se explica a partir del significado del bautismo, en tres puntos paralelos relacionados entre sí (versículos **3-4; 5-7; 8-10**) mediante un juego de contrastes que asocian al creyente a la muerte de Cristo, a su sepultura y resurrección: así como Cristo muere, es sepultado y resucita de los muertos, así también el bautizado tiene que andar en novedad de vida.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 99

Los que han participado del solemne rito del bautismo se han comprometido a buscar las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; a trabajar fervientemente por la salvación de los pecadores. Dios pregunta a los que adoptan su nombre: ¿Cómo estáis usando las facultades que han sido redimidas por la muerte de mi Hijo? ¿Estáis haciendo todo lo que podéis para alcanzar una altura mayor en la comprensión espiritual? ¿Estáis poniendo vuestros intereses y actos en armonía con los importantes requisitos de la eternidad?...

El bautismo es una solemne renuncia al mundo. Por esta profesión el yo muere a la vida de pecado. Las aguas cubren al candidato y en presencia del universo entero se sella la promesa



mutua. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo el hombre es sepultado con Cristo en el bautismo y se levanta del agua para vivir una nueva vida de lealtad a Dios. Los tres grandes poderes del cielo son testigos del acto, invisibles pero presentes...

Hemos muerto al mundo... hemos sido sepultados en la semejanza de la muerte de Cristo y hemos sido levantados en la semejanza de su resurrección, y hemos de vivir una nueva vida. Nuestra vida debe estar ligada con la vida de Cristo...

Si somos fieles a nuestro voto, se abre ante nosotros una puerta de comunicación con el cielo, una puerta que ninguna mano humana, o agente satánico puede cerrar.

Ellen G. White, La Fe por la cual vivo, 148

Me preocupa a veces que haya personas que intenten darle segundos significados al uso de distintas preposiciones cuando se habla del bautismo. Si alguien dice que yo he sido bautizado "en Cristo" entiendo que he sido bautizado en su muerte y que Él sufrió la muerte en mi lugar. Cuando Pablo sostiene en la carta a los gálatas que "con Cristo" estoy crucificado está señalando (con una figura del lenguaje evidentemente) que su muerte en la cruz me libra de la muerte eterna. Lo importante es comprender que mi bautismo tiene sentido porque Cristo murió por mí, en mi lugar, cargó mis pecados para que yo sea liberado de ellos y cuando el resucita simboliza mi nacimiento a una nueva vida. Muchas veces nuestros teólogos deben enfrentar dialécticamente a los que quieren encontrar una razón, la más rebuscada e insignificante que sea posible, para no renunciar a sus pecados.

Los Hechos de los Apóstoles usan distintas preposiciones asociadas al verbo 'bautizar':... [eis tó ónoma] de Cristo (nombre/dativo [caso gramatical que se puede aplicar a sustantivos y pronombres, y que marca normalmente el complemento indirecto, por lo que sirve para expresar la persona o cosa que recibe el beneficio o perjuicio de la acción verbal], cf. **Hechos 8: 16; 19: 5**); o bien... [epí tó onómati] (literalmente a propósito del nombre/dativo de Cristo, cf. **Hechos 2: 38**); por último... [en tó onómati] de Cristo (nombre/dativo, cf. **Hechos 10: 48**). Notemos las correspondencias que existen entre las preposiciones añadidas al "nombre de Cristo" y estas mismas preposiciones, están a su vez en el contexto de la fe. Creer en Cristo se especifica como... [eis autón] (**Hechos 10: 43**) ... [epí tón kýrion] (**Hechos 16: 31**), o... [en toutō] (**Hechos 13: 39**).

Encontramos en las epístolas la fórmula "bautizar en (... [eis]) Cristo" (**Romanos 6: 3; Gálatas 3: 27**) o bien una formulación análoga a esta "en Pablo" (**1 Corintios 1: 13, 15**), ver "en Moisés" (**1 Corintios 10: 2**). La preposición eis explica "la voluntad del Altísimo de vivir una relación con la persona bautizada", la cual "se entrega al Altísimo" (L. Goppelt). Como los israelitas – bautizados en Moisés– estaban subordinados a su dirección y permanecían en estrecha comunicación con él, la persona bautizada está subordinada a Cristo y unida a él en una comunión de vida y salvación. G. Dellling afirma que no se trata de que la persona bautizada se ofrezca al Señor, sino a la inversa, de que el acontecimiento de la salvación se ofrece por completo a la persona bautizada. Estos dos aspectos se complementan perfectamente. El bautizado pertenece a Jesucristo por la fe, y la salvación realizada por Jesús, y aún en vías de realización, se ofrece en propiedad al creyente a través de la fe. El mencionar el nombre de Jesús no es de ningún modo como el convocar "el poder exorcista de un nombre mágico", como sostuvieron W. Heitmüller y R. Bultmann. Según A. Oepke o también E. Schweizer, la mención sería una expresión idiomática prestada de la cultura helenística. Forma parte de la terminología bancaria y significaba "hacer una transferencia a la cuenta de". De tal manera que la persona bautizada de algún modo es "transferida" a la cuenta de Jesús. Pasa a ser de su propiedad. No de un modo ajeno, sino personal, sobre la base de la fe. ... [pisteúein eis-en], "creer en" es la condición para... [baptízein eis-en] "bautizar en" o "en nombre de" (**Hechos 10: 43, 48; Gálatas 3: 26-27**). De ahí que el bautismo epí tó onómati (literal: "sobre el nombre de"), signifique: sobre la confesión de Jesús, el Mesías.

La fórmula en tó onómati ("en nombre de") amplía el significado del nombre en cuestión. La palabra pronunciada le confiere la máxima autoridad, en la medida en que quien bautiza es de alguna manera el representante del Cristo resucitado. "La persona que bautiza no es más que un intermediario de aquel en cuyo nombre actúa". El resucitado [aquí se refiere a Jesús] obra a través del bautismo como "una palabra visible", lo que está claramente prometido al creyente a través de la proclamación de la seguridad del perdón, de la conversión y. de una vida nueva.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 32-34

No haga usted lo mismo. Si ha comprendido que el Señor Jesús murió por amor por sus pecados, que la deuda con la justicia de Dios ha sido saldada, y que debe hacer un compromiso con el Señor, entonces dé un paso adelante en la carrera por la vida eterna y pida ser bautizado, como el etíope. Este caso es interesante. El etíope era un prosélito del judaísmo y leía en su carruaje el capítulo 53 de Isaías cuando regresaba a su tierra desde Jerusalén. Dios retira a Felipe de donde estaba predicando y lo envía al desierto en el camino que de Jerusalén desciende a Gaza. Por si no se ubica, Samaria está al norte a 40 km en línea recta de Jerusalén y el camino está al sur (no sabemos cuánto había avanzado el etíope, pero menos de 40 km no tuvo Felipe que caminar. El Espíritu Santo saca a Felipe de un lugar donde estaba



predicando el mensaje para que espere en un camino a que pase un etíope que leía sobre el sacrificio del Mesías y no entendía. Felipe, por indicación del Espíritu Santo se aproximó al carro, le explicó al eunuco el significado del texto de Isaías y él, comprendiendo el evangelio, pidió ser bautizado. Aunque no siempre las conversiones serán tan rápidas y milagrosas, lo cierto es que Dios estaba interesado en un etíope que volvía a su tierra, pues Dios sabía que desde su posición podría influir en la difusión del evangelio en su país. Es interesante notar que en Etiopía y Abisinia floreció una gran iglesia cristiana, guardadora del sábado, y que, a pesar de ser perseguida, incluso por la iglesia popular, mantuvo su fidelidad a Dios durante siglos. Es muy posible, de acuerdo a algunos estudiosos, que esa iglesia haya sido consecuencia del encuentro de un misionero y un etíope en un camino desierto al sur de Jerusalem. Pero me maravilla también el deseo del etíope de ser bautizado, apenas comprendió y aceptó “de todo corazón” a su Salvador.

Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó.

Hechos 8: 36-38

“Y he aquí un etíope, eunuco, gobernador de Candace, reina de los etíopes, el cual era puesto sobre todos sus tesoros, y había venido a adorar a Jerusalem, se volvía sentado en su carro, y leyendo el profeta Isaías”. Este etíope era hombre de buena posición y amplia influencia. Dios vio que, una vez convertido, comunicaría a otros la luz recibida, y ejercería poderoso influjo en favor del Evangelio. Los ángeles del Señor asistían a este hombre que buscaba luz, y le atraían al Salvador. Por el ministerio del Espíritu Santo, el Señor lo puso en relación con quien podía conducirlo a la luz.

Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 88

Otros en cambio, comprendieron intelectualmente la verdad, pero no dejaron que su duro corazón cediese a la obra del Espíritu de Dios y rechazaron el mensaje. El encuentro de Jesús con los sacerdotes y ancianos y su pregunta en relación al bautismo de Juan desnuda a aquellos que a pesar de comprender en su fuero íntimo lo que deben hacer, cometen el pecado imperdonable.



Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le dijeron: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad? Respondiendo Jesús, les dijo: yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres? Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: si decimos, del cielo, nos dirá: ¿por qué, pues, no le creísteis? Y si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: no sabemos. Y él también les dijo: tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Mateo 21: 23-27

Yendo al templo donde estaba él enseñando, le preguntaron: “¿Con qué autoridad haces esto? ¿y quién te dio esta autoridad?” Esperaban que afirmase que su autoridad procedía de Dios. Se proponían negar un aserto tal. Pero Jesús les hizo frente con una pregunta que al parecer [note que dice que “al parecer”]

concernía a otro asunto e hizo depender su respuesta a ellos de que contestaran esa pregunta. “El bautismo de Juan—dijo, —¿de dónde era? ¿del cielo, o de los hombres?”

Los sacerdotes vieron que estaban en un dilema del cual ningún sofisma los podía sacar. Si decían que el bautismo de Juan era del cielo, se pondría de manifiesto su inconsecuencia. Cristo les diría: ¿Por qué entonces no creísteis en él? Juan había testificado de Cristo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Si los sacerdotes creían el testimonio de Juan, ¿cómo podían negar que Cristo fuese el Mesías? Si declaraban su verdadera creencia, que el ministerio de Juan era de los hombres, iban a provocar una tormenta de indignación, porque el pueblo creía que Juan era profeta.

La multitud esperaba la decisión con intenso interés. Sabían que los sacerdotes habían profesado aceptar el ministerio de Juan, y esperaban que reconocieran sin reservas que era enviado



de Dios. Pero después de consultarse secretamente, los sacerdotes decidieron no comprometerse. Simulando ignorancia, dijeron hipócritamente: “no sabemos”. “Ni yo os digo con qué autoridad hago esto”, dijo Jesús.

Los escribas, sacerdotes y gobernantes fueron reducidos todos al silencio. Desconcertados y chasqueados, permanecieron cabizbajos, sin atreverse a dirigir más preguntas a Jesús. Por su cobardía e indecisión habían perdido en gran medida el respeto del pueblo, que observaba y se divertía al ver derrotados a esos hombres orgullosos y henchidos de justicia propia.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 544

6.5. El perdón de los pecados

Un aspecto clave del bautismo, además de ser una confesión de nuestra fe en el sacrificio de Jesús, es el perdón de los pecados implicados en él. Esto es solamente aplicación de la justificación por la fe, pues somos librados de la culpa de nuestros pecados por la muerte de Cristo, y el bautismo certifica nuestra fe en el Señor. Desde el bautismo al que llamaba Juan “de arrepentimiento para perdón de pecados” hasta el bautismo de Pablo a manos de Ananías que aparece en la narración del propio Pablo el enfoque es el mismo: el “perdón de los pecados”.

Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

Marcos 1: 4, 5

Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.

Hechos 22: 16

Me han preguntado alguna vez si la conversión viene antes o después del bautismo. Yo respondo que no hay que dogmatizar. Cuando Pablo fue bautizado estaba ya convertido, Ellen G. White menciona que se convirtió a los 11 años y fue bautizada a los 12. Cuando en 1909 Elena llenó una forma para la asociación General se le preguntó cuándo se había convertido y señaló: “Probablemente en marzo de 1840”, es decir cuando tenía 11 años. Me pregunto ¿Por qué habrá puesto “probablemente”? Creo que lo hizo porque el proceso de conversión no es instantáneo y es posible que uno requiera convertirse más de una vez. No estoy seguro, en mi caso, si estaba convertido cuando me bauticé, sí estaba convencido que la Iglesia Adventista del Séptimo Día tenía la verdad, que no es lo mismo. Me gustará decir que mi conversión en todo caso ya está en el pasado, pero sigo pensando que hay cosas que deben ser mejoradas en mi vida. Le recomiendo que lea mi tratado sobre la conversión que antecede un poco a este.



sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.

Colosenses 2: 12

Todos los que profesan ser seguidores de Jesucristo, al dar este paso [el bautismo] se comprometen a andar, así como él anduvo. Sin embargo, la conducta que siguen muchos que hacen una alta profesión, muestra que sus vidas están lejos de estar en conformidad con la del gran Modelo. Modelan su conducta para satisfacer su propia norma imperfecta. No imitan la abnegación de Cristo, o su vida de sacrificio por el bien de otros.

Ellen G. White, Review & Herald, 16 de agosto de 1881

Recuerdo todavía a un hermano de la iglesia en la que fui bautizado. A pesar que yo tenía unos 25 años y él tal vez unos 70 nos hicimos amigos, a raíz de compartir el lavamiento de pies en una Cena del Señor. Nos saludábamos siempre a la salida de la iglesia y era muy grato conversar con él. Un día le pregunté cuántos años tenía de bautizado (yo tenía 2) y me dijo que no se había bautizado. Le mencioné la importancia de este paso, pero me dijo que él estaba seguro de lo que creía y en quien creía. Tratamos el tema un par de veces más en el mismo sentido. Poco tiempo después me fui para ayudar a la formación



de una nueva iglesia y dejé de verlo. Un sábado, un período después, que no alcanzo a precisar, tal vez un par de años, regresé de visita a la iglesia y lo busqué. Me dijeron que había fallecido y a mi pregunta me comentaron que no se bautizó nunca. Me temo que haya perdido su oportunidad...

El encuentro entre Jesús y Nicodemo es muy aleccionador. Nicodemo era un hombre de edad avanzada, tal vez de unos 60 años, y simpatizaba con el joven galileo que predicaba por las calles de Jerusalén. Quiso hablar con él, pero su posición de doctor de la ley le decidió a ver a Jesús apoyado por las sombras de la noche, en privado. Cuando vio a Jesús le dio un gran saludo reconociéndole como un gran maestro. La respuesta de Jesús sigue sorprendiéndome. Leyendo en lo profundo del corazón del fariseo comprendió la gran necesidad de una transformación en su vida. El hecho que viniera a Él de noche y su respetuoso saludo le permitió al joven Galileo darse cuenta que tenía ante sí a alguien que necesitaba el mensaje que tenía. Y se lo dio... sin anestesia.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Juan 3: 3

Usted conoce el resto de la historia. Nicodemo trató de resarcirse del golpe teológico que acababa de recibir, pero Jesús insistió. Le dijo que necesitaba la regeneración espiritual del agua y del Espíritu. Nada podía suplir esa falta en su vida. Y Nicodemo escuchó... y actuó. Aunque no se convirtió en su discípulo hasta que Jesús murió, al final junto con José de Arimatea pidieron valientemente el cuerpo inerte de Jesús. Con sus recursos sostuvo a la iglesia y murió fiel a ella. Todo empezó aquella noche en la conversación con el joven Galileo. Allí comprendió que necesitaba un nuevo nacimiento, el viejo hombre debía morir...

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.

Juan 3: 5-7

Jesús hizo claro que cualquiera que desea entrar en el reino de Dios necesita una regeneración espiritual, el resultado de la renovación del corazón por el Espíritu de Dios y el bautismo de agua (**Juan 3: 5**). De la misma forma Pablo afirma que un candidato para el reino de gloria debe llegar a ser una nueva creación (**2 Corintios 5: 17**). Como resultado de una transformación de todo el ser, este proceso entraña la muerte y sepultura de la naturaleza carnal y la resurrección de una nueva vida en Cristo en el bautismo (**Colosenses 2: 11, 12**).

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 659

El bautismo permite que nuestra desnudez de justicia sea cubierta por la perfecta justicia de Cristo. No es que su justicia cubra nuestros sucios harapos, somos limpiados y recibimos un nuevo vestido, la justicia de Cristo.

porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

Gálatas 3: 27

6.6. El nuevo nacimiento

El nuevo nacimiento no es un asunto solamente simbólico. Se espera que el nacido de nuevo viva de una manera diferente a su experiencia anterior. Su carácter debería reflejar progresivamente las virtudes cristianas que corresponden a la santificación. Vea por favor el tratado sobre este tema, si no lo ha hecho ya. Cuando Juan bautizaba la gente le preguntaba que debía hacer luego. Su respuesta es que su nueva vida significaba el abandono de prácticas comunes, a las que estaban habituados y que debían ser reemplazadas por acciones diferentes, virtuosas.

Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: el que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: no exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: no hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.

Lucas 3: 10-14

La razón del cambio está en que el hombre viejo ha sido sepultado simbólicamente con Cristo ya que "fue crucificado juntamente con él" y que, por lo tanto, ha resucitado con Cristo a una vida nueva. La muerte simbólica del bautismo ha permitido "que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado", y ahora debemos modificar nuestros hábitos de vida pues "si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él".

Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado



juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él;

Romanos 6: 5-8

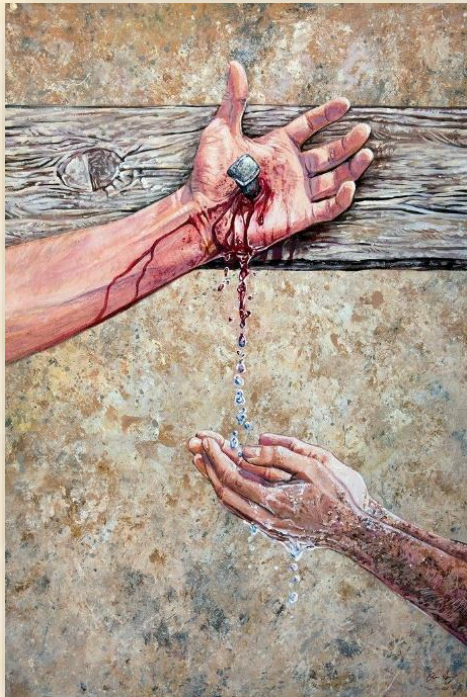
Difícilmente hacemos justicia al significado de Pablo en **Romanos 6: 1-4**, o al capítulo como un todo, a menos que reconozcamos los diferentes significados en los cuales los cristianos mueren al pecado y son levantados a una nueva vida. Como Cristo murió por todos en la cruz, los cristianos son sepultados con él en el bautismo, renunciando a su voluntad y muriendo, por así decirlo, con él en ese día, para permitirle vivir su vida por medio de ellos, como el mismo apóstol declara en **Gálatas 2: 20** y **6: 14**. Los cristianos mueren al pecado y son levantados en el bautismo; de esta manera demuestran su aceptación de la oferta de perdón de Dios por medio de Jesucristo. A través de él, los cristianos reciben la facultad para morir diariamente al pecado y levantarse a una vida nueva mediante la obediencia a Dios. Finalmente, mueren al pecado cuando mueren físicamente; serán levantados en la resurrección de vida en el regreso de su Señor.

Algunos han tomado el verbo en aoristo puntual, “**hemos muerto**”, en **Romanos 6: 2** para significar que a los cristianos se los ve como habiendo muerto con Cristo en su muerte. Sin embargo, el significado que Pablo se propuso se expresa mejor como una referencia a lo que les sucedió a los cristianos romanos –y en verdad a todos los creyentes– en su bautismo: muerte al pecado.

De acuerdo con Pablo, al ser bautizados “**en Cristo Jesús**” los creyentes cristianos son bautizados en su muerte y levantados para compartir en la vida resucitada de Cristo, para “**caminar en vida nueva**” (**6: 3, 4**). Por medio del bautismo están vestidos “**del Señor Jesucristo**” (**13: 14**; cf. **Gálatas 3: 27**). De esa manera los cristianos pueden experimentar plenitud de vida (**Colosenses 2: 9, 10**).

Raúl Dederen,

Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día,
659



Como hemos expuesto en el tratado sobre la santificación este es un proceso continuo que no termina sino con el fin de nuestras vidas. Es un proceso en la cual cada creyente es cambiado “**conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno**”. Note que hay una actitud importante y es que debemos aplicar nuestra voluntad para despojarnos “**viejo hombre con sus hechos**”.

No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,

Colosenses 3: 9, 10

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Efesios 4: 22-24

Se ha hecho provisión para que cuando el ser humano se arrepiente y da los pasos que son requisitos en la conversión, sea perdonado. Cuando es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, estos tres grandes poderes están comprometidos a trabajar en su favor. Y por su parte el ser humano, al descender a las aguas para ser sepultado a la semejanza de la muerte de Cristo y levantado a la semejanza de su resurrección, se compromete a adorar al Dios vivo y verdadero, a salir del mundo y separarse, a guardar la ley de Jehová.

Ellen G. White, Sermons & Talks, Volume 1, 321

Debería ser obvio a esta altura que dicho bautismo es un bautismo de creyentes. Si el bautismo simboliza la muerte del pecador al pecado, seguida de una vida nueva –así como la muerte, sepultura y resurrección de Cristo–, entonces es un acto de fe y un testimonio público de que uno se ha unido a él en su muerte y resurrección, un testimonio de nuestro compromiso con Cristo. Esto explica por qué tan a menudo en Hechos la proclamación, la fe, el arrepentimiento y el bautismo van unidos. En el Día de Pentecostés, ante la pregunta: “**Hermanos, ¿qué haremos?**”, Pedro respondió: “**Arrepentíos, y sed bautizados cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de**



vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (**Hechos 2: 37, 38 BA**). Fue cuando “creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio... y el nombre de Jesucristo”, que los habitantes de una ciudad en Samaria “se bautizaban” (**Hechos 8: 12**). En respuesta a la pregunta del carcelero de Filipos: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, Pablo respondió simplemente: “cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (**Hechos 16: 30, 31**). Inmediatamente después de eso fueron bautizados (versículo **33**).

En cada caso el bautismo fue una expresión de arrepentimiento y conversión. Implica que el hogar y las familias, que se mencionan en ciertas ocasiones (cf. **Hechos 11: 14; 16: 15, 31-34; 18: 8**), cumplieron las condiciones para el bautismo, respondieron a la predicación de la palabra, y confesaron su arrepentimiento y su fe. No hay indicación en el Nuevo Testamento de que en alguna ocasión se hayan bautizado niños. La tendencia general marcha en una dirección totalmente diferente. La inmersión de los creyentes fue la práctica en los tiempos apostólicos. La introducción de cualquier otra forma no tiene fundamento bíblico y seguramente conduce a concepciones erróneas.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 626

He mencionado un cierto asunto algunas veces a diferentes personas y las reacciones a veces son emotivas y en muchos casos de desagrado. Evidentemente no lo hago para causar estas emociones, sino para que se entienda un concepto importante para la salvación. Cuando me preguntan si todas las personas son hijos de Dios, yo digo que todos hemos sido creados por Dios, somos criaturas de Dios, pero no todos somos sus hijos. Y esto a veces molesta... pero eso no hace que lo que digo deje de ser cierto. Observe con atención la siguiente cita bíblica. En ella se menciona que “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” y lo hizo para que “recibiésemos la adopción de hijos”. Si una persona es adoptada, es porque el que le adopta no es su padre, o si quiere decirlo de otra manera el adoptado no era hijo antes de la adopción. Si Dios tiene que adoptarme es porque no soy su hijo. Yo me convierto en hijo cuando he sellado mi pacto de adopción a través del bautismo. Dejo de ser esclavo y soy hijo, pero no lo era antes.

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

Gálatas 4: 4-7

Por supuesto, no es el bautismo lo que convierte al pecador mágicamente en hijo de Dios, sino es la obra del Espíritu Santo en su vida. Nadie puede reclamar el derecho (ni usted, ni yo) de ser llamado hijo de Dios si su vida no es guiada por el Espíritu de Dios. En realidad, por la misericordia de Dios manifestada en la muerte de su Hijo, muerte que me libra de mi culpa y la consecuencia natural de mis pecados, es por lo que yo puedo ser aceptado como su hijo. Ningún mérito en mí ni para procurar la adopción, ni ningún mérito hay una vez que he sido adoptado. La gracia manifestada en la justicia imputada e impartida es la que me da la posibilidad de ser llamado hijo de Dios. Pero como hijo tengo que parecerme a mi Padre.

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

Romanos 8: 14, 15

Debemos seguir los pasos de la genuina conversión y culminar este proceso en el bautismo. Pero se demanda de nosotros que nuestra vida ahora sea conducida por el Espíritu Santo, que Cristo pueda morar en mí, que mi vida pueda mostrar que pertenezco a Él y que por su poder podemos ser “santos y sin mancha delante de él”. No será fácil, pero Dios que “nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” ha provisto todo lo necesario.

Los pasos en la conversión, que están señalados claramente, son: arrepentimiento, fe en Cristo como el Redentor del mundo, fe en su muerte, sepultura y resurrección –que se muestran por medio del bautismo–, y su ascensión a lo alto para interceder en favor del pecador.

Ellen G. White, Youth Instructor, 01 de febrero de 1874

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Gálatas 2: 20

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para



alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

Efesios 1: 3-14

6.7. El ingreso a la iglesia

El bautismo además de significar el inicio de una vida nueva para el creyente (un cambio de carácter y de enfoque de la vida entera) significa obtener el pasaporte de entrada a la iglesia. Esto es además importante pues significa que su nombre será inscrito en el libro de la vida (le prometo que trataré este tema en otro tratado). La cita siguiente presenta el primer gran bautismo masivo (no fue el único) de la iglesia primitiva luego del discurso de Pedro en Pentecostés. El bautismo significa entonces la incorporación al cuerpo de Cristo, “un solo cuerpo”, que es la iglesia.

Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.

Hechos 2: 41

Se considera que los cristianos no sólo son bautizados “en Cristo” (**Gálatas 3: 27**) sino que también son bautizados en “un solo cuerpo”: en la iglesia, en el cuerpo de Cristo. Si el bautismo significa identificarse con Jesucristo, a la misma vez es una identificación con su cuerpo: la iglesia. Dicho en las palabras de Pablo: “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (**1 Corintios 12: 13**). El bautismo cristiano es un bautismo “en el nombre de Jesucristo” (**Hechos 2: 38; 10: 48**) o “en el nombre de Jesús” (**8: 16; 19: 5**), lo cual, en vez de referirse a diferentes fórmulas bautismales, parece hacer referencia al importante significado teológico del bautismo. Implica más particularmente que los que son bautizados pertenecen a Cristo, involucrando de nuevo el concepto de su incorporación.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 626

Un poco más adelante, Lucas resalta que el proceso de incorporación a la iglesia siguió aceleradamente pues “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”. No me gustaría pensar que usted piense que quiero pontificar sobre este tema: iglesia-salvación, por lo cual me extenderé para justificar lo que menciono.

Si bien pertenecer a la iglesia no asegura la vida eterna (ni para usted ni para mí), recuerde que hasta el final la cizaña estará mezclada con el trigo, tampoco podemos afirmar que una persona que no pertenece a la iglesia no puede ser salva. Todo es mucho más complejo que eso y tiene que ver con la justificación por la fe y la santificación, de las que hablo en tratados precedentes. Pero lo que es cierto es que desde que se formó la iglesia cristiana en tiempos apostólicos el medio de ingresar a la iglesia para compartir la misión de esta ha sido el bautismo. Yo no entendería que me encuentre salvado y comprometido con la obra de Dios y no participe de la iglesia y su obra de salvar almas.

Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

Hechos 2: 46, 47

Cristo ha hecho del bautismo la señal de entrada en su reino espiritual. Ha hecho de él una condición positiva que todos deben cumplir si desean ser considerados bajo la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los que reciben el rito del bautismo, declaran públicamente que han renunciado al mundo, y se han convertido en miembros de la familia real, hijos del Rey celestial.

Ellen G. White, La maravillosa gracia de Dios, 143

Pablo entiende el bautismo como una iniciación en la vida de Cristo, pero también como una iniciación en el cuerpo corporativo de Cristo: la iglesia (cf. **1 Corintios 6: 11; 12: 13**). El bautismo no está por interés propio; siempre es la puerta a la iglesia. Pertenecer a la iglesia, el cuerpo de Cristo, significa que por su bautismo los cristianos aceptan las responsabilidades del cuerpo. El ser miembro en ese cuerpo involucra “soportarse con paciencia los unos a los otros con amor”, solícitos en “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (**Efesios 4: 2, 3**) y eliminar las barreras entre los miembros compañeros de iglesia (**Gálatas 3: 27-29**). También significa emplear los dones



espirituales conferidos por el Espíritu para edificar al cuerpo de manera que pueda alcanzar “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (**Efesios 4: 11-13**). En conclusión, ser un miembro del cuerpo compromete al cristiano con la tarea misionera de la iglesia (**Mateo 28: 18-20**)

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 660

Por si ha quedado alguna duda sobre la seriedad del bautismo me gustaría que leyera las citas siguientes. Allí no solamente resalta la necesidad de la preparación del catecúmeno sino la responsabilidad de la iglesia de asegurarse que la persona que piensa dar ese paso ya esté mostrando en su vida los efectos de conocer a Jesús como su Salvador. Note que la Sierva del Señor menciona que se debe aplicar “**estrictamente**” la “**prueba del discipulado**”. También los padres cristianos tienen una obra que hacer cuando sus pequeños desean dar el paso del bautismo.

Algunos suponen que es incorrecto “**juzgar**” (sin ninguna discusión de cuándo y por qué) pues no comprenden la diferencia entre erigirnos en jueces de nuestros hermanos y evaluar la condición de un creyente para el bautismo o en un caso de disciplina. Son conceptos totalmente diferentes.

La prueba del discipulado no se aplica tan estrictamente como debiera ser aplicada a los que se presentan para el bautismo. Debe saberse si están simplemente tomando el nombre de adventistas del séptimo día, o si se colocan de parte del Señor, para salir del mundo y separarse de él y no tocar lo inmundo. Antes del bautismo, debe examinarse cabalmente la experiencia de los candidatos. Hágase este examen, no de una manera fría y manteniendo distancias, sino bondadosa y tiernamente, señalando a los nuevos conversos el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Háganse sentir a los candidatos para el bautismo los requerimientos del Evangelio.

Ellen G. White, El Evangelismo, 229

La preparación para el bautismo es un asunto que necesita ser considerado cuidadosamente. Los nuevos conversos a la verdad deben ser fielmente instruidos en el sencillo ‘**Así dice el Señor**’. La palabra del Señor ha de ser leída y explicada a ellos punto por punto.

Ellen G. White, El Evangelismo, 227

Antes del bautismo debe examinarse cabalmente la experiencia de los candidatos. Hágase este examen no de una manera fría y manteniendo distancias, sino bondadosa y tiernamente, señalando a los nuevos conversos el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Háganse sentir a los candidatos para el bautismo los requerimientos del evangelio.

Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 101

Hay una cosa que no tenemos derecho a hacer, y ésta es juzgar el corazón de otro hombre o impugnar sus motivos. Pero cuando una persona se presenta como candidato para ser miembro de la iglesia, hemos de examinar el fruto de su vida, y dejar la responsabilidad de sus motivos con él mismo. Mas debe ejercerse gran cuidado en aceptar miembros en la iglesia; pues Satanás tiene sus artimañas especiosas por medio de las cuales se propone atestar la iglesia de falsos hermanos por cuyo medio pueda obrar con mayor éxito para debilitar la causa de Dios.

Ellen G. White, El Evangelismo, 230, 231

Después de trabajar fielmente, si están convencidos de que sus hijos comprenden el significado de la conversión y el bautismo, y de que están verdaderamente convertidos, sean bautizados. Pero, repito, ante todo prepárense ustedes mismos con el fin de actuar como fieles pastores para guiar sus pies inexpertos por la senda estrecha de la obediencia. Dios debe obrar en los padres para que ellos puedan dar a sus hijos un buen ejemplo de amor, cortesía y humildad cristiana, y así conseguir que efectúen una entrega completa del yo a Cristo. Si consienten en el bautismo de sus hijos y luego los dejan hacer lo que ellos quieran, no sintiendo el deber especial de mantener sus pies en la senda recta, ustedes mismos son responsables si pierden la fe, el valor y el interés en la verdad.



Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 100

Aunque espero tratar el tema del rebautismo en el material complementario es bueno introducirlo en base a la experiencia de Pablo en Éfeso. Allí se encuentra con un grupo de discípulos que habían sido bautizados en el “**bautismo de Juan**” pero que no habían conocido la obra de Jesús, ni la del Espíritu Santo en su salvación. Comprendiendo esto se dieron cuenta que debían ser bautizados nuevamente, pero esta



vez “en el nombre del Señor Jesús”. Una comprensión de verdades fundamentales que habían sido ignoradas (no voluntariamente) impulsó a estos sinceros discípulos a pedir el bautismo. Esto puede ocurrir con personas que han sido bautizadas por inmersión en iglesias protestantes, pero no han conocido aspectos sustantivos de la salvación, o personas que no han conocido el bautismo por inmersión, por ejemplo.

Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo: ¿recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿en qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: en el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Hechos 19: 1-5

La Biblia enseña el bautismo por inmersión. Como se observó antes, la palabra “bautismo” indica inmersión. De igual manera los ejemplos del Nuevo Testamento muestran que el bautismo es por inmersión. Por último, la referencia de Pablo a la sepultura y resurrección en **Romanos 6: 3-5** no tendría sentido a menos que se refiriera a una inmersión total. El bautismo por aspersion, o por derramar agua sobre la cabeza del candidato, no se conforma al modelo bíblico o significado de bautismo por inmersión.

Cuando se administra el bautismo, los cristianos usan por lo común la fórmula que se encuentra en **Mateo 28: 19**: “...en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Bautizar en el nombre puede significar en la familia de, o sobre la base de la autoridad delegada por, el Dios triuno. En los tiempos apostólicos se usó la fórmula “...en el nombre de Jesucristo” o “...en el nombre del Señor Jesús” (**Hechos 2: 38; 8: 16; 10: 48**). El bautismo sólo en el nombre de Jesús, más bien que de acuerdo con la fórmula de **Mateo 28: 19**, puede reflejar la exhortación de Pedro de aceptar a Jesucristo como el Cristo-Mesías, confesarlo públicamente y unirse a su iglesia.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 660

El bautismo es una solemne renuncia al mundo. Los que son bautizados en el triple nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el momento de entrar en la vida cristiana, declaran públicamente que han abandonado el servicio de Satanás, y han llegado a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Han obedecido el mandamiento: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo”. Y para ellos se cumple la promesa: “Y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. **2 Corintios 6: 17, 18.**

Ellen G. White, El Evangelismo, 226

La unidad del cristiano en la iglesia se realiza a través de Cristo, somos parte de su cuerpo, personas diferentes, con diferentes experiencias de vida, edad, sexo, posición económica o nivel de educación, pero todos tenemos una parte en el funcionamiento del cuerpo que es la iglesia. El Espíritu de Dios debe conducir a cada miembro a buscar la unidad en la diversidad.



Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.

1 Corintios 12: 12-14

En varios pasajes del Nuevo Testamento el don del Espíritu está conectado explícitamente con el bautismo por agua, como en **Hechos 2: 38; 8: 14-17; 9: 17, 18; 10: 44-48; 19: 1-7**; y en los evangelios, como en **Mateo 3: 11; Marcos 1: 8; Lucas 3: 16; Juan 1: 33**

y **3: 5**. En algunos casos el otorgamiento del Espíritu precede al bautismo (**Hechos 10: 44, 47**); en otros viene después (**Hechos 2: 37, 38; Marcos 1: 8**). En dos ocasiones el relato bíblico asocia la imposición de manos con el otorgamiento del Espíritu (**Hechos 8: 12-17; 19: 1-6**). Sin embargo, no hay una sola enseñanza en el Nuevo Testamento que sugiera que la imposición de manos es la condición necesaria, o el momento, cuando se imparte el Espíritu Santo. En el caso de Cornelio, el



Espíritu se le concedió antes del bautismo y sin ninguna señal externa, como la imposición de las manos de Pedro (**10: 44-48**). Aun así, el apóstol no consideró que, después de una señal tan obvia del favor de Dios, fuese innecesario que Cornelio y su familia sean bautizados por agua. Ambas cosas deben marchar juntas.

En el Nuevo Testamento la ceremonia bautismal es un todo integral, una unidad que no debe analizarse según las partes que lo componen. Es mediante la acción total que se confiere el Espíritu. No existe un bautismo bíblico sin el Espíritu. El bautismo siempre es bautismo en agua y en Espíritu.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 627

7. Material complementario

Hay un conjunto de temas relacionados con el bautismo que hemos incorporado en los tratados precedentes y algunos otros, en relación con la eclesiología (el estudio de la iglesia) que serán estudiados más adelante, en otros tratados. Me gustaría ocuparme aquí de algunos conceptos que tienen relación con el bautismo y que permitirán aclarar algunas dudas, así como ampliar lo que hemos tratado sobre este tema en las páginas precedentes.

7.1. La circuncisión

Hemos mencionado la circuncisión como un tema relacionado al bautismo cristiano, por lo que me gustaría explorar un poco más la materia, tanto para entender el concepto de circuncisión como su relación con el bautismo. Mientras que la circuncisión es una señal de la conexión de Dios con el pueblo elegido, Israel, desde la época de Abraham, el bautismo se convierte en la señal distintiva de pertenencia a la iglesia, desde la institución de la misma por nuestro Señor.

También es importante señalar que en tiempo de los apóstoles debió dilucidarse que había una diferencia entre la circuncisión que establecía una marca identificatoria de Israel como el pueblo del pacto, y la pertenencia al nuevo pueblo de Dios como iglesia, que pasó de ser un asunto de raza o identidad nacional a un grupo multirracial y sin geografía definida. Una crisis que debió ser manejada para enfrentar a quienes sostenían que la circuncisión era requisito para la salvación.

La circuncisión había de ser una señal de la alianza eterna que Dios había establecido con Abraham y todos sus descendientes. Y las instrucciones divinas sobre la circuncisión eran muy concretas: **“Todos los varones de cada generación deberán ser circuncidados a los ocho días de nacidos, tanto los niños nacidos en casa como los que hayan sido comprados por dinero a un extranjero y que, por lo tanto, no sean de la estirpe de ustedes. Todos sin excepción, tanto el nacido en casa como el que haya sido comprado por dinero, deberán ser circuncidados” (Génesis 17: 12, 13, NVI)**. Además, las consecuencias de la inobservancia eran graves: **“El incircunciso, aquel a quien no se le haya cortado la carne del prepucio, será eliminado de su pueblo por haber violado mi pacto” (versículo 14)**. Por esta razón, la circuncisión desempeña un papel aún más fundamental en el judaísmo... Para los judíos, desde luego, no es una cuestión de higiene; ni siquiera consiste en un rito iniciático. Antes bien, se trata una orden directa dada por Dios y de una señal del pacto que hizo con Abraham y con todos los descendientes de este.

...Aunque comprender el origen divino de la circuncisión en el judaísmo revela por qué los judíos tenían convicciones tan firmes al respecto, no explica por qué Pablo tuvo que hablar de forma tan negativa sobre ella en Gálatas. Recordemos que el propio Pablo era judío, y no se avergonzaba de ello. En realidad, habla positivamente de su formación judía y hasta de la circuncisión (**Romanos 3: 1, 2; 9: 3-5; Filipenses 3: 4-6**). Entonces, ¿qué causó tal enfado en Pablo por las circunstancias de Galacia como para que exclamara: **“Escuchen bien: yo, Pablo, les digo que, si se hacen circuncidar, Cristo no les servirá de nada” (Gálatas 5: 2, NVI)**? De hecho, Pablo se hallaba tan consumido por una ardiente ira contra los que insistían en que los creyentes gentiles se sometieran a la cuchilla de la circuncisión que realizó una declaración asombrosa: **“¡Ojalá que esos instigadores acabaran por mutilarse del todo!” (versículo 12, NVI)**. ¿Cuándo fue la última vez que oíste a tu pastor decir algo semejante a toda la congregación?

En pocas palabras, Pablo no se oponía a la circuncisión como institución divina dada a los judíos; ¿cómo podría, siendo que, después de todo, había sido dada por Dios? En **Hechos 16: 1-4**, inmediatamente después de que el Concilio de Jerusalén declarara que la circuncisión no era un requisito para los gentiles, Pablo incluso hizo que Timoteo, cuya madre era judía, fuera circuncidado. Para él, la circuncisión no era meramente un asunto de buenos y de malos.

La causa del enfado de Pablo era la posición distorsionada que el antiguo judaísmo había adoptado en cuanto a la circuncisión. Unos doscientos años antes del nacimiento de Jesús, en una época de enorme persecución, el rito se había convertido en un apreciado símbolo de identidad nacional y religiosa. La tierra de Israel había caído bajo la jurisdicción de Antíoco IV Epifanes,



gobernante griego de la antigua Siria [fue rey de la dinastía seléucida en el periodo 175 - 164 AC]. Antíoco tenía grandes planes para su reino y opiniones excelsas de sí mismo; por ejemplo, algunas de sus monedas tenían la inscripción Antiochos Theos Epífanēs (“Antíoco, quien es dios manifiesto”). En su empeño por cohesionar más estrechamente su reino, decidió que todos sus súbditos debían adoptar las prácticas religiosas de los griegos. Como cabía esperar, muchos judíos se negaron a renunciar a su antigua fe.

Antíoco promulgó otro decreto que se proponía pisotear la fe de los judíos. Prohibió, bajo pena de muerte, la práctica de los aspectos externos más distintivos de la fe judía: la circuncisión, la observancia del sábado, el respeto por las leyes alimentarias y los servicios rituales del templo. Aunque muchos judíos estuvieron dispuestos a transigir, otros se alzaron en defensa de sus costumbres ancestrales. Estos no sólo tomaron la espada contra Antíoco, también la volvieron contra cualquier compatriota judío dispuesto a transigir. Y, de todas las leyes antiguas, la circuncisión se convirtió en el criterio definitorio de si una persona era fiel hijo de Abraham...

Y siguió siendo una señal de identidad mucho tiempo después de que los judíos derrotaran a sus gobernantes sirios, lograran su propia independencia y acabaran bajo el yugo del Imperio romano. Durante los breves años de su independencia, los judíos celosos no solo obligaron a que todos los judíos incircuncisos de Israel fueran circuncidados, sino que lo requirieron de todo hombre, judío o no, que viviera en zonas bajo jurisdicción judía. ¡Podemos tener la seguridad de que eso no dejaba muchos hombres con una perspectiva positiva del judaísmo! Aunque Dios requirió la circuncisión de los descendientes físicos de Abraham en el Antiguo Testamento, nunca la requirió de los gentiles.

Algunos judíos llegaron incluso a considerar el mero acto de la circuncisión como un pasaporte automático para la salvación. Un epigrama de la época de Jesús afirmaba: “Los hombres circuncidados no descienden a la gehena [infierno]”.

Teniendo presente este contexto histórico, podemos entender mejor por qué Pablo se opuso tanto a la “práctica forzada” de la circuncisión en Galacia. El quid no estaba en realidad en la circuncisión por sí misma, sino en la cuestión de identidad. ¿Cuál debería ser la característica definitoria del cristiano? ¿Qué papel debería desempeñar la circuncisión en la vida de la iglesia cristiana?

Carl P. Cosaert, Gálatas, Una respuesta apasionada para una iglesia con problemas, 23-25

Resulta de alguna manera explicable la desazón de Pablo que percibía como una señal que había quedado obsoleta en el tiempo obstaculizaba el crecimiento de la iglesia y causaba división entre los cristianos que eran de procedencia judía, la mayoría en aquel entonces. En su tratamiento del tema Pablo vincula el bautismo con la circuncisión al decir que de lo que se trata es de una circuncisión del corazón, en el sentido de retirar de él lo que era innecesario, era retirar la “carne” (al hombre carnal) de la vida del cristiano y reconocerlo como miembro del cuerpo de Cristo. Hay entonces elementos comunes en la circuncisión y el bautismo, pero este último derriba las barreras nacionales que el anterior símbolo establecía.

El contexto en el que se da esta referencia está lleno de importantes advertencias con respecto a enseñanzas falsas que en Colosias estaban enturbiando la pureza del evangelio.

Se presentan en este texto tres elementos claves del bautismo: la “circuncisión de/en Cristo” (2: 11), el hecho de ser “sepultados/ resucitados con él [Cristo] en el bautismo” (2: 12) y el contraste entre “muertos al pecado/entregados a la vida” (2: 13).

Colosenses 2: 11, 12 es el único texto bíblico que une circuncisión y bautismo. Pablo tenía razones importantes para relacionar ambos ritos.

En primer lugar, la circuncisión era el rito por el cual los hombres entraban a formar parte de la comunidad de Israel. El uso, sin explicaciones, de tantos términos ligados a la circuncisión (2: 11, 13; 3: 11; 4: 11), sugiere que la circuncisión era una práctica muy conocida por los colosenses.

El bautismo es, en cierto sentido, visto como la equivalencia en la nueva alianza de la circuncisión dada a Abrahán como señal de la antigua alianza. La asimilación circuncisión-bautismo puede justificarse por la asimilación Israel-iglesia. Juan Calvino explicó el significado de esta metáfora de la siguiente manera: “Porque igual que la circuncisión fue un signo y marca para los judíos [...] sirviéndoles de esta manera como de una primera entrada externa en la Iglesia de Dios, del mismo modo por el Bautismo somos primeramente recibidos en la Iglesia del Señor”.

Sin embargo, se trata de algo más importante que un simple cambio de símbolos: el bautismo –con la conversión y el nuevo nacimiento sobreentendidos– es también la señal de la circuncisión espiritual. Obra divina, anunciada por los profetas del Antiguo Testamento, el bautismo absorbe y



sobrepasa la circuncisión, porque, aunque sigue manteniendo el significado de “señal de la alianza [pacto]” incorpora los elementos espirituales anunciados para la nueva alianza. Tanto en el bautismo como en la circuncisión, algo “viejo” es “quitado”, y un “hombre nuevo” toma vida. En la circuncisión está la “muerte” de una parte del cuerpo; en el bautismo muere el pasado. En ambos ritos, la señal física lleva a una realidad espiritual, es decir a un nuevo andar con Dios bajo la marca de una alianza con él.

Colosenses 2: 11 presenta una vez más una construcción en quiasmo [un paralelismo cruzado típico de la literatura hebrea]:

A En él (Cristo)
B Fuisteis circuncidados con una circuncisión
C mediante el despojo del cuerpo carnal
B' con la circuncisión
A' de Cristo

El concepto de despojarse-revestirse tiene, para algunos, reminiscencias de cultos místéricos. Pero esta metáfora es también muy conocida en la tradición bíblica, y Pablo se refiere precisamente al bautismo cuando escribe: “os habéis revestido de (... [enedýsasthe]) Cristo” (**Gálatas 3: 27**).

¿Como interpretar el genitivo en la frase “la circuncisión de Cristo” (versión Reina-Valera 95)?

1. Un genitivo subjetivo se referiría a la circuncisión experimentada por el propio Cristo. Como aquí es difícil ver una alusión al rito sufrido en su infancia, algunos han propuesto una interpretación simbólica, referida a su crucifixión.
2. Un genitivo objetivo haría alusión a la “circuncisión cristiana”, es decir, al bautismo, rito de introducción en la iglesia, por oposición al rito judío.
3. Algunos proponen a la vez, la “circuncisión” espiritual, cuyo autor es Cristo, y la circuncisión sufrida por él (crucifixión).

Se trata de una fórmula suficientemente extensa y ambigua para incluir la historia (lo que Jesús ha hecho por nosotros a través de su vida, su muerte y su resurrección); la escatología (lo que todavía hará por nosotros) y la experiencia existencial (lo que ha hecho en nosotros a través de la comunión que une al Señor con los suyos).

Luego, “en él [Cristo] ...fuisteis circuncidados” se refiere a la circuncisión-muerte bautismal de los neófitos. Una “circuncisión no hecha por mano de hombre” (versión **Reina-Valera 95**), Pablo precisa que se trata de una circuncisión espiritual hecha por Dios (cf. **Romanos 2: 28, 29**). “...mediante el despojo del cuerpo carnal” haría referencia al abandono del pecado y a la liberación del viejo hombre (**2: 13; Romanos 6: 6; 7: 24**). “...por la circuncisión de Cristo” (versión **Reina-Valera 95**) es, por lo tanto, una alusión global a todo el simbolismo del bautismo, como símbolo de la entrada en la nueva alianza.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 107-111

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados,

Colosenses 2: 11-13

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.

Gálatas 6: 15

El tema clave aquí es la “circuncisión... del corazón” de la que habla Pablo en **Romanos** pues implica un cambio en el corazón, una purificación que estaba implícita en el rito de la circuncisión. Pero igual que la circuncisión no vale nada, ni aporta, ni quita (hay personas que la realizan a sus pequeños por temas de salud e higiene), lo importante es la “nueva creación”. Un nuevo hombre, una nueva creatura, nacida del agua y del Espíritu es lo que cuenta. No es el rito, es el esfuerzo posterior de la voluntad del creyente, unida a la obra maravillosa que el Espíritu Santo puede hacer en nosotros lo que realmente vale. Recuerde que los judíos circuncisos (como nación) dejaron de ser el pueblo escogido a pesar del rito. Que no nos pase lo mismo a los que hemos sido bautizados.

El bautismo es un símbolo de la “circuncisión... del corazón” en Cristo (**Romanos 2: 25-29**); y esta consiste en rechazar al viejo hombre (la “carne”) y empezar una vida nueva dirigida por el Espíritu (una “nueva criatura”) (**Gálatas 6: 15 [Reina-Valera 1995]**; ver versículos **5, 6, 24; 1**



Corintios 7: 19). Según **Colosenses 2: 11-13**, los creyentes son “circuncidados” (muertos) en Cristo, “sepultados” y “resucitado”, es decir “vivificados”. La construcción y el encadenamiento de las ideas en este párrafo sugieren que la “circuncisión en Cristo” no describe solo el perdón de los pecados (versículo 13) y el final de la vida “carnal” (versículo 11), sino también y al mismo tiempo, la condena a muerte por la que todos los creyentes han pasado... y la nueva vida en Cristo (versículo 13).

El significado del bautismo “circuncisión... del corazón” indica además que Pablo ve el bautismo como un rito que sustituye la circuncisión del Antiguo Testamento. El bautismo es entonces el signo externo de la nueva alianza, aboliendo así el signo externo de la antigua alianza, que consistía en cortar el prepucio del miembro viril. En contraste con la antigua alianza, esta “circuncisión” se aplica a todos los creyentes (y no solo a los del sexo masculino), en relación con el nuevo nacimiento espiritual y no con el nacimiento natural.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 253

7.2. La Cena del Señor

He decidido incorporar este acápite del tratado sobre la Cena del Señor (si no lo ha leído le invito a hacerlo) por la vinculación que tiene el bautismo con la cena. Mientras que es deseable que el bautismo solamente se realice una vez en la vida del cristiano, tenemos la posibilidad de participar de la cena tal vez cada trimestre, y recuperar la limpieza que hemos perdido en nuestro trajinar por este mundo. Como en el caso del bautismo no es que el agua actúe milagrosamente limpiándome de mis pecados, sino que es consecuencia de la fe en el sacrificio de Cristo por mí.

Los ritos del bautismo y de la cena del Señor son dos columnas monumentales, una afuera y la otra dentro de la iglesia. Sobre estos ritos, Cristo ha inscripto el nombre del verdadero Dios.

Cristo ha hecho del bautismo la señal de entrada en su reino espiritual. Ha hecho de él una condición positiva que todos deben cumplir si desean ser considerados bajo la autoridad del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo. Antes que el hombre pueda hallar un hogar en la iglesia, antes de pasar el umbral del reino espiritual de Dios, ha de recibir la impresión del divino nombre: “Jehová, justicia nuestra” **Jeremías 23: 6**.

Ellen G. White, Testimonios Selectos, Tomo IV, 288

En el rito de lavamiento de pies que Jesús acababa de instituir había más que el hecho de la humildad demostrada por el que lava, había un efecto sobre el que era lavado. La mayoría de nosotros cuando hemos observado el rito nos quedamos con la tarea del que lava y por eso le llamamos el rito de humildad, virtud que parece ser demostrada por la participación activa del que lava. Pero el rito iba más allá, la actitud pasiva del que era lavado era también importante, en realidad es mucho más importante. Por eso es que cuando Pedro se negó a ser lavado, es evidente que él percibía el asunto en función de Aquél que le estaba lavando y no de aquél que era lavado. Parece un trabalenguas, pero no lo es...

Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.

Juan 13: 6, 7

Cuando llegó el turno de Pedro, éste exclamó con asombro: “¿Señor, tú me lavas los pies?” La condescendencia de Cristo quebrantó su corazón. Se sintió lleno de vergüenza al pensar que ninguno de los discípulos cumplía este servicio. “Lo que yo hago, dijo Cristo, tú no entiendes ahora; mas lo entenderás después”. Pedro no podía soportar el ver a su Señor, a quien creía ser Hijo de Dios, desempeñar un papel de siervo. Toda su alma se rebelaba contra esta humillación. No comprendía que para esto había venido Cristo al mundo. Con gran énfasis, exclamó: “¡No me lavarás los pies jamás!”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 602

Jesús podría haber respondido que en realidad Él estaba cumpliendo con lo que se había propuesto, es decir mostrar su humildad, su amor por ellos, su deseo de servir a sus amados amigos y podría haber dejado sin lavar los pies de Pedro. Lo importante no era que Jesús había lavado los pies, lo importante era que Pedro se quedaría sin ser lavado. Le dijo a Pedro que él no estaba entendiendo pero que lo haría luego. La respuesta de Pedro demuestra que no comprendía. Se negó de plano a ser lavado.

Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.

Juan 13: 8, 9

Cuando Jesús con firmeza y solemnidad le dijo que si no lo lavaba no tendría parte con Él, recién Pedro se dio cuenta que el rito no era tan importante para el que lavaba como para el que era lavado. Le dijo entonces el discípulo que si era así le lavara no sólo los “pies, sino también las manos y la cabeza”. Me



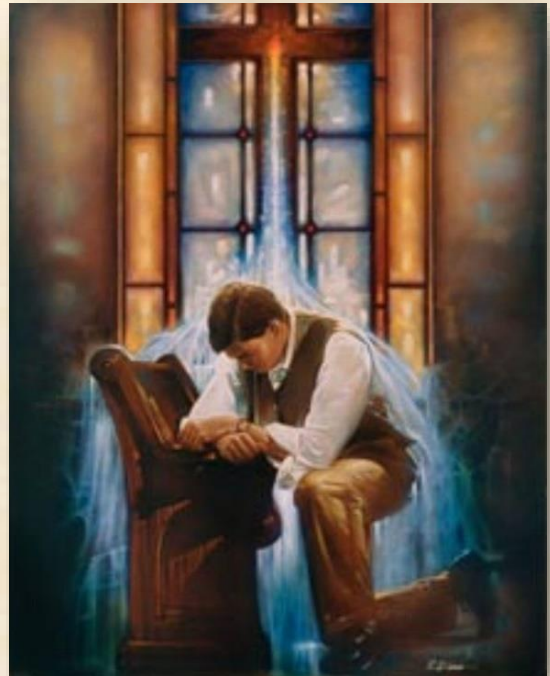
encanta la suavidad del corazón de Pedro. No, Señor, si es que es así haz lo que quieras conmigo, lávame todo, yo no me puedo perder ser parte de ti, es lo que más deseo en la vida. Su corazón se derritió frente a Jesús y pienso que las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos. Pero, solamente era necesario lavar los pies, solamente los pies...

Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Juan 13: 10, 11

Solemnemente, Cristo dijo a Pedro: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo". El servicio que Pedro rechazaba era figura de una purificación superior. Cristo había venido para lavar el corazón de la mancha del pecado. Al negarse a permitir a Cristo que le lavase los pies, Pedro rehusaba la purificación superior incluida en la inferior. Estaba realmente rechazando a su Señor. No es humillante para el Maestro que le dejemos obrar nuestra purificación. La verdadera humildad consiste en recibir con corazón agradecido cualquier provisión hecha en nuestro favor, y en prestar servicio para Cristo con fervor.

Al oír las palabras, "si no te lavare, no tendrás parte conmigo", Pedro renunció a su orgullo y voluntad propia. No podía soportar el pensamiento de estar separado de Cristo; habría significado la muerte para él. "No sólo mis pies, dijo, más aún las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado, no necesita, sino que lave los pies, mas está todo limpio".



Estas palabras significaban más que la limpieza corporal. Cristo estaba hablando todavía de la purificación superior ilustrada por la inferior. El que salía del baño, estaba limpio, pero los pies calzados de sandalias se cubrían pronto de polvo, y volvían a necesitar que se los lavase. Así también Pedro y sus hermanos habían sido lavados en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora. Cuando Jesús se ciñó con una toalla para lavar el polvo de sus pies, deseó por este mismo acto lavar el enajenamiento, los celos y el orgullo de sus corazones. Esto era mucho más importante que lavar sus polvorientos pies. Con el espíritu que entonces manifestaban, ninguno de ellos estaba preparado para tener comunión con Cristo. Hasta que fuesen puestos en un estado de humildad y amor, no estaban preparados para participar en la cena pascual, o del servicio recordativo que Cristo estaba por instituir. Sus corazones debían ser limpiados. El orgullo y el egoísmo crean disensión y odio, pero Jesús se los quitó al lavarles los pies. Se realizó un cambio en sus sentimientos. Mirándolos, Jesús pudo decir: "Vosotros limpios estáis". Ahora sus corazones estaban unidos por el amor mutuo. Habían llegado a ser humildes y a estar dispuestos a ser enseñados. Excepto Judas, cada uno estaba listo para conceder a otro el lugar más elevado. Ahora, con corazones subyugados y agradecidos, podían recibir las palabras de Cristo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 602, 603

La limpieza de la que hablaba Jesús no era la del polvo del camino, no era para proveer frescor al cansado caminante, ni era una muestra de cordialidad u hospitalidad, era un medio para limpiar al que ya había sido limpiado. Para el que ha sido bautizado, para aquél cuyos pecados han sido limpiados por la sangre de Jesús, el caminar por este mundo tiende a ensuciar nuestros pies, arrastrados muchas veces por el pecado, y debe ser provista una forma regular de limpieza del pecado. Por eso, el llamado rito de humildad debía ser llamado el rito de purificación o de limpieza, para que entendamos que más importante que lavar a otros, que también es trascendental, es ser limpiados.

Como Pedro y sus hermanos, nosotros también hemos sido lavados en la sangre de Cristo, y sin embargo la pureza del corazón queda con frecuencia contaminada por el contacto con el mal. Debemos ir a Cristo para obtener su gracia purificadora. Pedro rehuía el poner sus pies contaminados en contacto con las manos de su Señor y Maestro; pero ¡con cuánta frecuencia ponemos en contacto con el corazón de Cristo nuestros corazones pecaminosos y contaminados!



¡Cuán penosos le resultan nuestro mal genio, nuestra vanidad y nuestro orgullo! Sin embargo, debemos llevarle todas nuestras flaquezas y contaminación. Él es el único que puede lavarnos. No estamos preparados para la comunión con él a menos que seamos limpiados por su eficacia.

Jesús dijo a los discípulos: “**Vosotros limpios estáis, aunque no todos**”. Él había lavado los pies de Judas, pero éste no le había entregado su corazón. Este no fué purificado. Judas no se había sometido a Cristo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 603

Al participar en el rito no estoy haciéndolo para mostrar que puedo ser lo suficientemente humilde como para lavar los pies de mi hermano, estoy haciéndolo para mostrar que soy un pecador que necesita ser limpiado. Es la parte pasiva del rito la más importante de las dos. Pero ¡cuidado!... Judas participó pasivamente en el rito, pero no quedó limpio. No es el mecanismo, la actividad en sí, ni el agua, ni la toalla, ni nada lo que hace efectivo el rito, sino la actitud del corazón del que es lavado. Judas perdió su oportunidad... no la pierda usted la próxima vez que sea invitado a participar de la cena. Una vez más, no es el rito, es la actitud del que se somete a Quien puede limpiarlo.

7.3. El bautismo de Jesús

Me gustaría ahora profundizar sobre el bautismo de Jesús, al menos sobre dos aspectos. El primero, el más evidente, es lo que ocurrió en el Jordán con el Bautista. El otro se lo comento luego. El bautismo de Jesús como ya mencionamos fue para mostrarnos que para iniciar nuestra vida con Dios debemos repetir lo que hizo, sin necesitarlo, ser nuestro Señor y Ejemplo.

Las primeras referencias al bautismo incluyen a Juan el Bautista (ver **Marcos 1: 4, 5; Lucas 3: 3**). Según **Mateo 3: 1-6**, Juan el Bautista proclamó un mensaje de arrepentimiento en vista de la proximidad del reino. Como resultado de su predicación, gente de Jerusalén, de Judea y de la región del Jordán fueron a él para ser bautizados, confesando sus pecados. El bautismo de Juan inauguró la nueva vida de la persona convertida, asegurándole al bautizado el perdón y la limpieza del pecado. En otras palabras, el bautismo de Juan se caracterizó por una mirada hacia adelante, al juicio venidero y la redención del Mesías, quien iba a bautizar con Espíritu Santo y fuego (**Mateo 3: 11**).

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 656

Cuando Jesús vino para ser bautizado, Juan reconoció en él una pureza de carácter que nunca había percibido en nadie. La misma atmósfera de su presencia era santa e inspiraba reverencia. Entre las multitudes que le habían rodeado en el Jordán, Juan había oído sombríos relatos de crímenes, y conocido almas agobiadas por miríadas de pecados; nunca había estado en contacto con un ser humano que irradiase una influencia tan divina. Todo esto concordaba con lo que le había sido revelado acerca del Mesías. Sin embargo, vacilaba en hacer lo que le pedía Jesús. ¿Cómo podía él, pecador, bautizar al que era sin pecado? ¿Y por qué había de someterse el que no necesitaba arrepentimiento a un rito que era una confesión de culpabilidad que debía ser lavada?

Cuando Jesús pidió el bautismo, Juan quiso negárselo, exclamando: “**yo he menester ser bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí?**” Con firme, aunque suave autoridad, Jesús contestó: “**deja ahora; porque así nos conviene cumplir toda justicia**”. Y Juan, cediendo, condujo al Salvador al agua del Jordán y le sepultó en ella. “**Y Jesús, después que fué bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él**”.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 84, 85

Es interesante la reacción de Juan cuando Jesús le pide ser bautizado. Él sabía que estaba en la presencia del “**Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**” y entendía que no necesitaba arrepentirse de nada, pues era sin pecado. Debía serlo para ser el Cordero entregado por todos nosotros. Era necesario cumplir con “**toda justicia**” y así lo hicieron.

Los cuatro evangelios proporcionan un relato del bautismo de Jesús por parte de Juan (**Mateo 3: 13-17; Marcos 1: 9-11; Lucas 3: 21, 22; Juan 1: 31-34**). Mateo señala que Juan se oponía a bautizar a Jesús: “**yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?**” (**Mateo 3: 14**). Jesús le contestó a Juan: “**Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia**” (versículo 15). Jesús no recibió el bautismo como confesión de culpabilidad propia, sino que se identificó a sí mismo con los penitentes de Israel que respondían a la predicación de Juan (**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 85**). De esa manera dio los pasos que debemos dar haciendo la obra que debemos hacer. El bautismo de Jesús fue importante debido al papel que iba a desempeñar llevando adelante el plan de Dios tanto en juicio como en redención. Recalca el profundo significado que tiene el bautismo para sus seguidores.

Mateo, Marcos y Lucas mencionan tres cosas que sucedieron después del bautismo de Jesús: los cielos se abrieron, Jesús vio al Espíritu de Dios descendiendo como una paloma y habló una voz del cielo que decía: “**Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia**” (**Mateo 3: 16,**



17; cf. **Marcos 1: 11; Lucas 3: 22**). Los tres relatos señalan que después que la voz del cielo reconoció a Jesús como Hijo de Dios, fue llevado por el Espíritu al desierto donde era tentado por Satanás (**Mateo 4: 1; Marcos 1: 12; Lucas 4: 1**).

Durante la semana de su pasión, los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos le preguntaron a Jesús con qué autoridad hacía esas cosas (**Mateo 21: 23-27; Marcos 11: 27-33; Lucas 20: 1-8**). Él les respondió con una contra pregunta: el bautismo de Juan, ¿era de origen humano o divino? Como no pudieron responderle, Jesús rehusó responder a su pregunta inicial. Pero Jesús aprobó completamente la misión y el bautismo de Juan el Bautista (**Mateo 11: 1; 17: 12, 13; Lucas 7: 24-28**).

Ningún escritor del Nuevo Testamento presenta el bautismo de Jesús en relación con el bautismo cristiano. La razón para esto parece sencilla: aunque fue bautizado con los otros, el bautismo de Jesús fue único, porque fue bautizado como Mesías. Sin embargo, aunque el bautismo de Jesús fue singular, aún se relaciona con nuestro bautismo, porque el Mesías es el representante de Dios y del hombre. De acuerdo con **Marcos 1: 11**, una voz del cielo lo reconoció como el amado Hijo de Dios. Según **Gálatas 3: 26**, todos los creyentes son hijos e hijas de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 656, 657

En su sumisión al rito del bautismo, Cristo mostró al pecador uno de los pasos importantes en la verdadera conversión. Cristo no tenía pecados que lavar, pero al consentir en llegar a ser sustituto del ser humano, le fueron imputados los pecados de la humanidad culpable. 'Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él'. Aunque Dios acepta a Cristo como el sustituto del pecador, le da una oportunidad al pecador, con el poder divino de Cristo para ayudarlo, para resistir la prueba que Adán fracasó en resistir.

Ellen G. White, Youth Instructor, febrero de 1874

Aunque a usted le parezca mentira, este sencillo significado, el bautismo de Jesús como ejemplo para todos los creyentes, es insuficiente para algunos teólogos que le buscan tres pies al gato, y desarrollan teorías con el propósito de parecer creativos u originales. No se preocupe por seguir la lógica de algunos de estos pensamientos, no creo que valga la pena... La luz del Espíritu de Profecía es suficiente.

En **Marcos** se llama al bautismo de Juan "bautismo de conversión [arrepentimiento, en otras versiones, pero el mismo significado] para perdón de los pecados" ... [Báptisma metanoías eis áphesin hamartión] (**Marcos 1: 4**). Numerosos comentaristas entienden esta característica del bautismo como un medio de salvación y garantía del perdón de los pecados. Tal significado no puede aplicarse a Jesús. No había pecados que perdonar [ni de los cuales arrepentirse].

Esto echa por tierra la relación entre el bautismo de Juan y el de Jesús. Lo que permite declarar a K. Aland: "El descenso del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús lo elimina de la categoría de bautismo escatológico de arrepentimiento para perdón de pecados tal como muchos lo concibieron en su época".

Nos encontramos pues con una situación espinosa: debe admitirse que Jesús se hubiera hecho bautizar a pesar de no ir con él el sentido pleno del acontecimiento. El bautismo de Jesús no sería un acto simbólico cuyo propósito pudiera ser entendido por los hombres ni entonces ni nunca.

Lo mismo ocurre cuando nos preguntamos a nosotros mismos como interpretar el bautismo de Jesús. Stuhlmacher ve "en el bautismo de Jesús la nominación de Jesús a un ministerio de testimonio mesiánico público". J. Jeremias interpreta el bautismo de Jesús como el acto que le confiere su vocación, la cesión de plenos poderes. Según L. Goppelt, "en el transcurso de su bautismo tuvo lugar la confirmación de su vocación al ministerio mesiánico". El bautismo de Jesús no tiene nada que ver con lo que significaría para el resto de los bautizados. Es verdad que Goppelt escribe también: "Él [Jesús] se coloca aquí y más tarde entre los que son llamados a la conversión". Sin embargo, la proximidad de Jesús con los pecadores no significa que se suprima la distancia que separa al hombre sin pecado del hombre pecador. Esto nadie hubiera podido tampoco comprenderlo.

Otra interpretación es la que el bautismo de Jesús no sería en principio un acto en el transcurso del cual hubiera ocurrido nada, sino a través del cual se hubiera llevado a cabo el comienzo de su ministerio mesiánico y la aceptación. Esta interpretación marca también una diferencia entre el bautismo de Jesús y el de sus contemporáneos. Tampoco explica el papel jugado por el Bautista.

Una tentativa de entender el bautismo de Jesús en el contexto y significado del bautismo de Juan y que al mismo tiempo resuelve el problema es la explicación siguiente: antes de su bautismo, Jesús era un hombre como los demás y habría llegado al bautismo de Juan con el mismo deseo de



perdón de pecados, pero habría vivido en el transcurso del bautismo su adopción al título de Mesías e Hijo de Dios. Esta interpretación contradice el testimonio del Nuevo Testamento acerca de Jesús, Hijo de Dios hecho carne –lo que ya era antes de su bautismo–.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 42-45

Jesús no recibió el bautismo como confesión de culpabilidad propia. Se identificó con los pecadores, dando los pasos que debemos dar, y haciendo la obra que debemos hacer. Su vida de sufrimiento y paciente tolerancia después de su bautismo, fue también un ejemplo para nosotros...

Como cabeza de la humanidad Cristo tomó los mismos pasos que se requieren de nosotros. Aunque sin pecado, él nos dio ejemplo en el cumplimiento de todos los requisitos para la redención de la raza caída. Cargó con los pecados de todo el mundo. Por medio de su bautismo abarcaría todo el mundo pecaminoso que por el arrepentimiento y la fe recibiría perdón. 'Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo; el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna'. **Tito 3: 4-7**. El hombre obtuvo nuevamente el favor de Dios por el lavacro de la regeneración. Este lavacro era la sepultura de Cristo en las aguas en la semejanza de su muerte, representando que todo el que se arrepintiera de su transgresión de la ley de Dios recibiría purificación y limpieza por la operación del Espíritu Santo. El bautismo representa la verdadera conversión por la renovación del Espíritu Santo.

Ellen G. White, *La Fe por la cual vivo*, 145

Simple y hermoso ¿verdad? Sin exceso de supuesta profundización en el tema. Una maravilla... Bueno, le mencioné que el bautismo de Jesús podría verse de una segunda perspectiva. Esta tiene que ver con lo que pidió la madre de los hijos de Zebedeo para sus hijos, Santiago y Juan. Cuando ella pide los dos lugares (derecha e izquierda del trono) para sus hijos, Jesús les dice que ellos no saben lo que están pidiendo. Y pregunta luego: "¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?".

Me temo que no entendieron completamente, aunque amaban al Señor y estaban dispuestos al sacrificio. Jesús no hablaba de su bautismo en el Jordán (que ya había ocurrido), sino de su sufrimiento y muerte en la cruz, donde el lugar que ellos pedían estuvo reservado a los dos ladrones. En este caso el bautismo del que Jesús hablaba era el que es representado por el bautismo del agua. La sepultura en el agua representaba su muerte y su salida del agua, su resurrección. Ese trago amargo del plan de salvación debía apurarlo solo. Aunque ellos dijeron "podemos" Dios en su misericordia les hizo entender (mejor) luego de qué se trataba. A pesar de esto, ambos como la gran mayoría (sino todos) los apóstoles debieron sufrir su propio "bautismo de sangre", que si bien es cierto no contribuye en medida alguna al bautismo de sangre de Jesús, sin embargo, es un ejemplo para las generaciones de mártires que ofrendaron su vida para esparcir la bendita semilla del evangelio, semilla de la que nosotros hemos surgido por la gracia de Dios.

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: podemos. Él les dijo: a la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.

Mateo 20: 20-23

La madre de ellos era discípula de Cristo y le había servido generosamente con sus recursos. Con el amor y la ambición de una madre por sus hijos, codiciaba para ellos el lugar más honrado en el nuevo reino. Por esto, los animó a hacer una petición.

La madre y sus hijos vinieron a Jesús para pedirle que les otorgara algo que anhelaban en su corazón.

"¿Qué queréis que os haga?" preguntó él.

La madre pidió: "Di que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu mano derecha, y el otro a tu izquierda, en tu reino".

Jesús los trató con ternura y no censuró su egoísmo por buscar preferencia sobre sus hermanos. Leía sus corazones y conocía la profundidad de su cariño hacia él. El amor de ellos no era un afecto meramente humano; aunque fluía a través de la terrenidad de sus conductos humanos, era una emanación de la fuente de su propio amor redentor. Él no lo criticó, sino que lo ahondó y purificó. Dijo: "¿Podéis beber el vaso que yo he de beber, y ser bautizados del bautismo de que yo



soy bautizado?” Ellos recordaron sus misteriosas palabras, que señalaban la prueba y el sufrimiento, pero contestaron confiadamente: “Podemos”. Consideraban que sería el más alto honor demostrar su lealtad compartiendo todo lo que aconteciera a su Señor.

“A la verdad mi vaso beberéis, y del bautismo de que yo soy bautizado, seréis bautizados”, dijo él. Delante de él, había una cruz en vez de un trono, y por compañeros suyos, a su derecha y a su izquierda, dos malhechores. Juan y Santiago tuvieron que participar de los sufrimientos con su Maestro; uno fué el primero de los hermanos que pereció a espada; el otro, el que por más tiempo hubo de soportar trabajos, vituperio y persecución.

“Mas el sentaros a mi mano derecha y a mi izquierda—continuó Jesús, —no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está aparejado de mi Padre”. En el reino de los cielos, no se alcanza la posición por favoritismo. No se la gana ni se la recibe como un regalo arbitrario. Es el resultado del carácter. La corona y el trono son las prendas de una condición alcanzada; son las arras de la victoria sobre sí mismo por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 502, 503

Tan consagrado se hallaba nuestro Redentor al trabajo de salvar almas, que hasta anhelaba su bautismo de sangre. Los apóstoles se contagiaron del celo de su Maestro, y firme, constante y celosamente fueron adelante en el cumplimiento de su gran obra, luchando contra principados y potestades, y maldades espirituales en lugares elevados.

Ellen G. White, Testimonios Selectos, Tomo IV, 19

Jesús sabía que enfrentaría este “bautismo de sangre” que estaba simbolizado en su bautismo en el Jordán. Era la razón principal de su encarnación. Debía entregar su vida para ser sepultado y resucitar y ser ejemplo de los que podemos ser renovados por el bautismo del agua y del Espíritu Santo. Pero pocos, ni su madre, comprendían a plenitud la misión del salvador.

Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!

Lucas 12: 49, 50

Sin embargo, María no entendía la misión de Cristo. En su profecía, Simeón lo había denominado luz que iba a ser revelada a los gentiles, y gloria de Israel. Así también los ángeles habían anunciado el nacimiento de Cristo como nuevas de gozo para todos los pueblos. Dios estaba tratando de corregir el estrecho concepto de los judíos respecto de la obra del Mesías. Deseaba que le contemplasen, no sólo como el libertador de Israel, sino como Redentor del mundo. Pero debían transcurrir muchos años antes de que la madre de Jesús comprendiese la misión de él.

María esperaba el reinado del Mesías en el trono de David, pero no veía el bautismo de sufrimiento por cuyo medio debía ganarlo. Simeón reveló el hecho de que el Mesías no iba a encontrar una senda expedita por el mundo. En las palabras dirigidas a María: “Una espada traspasará tu alma”, Dios, en su misericordia, dio a conocer a la madre de Jesús la angustia que por él ya había empezado a sufrir.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 38, 39

La obra de Cristo en la tierra se acercaba rápidamente a su fin. Delante de él, en vívido relieve, se hallaban las escenas hacia las cuales sus pies le llevaban. Aun antes de asumir la humanidad, vio toda la senda que debía recorrer a fin de salvar lo que se había perdido. Cada angustia que iba a desgarrar su corazón, cada insulto que iba a amontonarse sobre su cabeza, cada privación que estaba llamado a soportar, fueron presentados a su vista antes que pusiera a un lado su corona y manto reales y bajara del trono para revestir su divinidad con la humanidad. La senda del pesebre hasta el Calvario estuvo toda delante de sus ojos. Conoció la angustia que le sobrevendría. La conoció toda, y sin embargo dijo: “He aquí yo vengo; (en el rollo del libro está escrito de mí); me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón”.

Tuvo siempre presente el resultado de su misión. Su vida terrenal, tan llena de trabajo y abnegación, fué alegrada por la perspectiva de que no soportaría todas esas penurias en vano. Dando su vida por la de los hombres, haría volver el mundo a su lealtad a Dios. Aunque primero debía recibir el bautismo de sangre; aunque los pecados del mundo iban a abrumar su alma inocente; aunque la sombra de una desgracia indecible pesaba sobre él; por el gozo que le fué propuesto, decidió soportar la cruz y menospreció el oprobio.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 378

Tres veces repitió esta oración. Tres veces rehusó su humanidad el último y culminante sacrificio, pero ahora surge delante del Redentor del mundo la historia de la familia humana. Ve que los transgresores de la ley, abandonados a sí mismos, tendrían que perecer. Ve la impotencia del



hombre. Ve el poder del pecado. Los ayes y lamentos de un mundo condenado surgen delante de él. Contempla la suerte que le tocaría, y su decisión queda hecha. Salvará al hombre, sea cual fuere el costo. Acepta su bautismo de sangre, a fin de que por él los millones que perecen puedan obtener vida eterna. Dejó los atrios celestiales, donde todo es pureza, felicidad y gloria, para salvar a la oveja perdida, al mundo que cayó por la transgresión. Y no se apartará de su misión. Hará propiciación por una raza que quiso pecar. Su oración expresa ahora solamente sumisión: **“Si no puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.”**

Habiendo hecho la decisión, cayó moribundo al suelo del que se había levantado parcialmente. ¿Dónde estaban ahora sus discípulos, para poner tiernamente sus manos bajo la cabeza de su Maestro desmayado, y bañar esa frente desfigurada en verdad más que la de los hijos de los hombres? El Salvador pisó solo el lagar, y no hubo nadie del pueblo con él.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 642

7.4. El bautismo de fuego

Las palabras del Bautista cuando se le preguntó por su tarea deben haber causado algún revuelo en aquel entonces. Y no me sorprende que sigan causando algún revuelo teológico hoy. Juan compara “su bautismo” con el de Jesús (con el que bautizaría Jesús) y lo hace comparando el “agua” con el “Espíritu Santo y fuego” que profetiza los creyentes recibirán. Algunos han intentado separar el concepto del “bautismo en agua” del de “en Espíritu Santo y fuego”. Intentaremos presentar los conceptos y entender que no se requieren elaboradas o sofisticadas teorías para entenderlos.

Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.

Mateo 3: 11

Analizaremos primero el concepto general de fuego y su uso en la Santa Biblia, relacionado siempre con la Divinidad y su gloria.

Las palabras proféticas de Juan el Bautista acerca de Jesús hablan hoy a nuestros corazones: **“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3: 11).**

Lea este pasaje importante con cuidado. Juan no dice que “él os bautizará en Espíritu Santo o fuego”. Dice que **“él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”**.

¿Cuál es el significado de esta frase? El comentarista bíblico **LeRoy E. Froom** lo explica así: “Esta última expresión constituye una frase explicativa que completa la idea. Es la forma bíblica de repetir a fin de reforzar un pensamiento. Debemos ser bautizados con fuego ahora a fin de ser salvados de la destrucción que más tarde se realizará mediante fuego consumidor” (**La venida del Consolador, 258**).

A lo largo de la Biblia, el fuego es un símbolo de la gloria espléndida, de la presencia y del poder de Dios. El fuego es mencionado por primera vez en la Biblia en Génesis, cuando un ángel con una espada de fuego guarda las puertas del Edén (**Génesis 3: 24**).

Es obvio que este ser glorioso que está con la espada flamígera representa la presencia y el poder divinos. ¿Recuerda usted la vivencia de Moisés mientras cuidaba las ovejas una noche en el desierto de Madián? Se sorprendió cuando encontró una zarza que ardía pero que no se consumía.

Moisés registra la historia: **“Y se le apareció el Angel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí” (Éxodo 3: 2-4).**

La zarza ardiente simboliza la presencia de Dios. Cuando los israelitas construyeron el Santuario en el Antiguo Testamento, la gloria de Dios llenó el Lugar Santísimo. Su presencia reluciente habitó entre los querubines de oro sobre el Arca del Pacto.

Cuando Moisés se encontró con Dios en el monte Sinaí, el libro de Éxodo registra: **“Y la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel” (Éxodo 24: 17).**

Israel fue guiado por una columna de fuego-la presencia misma de Dios durante las noches. Desde la espada flameante a las puertas del Edén, pasando por las antorchas de Abraham, hasta



la zarza ardiente de Moisés en Horeb, el fuego representa la presencia gloriosa de Dios. Desde el fuego que envolvió el Sinaí en la entrega de la Ley, pasando por la ardiente gloria de la Shekinah que llenó el Lugar Santísimo del Santuario de Israel, hasta la columna de fuego que guiaba a Israel por la noche, el fuego siempre representó la presencia de Dios.

Consideremos el fuego que cayó sobre el altar de Elías cuando el hombre de Dios desafió a los profetas de Baal; o el carbón encendido del Altar del cielo que tocó los labios de Isaías; o el fuego de las imágenes de Ezequiel. El fuego siempre ha estado asociado con la presencia de Dios y su gloria.

En el Nuevo Testamento, el fuego representa la presencia gloriosa de Dios a través del Espíritu. El fuego y el Espíritu están unidos entre sí en el día de Pentecostés. El Espíritu Santo, simbolizado por lenguas de fuego, llenó los corazones de los discípulos. Entonces, ¿cuál es el bautismo del que habla Juan? El bautismo significa inmersión. A causa de que el fuego es un símbolo de la presencia gloriosa de Dios, el bautismo de fuego es la inmersión en su presencia.

Este es un llamamiento para un cristianismo genuino y auténtico. No es una convocatoria a algo superficial. No es un llamamiento para un cambio exterior sin nada interior. Este es un llamado para que el Espíritu Santo consuma toda la mundanalidad, rebeldía y falta de compromiso en nuestra vida, para darnos el cálido resplandor de una experiencia genuina con Dios.

Al comentar acerca de este bautismo de fuego, Elena de White hace esta observación de gran importancia: "En todos los que se sometan a su poder, el Espíritu de Dios consumirá el pecado. Pero si los hombres se aferran al pecado, llegan a identificarse con él. Entonces, la gloria de Dios, que destruye el pecado, debe destruirlos a ellos también [...] En el segundo advenimiento de Cristo, los impíos serán consumidos 'con el espíritu de su boca', y destruidos 'con el resplandor de su venida'. La luz de la gloria de Dios, que imparte vida a los justos, matará a los impíos" (Ellen G. White, **El Deseado de todas las gentes, 82, 83**).

La presencia personal de Cristo, por medio del Espíritu Santo, es purificadora. El Espíritu Santo busca lo más profundo de nuestras almas. El Espíritu Santo penetra en nuestros pensamientos. El Espíritu Santo purifica nuestros corazones y da energía a nuestra vida espiritual.

Tenemos la opción de permitir que el fuego purificador, el bautismo del Espíritu, consuma la escoria de nuestra vida, o rechazarlo y ser consumidos cuando se queme "la paja en fuego que nunca se apagará" (Mateo 3: 12).

El profeta Malaquías lo pone de esta manera: "¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia" (Malaquías 3: 2, 3).

El Espíritu es como fuego purificador. Nuestro Dios anhela consumir el pecado en nuestras vidas. Por medio de su Espíritu, el Señor revelará el orgullo, el egoísmo, la ambición, la codicia, las actitudes críticas, los pensamientos lujuriosos y los hábitos destructivos que yacen en nuestro corazón. Si se lo permitimos, el Espíritu Santo nos revelará aspectos de nuestra propia vida que nuestra naturaleza humana nos ha ocultado.

El profeta Malaquías declara que el Espíritu se sienta para purificar. No tiene prisa. No se impacienta. Él sabe cómo y cuánto subir la temperatura para purificar nuestras vidas. Si estamos dispuestos, continuará hasta que el proceso se haya completado.

Mark A. Finley, Reavívanos, 56-59

Cuando Marcos cita la misma declaración del Bautista omite el concepto fuego, lo que demuestra también, junto con los argumentos presentados que es "la forma bíblica de repetir a fin de reforzar un pensamiento"; y que es el fuego del Espíritu Santo el que debe purificar nuestra vida, además de capacitarnos la obra de testificación, tanto a nivel personal, como también como un cuerpo organizado: la iglesia.

Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Marcos 1: 8

Habiendo sido ya investidos por el Espíritu Santo para el ministerio público (Lucas 9: 1) y comisionados para sanar enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos y echar fuera demonios (Mateo 10: 8), los apóstoles volvieron a recibir una dosis más profunda del Espíritu cuando Jesús, durante una aparición después de la resurrección, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20: 22). El poder completo para la misión mundial llegó más tarde, en Pentecostés



(**Hechos 2: 1-4**). Les volvió a ser renovado cuando el edificio en el cual los apóstoles estaban orando tembló y todos fueron llenos una vez más del Espíritu Santo y hablaron “**con denuedo la palabra de Dios**” (**4: 31**). De esa forma la experiencia de los apóstoles proporciona un precedente para múltiples “bautismos” del Espíritu.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 690, 691

La obra de Dios ha de ser llevada adelante con poder. Necesitamos el bautismo del Espíritu Santo. Necesitamos comprender que Dios añadirá a las filas de su pueblo hombres de habilidad e influencia que han de hacer su parte en amonestar al mundo. No todas las personas que hay en el mundo son licenciosas y perversas. Dios tiene muchos miles que no han doblado la rodilla ante Baal. Hay hombres y mujeres temerosos de Dios en las iglesias caídas. Si esto no fuera así, no se nos daría el mensaje siguiente: “**Ha caído, ha caído la gran Babilonia**”. “**Salid de ella pueblo mío**”. Muchos de los honestos de corazón están esforzándose por obtener el aliento de vida del cielo. Reconocerán el Evangelio cuando éste les sea llevado en la hermosura y sencillez con la cual es presentado en la Palabra de Dios.

Ellen G. White, El Evangelismo, 53

Aunque cuando somos bautizados, de acuerdo a la promesa del Señor recibimos el Espíritu Santo, podemos recibir una porción mayor de los dones del Espíritu de Dios como recibieron los discípulos en Pentecostés. Estas lenguas de “fuego” que representaban al “**Espíritu Santo**” eran un símbolo del poder con el que Dios dotaba a su iglesia para la titánica tarea de difundir el evangelio a todo el mundo. El mismo poder está a nuestra disposición hoy, para purificarnos (en primer lugar) y para fortalecernos. Este bautismo de fuego es la “**obra profunda del Espíritu Santo en nuestras vidas**”.

Por causa de su egoísmo y mundanalidad, ni los discípulos de Jesús podían comprender la gloria espiritual que él procuraba revelarles. No fué sino hasta después de la ascensión de Cristo al Padre y del derramamiento del Espíritu Santo sobre los creyentes, cuando los discípulos apreciaron plenamente el carácter y la misión del Salvador. Después de recibir el bautismo del Espíritu, comenzaron a comprender que habían estado en la misma presencia del Señor de gloria. A medida que les eran recordados los dichos de Cristo, sus mentes se abrían para comprender las profecías y entender los milagros obrados por él. Las maravillas de su vida pasaban delante de ellos y parecían hombres que despertaban de un sueño. Comprendían que “**aquel Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad**”.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 467, 468



Hace años, en la antigua Dalmacia, las casas eran de piedra caliza bituminosa. Este tipo particular de piedra caliza es blanda, y se corta y moldea con facilidad. Toda la casa estaba hecha con este material: techo, piso, paredes, por dentro y por fuera. Pero, cuando terminaban de construirla, era inhabitable, pues apestaba por el fuerte olor a betún. La estructura era completada cuando la prendían fuego. Ardía y ardía, como el carbón. Así, el fuego consumía el betún de entre los poros de las piedras, hasta que todo lo inflamable se convertía en gas y humo, el fuego vacilaba y finalmente se extinguía por falta de combustible.

Luego, la casa estaba lista para ser ocupada; lucía como si fuera de mármol blanco, muy limpia y habitable. Y, si más tarde había un incendio, la casa no se quemaba, porque no había nada inflamable para quemar. Era segura, a prueba de incendios.

Nosotros, por naturaleza y por nuestras decisiones equivocadas, también somos combustibles, saturados de pecados. El fuego del Espíritu Santo nos puede limpiar ahora del dominio del pecado, para que podamos ser liberados de la presencia del pecado cuando Jesús vuelva por segunda vez. “**Porque nuestro Dios es fuego**

consumidor” del pecado, dondequiera que se encuentre (**Hebreos 12: 29**). En el Juicio Final de Dios, que pronto está por venir, todos los elementos del pecado serán consumidos por el fuego.

Cristo nos invita ahora a ser bautizados con el fuego de su presencia, para que se consuma nuestro pecado, a fin de que no seamos consumidos con el pecado en la hora del Juicio Final. Este bautismo de fuego es una obra profunda del Espíritu Santo en nuestras vidas. Ocurre cuando le damos tiempo a Dios. Dios necesita tiempo para hablarnos de las cosas que no están en armonía con su voluntad. A él le toma tiempo revelarnos los rasgos de carácter, los hábitos pecaminosos y



las actitudes que nos impiden conocerlo realmente. Una experiencia espiritual profunda con Dios no puede ser apresurada. Esta es la razón por la que nos pide: “**Estad quietos, y conoced que yo soy Dios**” (**Salmos 46: 10**).

El bautismo del Espíritu Santo viene a nosotros cuando nos arrodillamos a orar como David: “**Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente**” (**Salmos 51: 10-12**).

Cuando en silencio meditamos en su Palabra y buscamos vivir una vida cristiana más piadosa, el Espíritu Santo viene a nosotros. Hay un mundo de diferencia entre el fuego de la presencia de Dios, que nos purifica y transforma nuestro carácter, y el fuego extraño del diablo.

El espíritu de reavivamiento verdadero y genuino, encendido por el Espíritu Santo, tiene su origen en Dios. Es de arriba. El falso reavivamiento se origina en el maligno y proviene de abajo. El verdadero bautismo del Espíritu Santo se basa en la Palabra de Dios y conduce a la victoria sobre cualquier rasgo de carácter o actitud que nos separa de Jesús. La manifestación falsa del Espíritu se basa en las emociones, y está más interesada en los signos, los prodigios y los milagros que en recibir un corazón nuevo. Exalta los dones del Espíritu por encima de los frutos del Espíritu. Se preocupa más por el poder externo que por la conversión del corazón.

La verdad purifica y santifica. La mentira crea una excitación religiosa y una euforia momentánea. En el tiempo del fin, cuando Dios derrame su Espíritu entre su pueblo, Satanás intentará imitar la acción de Dios. Intentará engañar y confundir al pueblo de Dios.

Mark A. Finley, Reavívanos, 61-63

No me gusta el concepto de provisional que usa el autor de la cita siguiente, pero entiendo que su intención es correcta y refuerza los conceptos antes mencionados. Tal vez temporal o algo parecido hubiera sido correcto, pues no es que debía subsanarse, sino que sería entendido con mayor amplitud en el futuro. Es más, Jesús fue bautizado por Juan, y su bautismo es un perfecto símbolo de la forma en la que usted y yo hemos sido bautizados (bueno estoy suponiendo que usted ya está bautizado, si no excúseme).

El bautismo de Juan era claramente de naturaleza provisional: “**Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo**” (**Marcos 1: 7, 8**).

Este anuncio es importante en la economía del Nuevo Testamento ya que se repite en los restantes tres Evangelios; la única variante, la referencia al bautismo de fuego que encontramos en **Mateo** y **Lucas** (**Mateo 3: 11; Lucas 3: 16; Juan 1: 26-28, 33**). Jesús repite el anuncio hecho por **Juan** y lo transforma en promesa:

“...les ordenó: “**No os vayáis de Jerusalén, sino aguardad la Promesa del Padre, que oísteis de mí: Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días**”. [...] “...recibiréis una fuerza, cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (**Hechos 1: 4, 5, 8**).

Entre todos los textos en los que Jesús habla del Espíritu, **Hechos 1: 4, 5, 8** es el único que emplea las expresiones ‘bautizar’ y ‘ser bautizados’. Sin embargo, tenemos razones para creer que los demás evangelistas también consideraron las palabras de Jesús en relación con la obra futura del Espíritu (**Mateo 10: 20; Marcos 13: 11; Lucas 11: 3; 12: 12; 24: 49**) como cumplimiento de la profecía de Juan el Bautista, citada por todos. Tanto para Pedro como para Lucas el don del Espíritu Santo es absolutamente lo mismo que el bautismo del Espíritu prometido (**Hechos 2: 38, 39**). Igual para Juan; su evangelio, todavía más, pone el acento de la enseñanza de Jesús en la obra futura del Espíritu (**Juan 3: 1-8; 14: 16, 17, 25, 26; [y el capítulo] 16**). Hay al menos un caso en el que la obra del Espíritu debe ser considerada como el bautismo del Espíritu: en la entrevista con Nicodemo nacer del Espíritu es sinónimo de ser bautizado en el Espíritu; al igual que nacer del agua significa ser bautizado en el agua.

Para Juan, la promesa de Jesús no debía cumplirse más que tras su resurrección (**Juan 16: 7**). **Juan 7: 39** dice que el Espíritu Santo no podía manifestarse antes de que Jesús fuera ‘glorificado’. Este término hace referencia por igual al hecho de que fuera alzado en la cruz para morir (**Juan 12: 23, 34**) y al hecho de que retomara la posición que ocupaba antes de su encarnación (**Juan 17: 5**; ver también **12: 16; 13: 32**).

El Nuevo Testamento posee suficientes elementos que permiten decir que Jesús reencontró la gloria que le pertenecía antes de su ascensión. En **Mateo 28: 18**, Jesús resucitado declara que ha recibido del Padre “**todo poder en el cielo y en la tierra**”. Según **Juan 20: 17**, la mañana de la



resurrección, Jesús no había ascendido aún al Padre; pero, la misma tarde, apareció a sus discípulos como habiendo recibido todos los poderes. Les dio el mandato evangélico, el Espíritu Santo y la autoridad de perdonar pecados (**Juan 20: 19-23**). Ocho días más tarde, Tomás llamará a Jesús "Señor mío y Dios mío". Está claro que, si Mateo declara que la glorificación fue realizada antes de la ascensión, Juan especifica que esta tuvo lugar el mismo día de la resurrección, tras subir Jesús a los cielos y antes de aparecer a sus discípulos. El día de la resurrección, es pues, el momento a partir del cual la promesa del Espíritu podía cumplirse.



Respecto a Lucas, conoce la relación entre la glorificación de Jesús y el derramamiento del Espíritu: "...exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es lo que vosotros veis y oís" (**Hechos 2: 33**). También sabía que tal glorificación estaría en relación con la resurrección, algún tiempo antes de la ascensión: el primer día tras su resurrección, Jesús dijo a los discípulos en el camino a Emaús: "¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?" (**Lucas 24: 26**). El contexto muestra claramente que "entrar... en su gloria" es un hecho ya ocurrido; luego, las apariciones del Maestro glorificado no eran más que una manifestación de este.

Efesios 4: 8-10 va probablemente en la misma dirección. Hablando de la resurrección de Jesús, lo describe como un rey victorioso que tras su muerte es "subiendo a la altura" llevando con él cautivos y dando a los hombres dones. La resurrección es el momento de la victoria, el momento en que Jesús llevó al cielo los primeros frutos de su victoria (**Mateo 27: 53**), y es también la condición necesaria para que sean repartidos los dones del Espíritu.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 286-288

Como usted habrá comprobado el don de Espíritu Santo o el bautismo "en Espíritu Santo y fuego" es lo mismo, y está a su disposición como lo estuvo para los apóstoles no solamente en el Pentecostés, donde se produjo la manifestación más evidente de la llegada del don, sino las muchas veces que requirieron poder del cielo para cumplir la obra que les había sido ordenada.

No se ha acortado la mano del Señor para bendecir a su iglesia, en los múltiples ministerios a los que hemos sido llamados por el Espíritu Santo que ha provisto diferentes dones a su iglesia. Descubra sus dones y entréguelos a la obra de Dios y la porción del poder de Dios que sea necesaria le será suministrada. Sea creativo, no todos tenemos las mismas habilidades...

Muchos suponen que el espíritu misionero, la calificación para el trabajo misionero, es un don especial concedido a los ministros y a unos pocos miembros de la iglesia, y que todos los demás han de ser meros espectadores. Nunca ha habido mayor error. Cada verdadero cristiano ha de poseer un espíritu misionero, porque el ser cristiano es ser como Cristo. Nadie vive para sí, "y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él" **Romanos 8: 9**. Cada uno de los que han probado las potestades del mundo venidero, sea joven o anciano, sabio o ignorante, quedará conmovido por el espíritu que animaba a Cristo. El primer impulso del corazón renovado consiste en traer a otros también al Salvador. Aquellos que no poseen ese deseo, dan muestras de que han perdido su primer amor: deben examinar detenidamente su propio corazón a la luz de la palabra de Dios, y buscar fervientemente un nuevo bautismo del Espíritu; deben orar por una comprensión más profunda de aquel admirable amor que Jesús manifestó por nosotros al dejar el reino de gloria, y al venir a un mundo caído para salvar a los que perecían.

Ellen G. White, Testimonios Selectos, Tomo IV, 96, 97

El momento exacto del cumplimiento de la promesa del bautismo del Espíritu es un tema controvertido.

Marcos y **Mateo** no se preocupan de asociar la promesa del Espíritu con un momento en particular. Saben solamente que después de la resurrección de Jesús, el Espíritu acompañaría la obra de los discípulos. La extensa conclusión de **Marcos** podría testimoniar, al menos en lo que respecta a la iglesia primitiva, que tras la resurrección numerosas señales acompañarían la obra de los discípulos. Es normal entender estas señales como... [charísmata] del Espíritu. Respecto a



Mateo, debemos al menos preguntarnos si, en la tradición preservada por este Evangelio, el mandato evangélico dado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu (**Mateo 28: 18-20**) no representa el cumplimiento del anuncio del bautismo del Espíritu hecho por Juan el Bautista. Ya que estos Evangelios nos presentan la promesa del Espíritu, sería extraño que no dijeran nada acerca de su cumplimiento. Si estamos en lo cierto, la pregunta: ¿cuándo se cumplió esta promesa?, debe tener la siguiente respuesta, según estos Evangelios: tras la resurrección, sin que sea necesario esperar otro acontecimiento especial.

Sólo Lucas y Juan asocian el cumplimiento de la promesa a un momento específico. Lucas declara que, la tarde de la resurrección, Jesús se apareció a los discípulos y les dijo: “**Mirad, voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto**” (**Lucas 24: 49**). El verbo... [apostéllō], en presente, indica probablemente que, a partir de este momento, la presencia del Espíritu en la vida de los discípulos no es más una promesa, sino una realidad que solo espera manifestarse. Sin embargo, la verdadera manifestación será en un momento futuro, en el Pentecostés, como constatamos en el libro de los **Hechos (1: 4, 5, 8; 2: 1-4)**.

El evangelio de Juan vuelve explícitamente a una descripción muy parecida a la expuesta por **Mateo**. Según **Juan**, la tarde de la resurrección, Jesús se presentó a sus discípulos y les dijo:

“**La paz con vosotros**”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: “**La paz con vosotros. Como el Padre me envió también yo os envío**”. Dicho esto, sopló y les dijo: “**Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos**” (**Juan 20: 19-23**).

Si no tuviéramos más que el evangelio de **Juan** para hablarnos del cumplimiento de la promesa del bautismo del Espíritu, nadie dudaría de que es exactamente de esto de lo que el texto nos está hablando.

No podemos exagerar la importancia de **Juan 20: 19-23**:

1. **Juan** da a la promesa del Espíritu una importancia mayor que la que le dan los Evangelios sinópticos. La expectativa del Espíritu que crea es demasiado grande para que su relato termine sin describir su llegada.
2. “**Recibid el Espíritu Santo**” no puede ser entendido de otro modo más que como el cumplimiento de la promesa “**mora con vosotros**” (**Juan 14: 17**), expresión que debemos entender como “Seréis bautizados por el Espíritu”.
3. La importancia del hecho de que Jesús haya soplado el Espíritu en sus discípulos está subrayada por el hecho de que el verbo empleado, ...[enephýsēsen], es un hapax [palabra o expresión que se encuentra documentada una vez en una lengua, un autor o un texto] en el Nuevo Testamento y está sacado del Antiguo Testamento, donde, en la versión de los Setenta, describe la acción de insufflar vida a Adán (**Génesis 2: 7**); Elías sopla tres veces en el cuerpo del hijo de la viuda para hacerlo revivir (**1 Reyes 17: 21**) ; El Espíritu sopla sobre los huesos secos de Israel para llevarlos de nuevo a la vida (**Ezequiel 37: 9-13**). Al emplear este verbo, Juan no se limita a exaltar genéricamente el poder divino de Jesús, sino que lo descrito se refiere a un acto de creación y de resurrección: el de los nuevos hijos de Dios, nacidos del Espíritu, y el de la iglesia que está formada por todos ellos.

Con la muerte de Jesús, también murió la fe de los discípulos, como constatamos en la experiencia de los dos viajeros en el camino a Emaús (**Lucas 24: 21**). La decepción y el desánimo los envuelven, aunque las mujeres les hayan anunciado la resurrección. La esperanza les parece imposible. La iglesia que Jesús deseaba construir sobre la fe expresada por Pedro cuando este lo reconoció como “**el Cristo, el Hijo de Dios vivo**” (**Mateo 16: 16**) parecía muerta antes de nacer. Pero, la tarde de su resurrección, Jesús se les apareció como el Señor y Salvador vivo. Ahora, los discípulos saben que Jesús es verdaderamente aquel a quien Pedro confesó. Ahora, su fe descansa sobre una realidad. Ahora, todos entran en comunión con Jesús tal como es verdaderamente –la piedra angular del templo de Dios– y se convierten en piedras vivas del templo (**1 Pedro 2: 4, 5**).

4. Dos veces dijo Jesús a sus discípulos: “**La paz sea con vosotros**” (**Juan 20: 19, 21**). Este saludo, vistas las circunstancias en las que es dado, no es ciertamente un cumplido. Es más bien un símbolo de la reconciliación entre Dios y su pueblo a través de la obra de Jesús. También para Pablo: “**Habiendo, pues, recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo**” (**Romanos 5: 1**).

Dos veces más, en el evangelio de **Juan (14: 27 y 16: 33)**, Jesús ofrece la paz. En el primer texto, la paz va asociada a la promesa de la venida del Paracleto [otra forma de denominar



al Espíritu Santo]; en el segundo, a la victoria de Jesús. **Juan 20: 22** asocia ambas realidades: la paz que reconcilia al hombre con Dios es el fruto de la victoria de Jesús y se manifiesta por el don del Espíritu.

5. La importancia eclesiológica del don del Espíritu en **Juan 20** queda subrayado por el hecho de que va acompañado del don de autoridad y de misión. Desde la perspectiva de Juan, no solo va asociado a una experiencia personal e interna, sino también a una realidad en la obra de la comunidad cristiana.

Juan 20 subraya la importancia eclesial de este acontecimiento asociándolo al don del Espíritu. La iglesia, templo de Dios, es al mismo tiempo templo del Espíritu (**1 Corintios 3: 16**). Esta existe a partir de la tarde de la resurrección, como consecuencia y testimonio de que el Espíritu está ya presente en la obra desde ese momento.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 288-292

7.5. El bautismo por inmersión

En la introducción de este tratado mencioné sobre una práctica, el bautismo por infusión, que no cuenta con el soporte de la sana teología bíblica. Me gustaría explorar este asunto con usted, tomando en cuenta alguna información histórica, en especial en relación con los anabaptistas y la recuperación de método apostólico de bautismo. Revisemos las prácticas actuales de las diferentes confesiones cristianas.

Las iglesias cristianas conocen cuatro modalidades bautismales: el bautismo por sumersión (baptismus per submersionem); por inmersión (baptismus per immersionem); por infusión (baptismus per infusionem); y por aspersion (baptismus per aspersionem). Viendo la similitud entre las modalidades de bautismos, los términos 'sumersión' e 'inmersión' son a menudo empleados como sinónimos.

El bautismo por sumersión es aquel en que el cuerpo entero del bautizado es sumergido en el agua. Fue el rito más frecuente en la iglesia primitiva hasta el siglo XIV; fue sustituido posteriormente en la iglesia latina por el bautismo por infusión. Existen numerosos baptisterios antiguos que testifican que esta fue la forma primera de bautizar. En la iglesia de Oriente, la práctica de la sumersión se ha conservado hasta hoy por lo que ha tenido un papel muy importante en la recuperación del bautismo por inmersión en el seno del protestantismo como veremos más tarde.

El bautismo por inmersión es aquel en que el bautizado entra en las aguas bautismales y después sumerge la cabeza en el agua. Hoy solo practican este rito los jacobitas sirios. En el bautismo por infusión (palabra que significa "verter", "derramar"), el agua se vierte sobre la cabeza del bautizado. Es la forma actual de bautismo de la iglesia de Occidente (romana). Se menciona esta modalidad por primera vez en la **Didaché** (Doctrina de los doce apóstoles, primera mitad del siglo II). Al principio sólo se practicaba en caso de necesidad, cuando el bautismo por sumersión o inmersión era imposible, particularmente en el caso de personas enfermas o débiles. Pero se fue extendiendo cada vez más en Occidente a partir del siglo XIII hasta convertirse en la forma habitual de bautismo.

El bautismo por aspersion es la forma de bautismo en la que se salpica con agua al bautizado. Al principio se rechazó esta práctica salvo excepciones; pero hoy se considera una forma válida en numerosas iglesias protestantes.

Muchas iglesias protestantes, como los bautistas y los adventistas, no sólo practican el bautismo de adultos, ordenado por la Biblia, sino que también han conservado el rito apostólico original de la sumersión o inmersión. El hecho de que consideren únicamente válidas las Santas Escrituras y no la tradición eclesiástica hace que consideren la forma del bautismo original del Nuevo Testamento como el único modo aceptable. Contribuyen así de forma importante a la restauración de la doctrina bíblica; ya que este rito es el que corresponde más claramente al simbolismo del bautismo porque las palabras utilizadas en el texto griego del Nuevo Testamento significan claramente "sumergir" o "inmergir" (ver **Marcos 1: 9**; **Hechos 8: 38**; **Romanos 6: 4, 8, 13**; **Colosenses 2: 12**).

Consideran que los otros modelos de bautismo son una pérdida del simbolismo bíblico dada la contradicción evidente entre la forma del bautismo y su significado. Es cierto que ni la infusión ni la aspersion evidencian lo que el bautismo quiere verdaderamente enseñar como imagen del nuevo nacimiento.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 155, 156

Aunque es evidente que el bautismo por inmersión (sumersión si queremos ser finos) cumple la lógica de ser "sepultado en agua" (no se sepulta a alguien echando un poco de tierra sobre su cabeza, sino cubriéndolo totalmente) y luego volver a la vida al salir de la "tumba líquida", no es la práctica de la mayoría



de la cristiandad, sino más bien de una pequeña minoría como hemos mencionado. Es por ello importante resaltar la función de los anabaptistas (o anabautistas como también se les conoce) en el Siglo XVI, el de la Reforma Protestante, en la recuperación del bautismo apostólico y bíblico, así como en eclesiología.

Parte de la razón por la que fueron perseguidos por la iglesia romana e inclusive por algunos importantes segmentos del protestantismo (especialmente por las iglesias vinculadas al estado o iglesias nacionales) fue por su rechazo tanto al bautismo de niños (nos ocuparemos de este tema en otro acápite), la importancia que correctamente otorgan a la decisión del catecúmeno, como al método del rito bautismal.

Aunque el anabaptismo, aparte de la introducción del bautismo en adultos o por profesión de fe, no haya introducido ningún otro movimiento de reforma en la historia de la iglesia, en la restauración definitiva de la forma del bautismo apostólico ha sido la precursora de otros grupos y comunidades. Fue así como el bautismo por inmersión, según las investigaciones más recientes, penetró en el movimiento baptista a través del socinianismo polaco, influenciado por la ortodoxia y más adelante por los colegiantes de Rijnsburg. A su vez, estos influenciaron en la comprensión del bautismo que tuvieron los menonitas rusos y norteamericanos.

El anabaptismo, comúnmente conocido con el nombre de la “tercera ala de la Reforma” (J. C. Wenger) o el “ala izquierda de la Reforma” (R. Bainton; H. Fast), o también “Reforma radical” (G. H. Williams), prosiguió con el movimiento de Reforma original en diferentes planos, mientras que el movimiento reformado, sobre todo tras el levantamiento de los campesinos en 1525, se colocó poco a poco bajo la protección de los poderes públicos.

Así fue como el no conformismo reformado pasó a ser un conformismo protestante político y bien estructurado. Los primeros anabaptistas criticaron vivamente la “Reforma atascada” y buscaron un modelo alternativo de iglesia que se correspondiera con el del cristianismo primitivo. Lo encontraron en la iglesia de los voluntarios, una iglesia cristiana que optaba por la adhesión voluntaria e independiente del Estado. Rechazaba el cristianismo transmitido automáticamente de padres a hijos, práctica habitual en las iglesias nacionales o territoriales.

El bautismo por profesión de fe del monje desfraternizado Jörg Blaurock por el laico Konrad Grebel en enero de 1525 en Zúrich fijó la “fecha de nacimiento del anabaptismo” a la vez que el comienzo del protestantismo de las iglesias libres. La búsqueda de los anabaptistas de una restauración de la iglesia primitiva; una iglesia pequeña y compuesta sólo de personas bautizadas sobre la base de su profesión de fe provocó la ruptura con la iglesia popular que seguía atada al bautismo de los recién nacidos. Para los anabaptistas de Zúrich, el bautismo de los recién nacidos representaba “una abominación insensata y blasfema” dirigida “contra toda la Escritura Santa”.

Los anabaptistas no se distinguían sólo de las iglesias populares por el tema del bautismo sino también por su relación con las autoridades. Grebel reclamaba la separación lógica de la Iglesia y el Estado, predicaba la no violencia y negaba a los “verdaderos creyentes cristianos” cualquier función gubernamental. El poder político no tiene ningún derecho de intervención en la iglesia porque está “fuera de la plenitud de Cristo” y así lo expresa la confesión de fe de Schleithem en 1527.

El bautismo voluntario, el bautismo por profesión de fe, el sacerdocio universal, la no resistencia, el rechazo a ocupar funciones cívicas, la separación del mundo, la renovación espiritual y la santificación son las características del movimiento anabaptista. A pesar de estas características, el anabaptismo no puede ser interpretado como un movimiento homogéneo como demostraron, por ejemplo, las controversias posteriores sobre el tema de la violencia o de la no violencia de Hubmaier y Hut en Nikolsburg, Moravia.

El bautismo de adultos y por profesión de fe reintroducido por los anabaptistas aporta un importante elemento a su nueva eclesiología. Bajo la influencia del espiritualismo de Zuinglio, los anabaptistas distinguían entre el bautismo “interior” y el bautismo “exterior”, entre el bautismo del Espíritu y el del agua. Mientras que Zuinglio desvalorizaba el bautismo como una señal externa de la fe –la salvación no depende en definitiva de un acto externo– y la comparaba a la circuncisión del Antiguo Testamento, los anabaptistas, especialmente Balthasar Hubmaier, ponían el acento sobre el orden cronológico de la fe (esencia) y el bautismo (señal). El “bautismo interior”, como acto divino proviene de la fe y lleva a la conversión, sigue el “bautismo exterior”, o bautismo de agua, como señal de la profesión de fe del hombre.

Por el contrario, Zuinglio enseñaba que el bautismo de Juan el Bautista debía ser pactado con las personas que todavía no conocían el mensaje de la fe cristiana. Según Zuinglio, el bautismo no tiene por qué seguir inmediatamente a la fe; puede precederla.

Este argumento fue estrictamente rechazado por los anabaptistas sobre la base de su posición bíblica de no considerar válido aquello que no está expresamente ordenado en la Escritura. Para ellos, el bautismo no es el símbolo de un proceso de salvación que empieza a continuación,



sino la marca y el sello de una conversión que ya ha tenido lugar. Es el “baño del nuevo nacimiento” y señala el principio de la nueva vida como hijo de Dios. Hubmaier veía en el bautismo una “señal de adhesión” con la que el creyente se compromete a vivir una vida como discípulo de Cristo. Hans Denck interpretaba el bautismo como una “señal de alianza” que une al bautizado y a su iglesia. La exigencia de una nueva vida como discípulo de Cristo y en la santificación representan la condición sine qua non de la teología anabaptista del bautismo.

Sin embargo, las opiniones respecto a la forma del bautismo van desde la total creencia de Hubmaier en el bautismo de agua como signo de confesión de fe hasta el rechazo más radical del bautismo por Hans Bänderlin que lo considera por razones espirituales como una ceremonia exterior y por lo tanto sin valor.

El bautismo por profesión de fe exigido por los anabaptistas lleva a un cambio de paradigmas en la iglesia y en la sociedad poniendo virulentamente en cuestión la identidad elaborada en el transcurso de los siglos por el bautismo, la pertenencia a la iglesia y el ser sujeto jurídico. Sacó el sacramento del dominio de las iglesias populares y lo situó exclusivamente en el terreno espiritual como una decisión personal tomada ante Dios. Quitaron al bautismo “su carácter de rito iniciático a la ciudadanía”, que hace automáticamente a todo bautizado “miembro del cuerpo de Cristo” –el bautismo de los niños simbolizaba ya lealtad de los ciudadanos hacia su iglesia y hacia las autoridades– y lo situaron bajo “el orden de Cristo”.

Con el bautismo de los adultos, los anabaptistas se ubicaron sobre la vía estrecha de los verdaderos discípulos de Cristo y se manifestaron no conformes con la iglesia dominante y el mundo. Con ellos empezó, según la fórmula de Goertz, la “desestabilización de la práctica del bautismo en el seno del protestantismo”. Esta preocupación de los anabaptistas fue retomada por los menonitas y los hermanos huteritas. Estos dos grupos fueron las únicas comunidades anabaptistas que sobrevivieron a la persecución a gran escala llevada a cabo por la Iglesia [romana, principalmente] y el Estado.

Aunque los anabaptistas reconocieron el carácter de profesión de fe y de la propia responsabilidad frente al bautismo y en consecuencia el pleno ámbito de su naturaleza, no tomaron el rito del bautismo con suficiente seriedad –forma exterior– lo que es una inconsecuencia. Esta postura es atribuible a la comprensión espiritual del bautismo interior del Espíritu. La forma bíblica del bautismo tiene tres elementos importantes: el bautismo del Espíritu, la confesión “de la boca” y la purificación en la “tumba líquida”. Los anabaptistas celebraban esta ceremonia por infusión o por aspersión. Sin embargo, tenemos el caso del jefe anabaptista Wolfgang Ulimann, de St. Gallen, que, “habiendo adquirido un cierto conocimiento del rebautismo” por Grebel, “no quiso ser aspergido en un plato de agua como era habitual”, sino que reclamó ser “sumergido totalmente desnudo y al aire libre en el Rin por Grebel”.

Más tarde, en el menonismo, el bautismo por inmersión no era desconocido y fue ocasionalmente practicado. Aunque la práctica apostólica del bautismo por inmersión no era del todo extraña tampoco se extendió demasiado. Los anabaptistas pusieron el fundamento eclesiástico del bautismo neotestamentario y pueden considerarse los padres fundadores y los pioneros de las iglesias libres [que no se vinculan con el estado] modernas. Sin embargo, el impulso por reencontrar y reponer el modo original del bautismo, con sus diferentes simbolismos, vino desde otra dirección.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 157-162

Es importante señalar también el aporte de los anabaptistas en una eclesiología donde claramente se separaba la iglesia del estado (rechazando el bautismo de infantes y su automática incorporación a la iglesia y al estado), aunque esto no ocurriera siempre de esta manera. Luego de los anabaptistas, en el tema del bautismo, los bautistas (al menos una rama de ellos) son nuestro cordón umbilical con la práctica del bautismo apostólico por inmersión, así como el bautismo por profesión de fe, también utilizado en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Ya en 1883 J. C. de Hoop Scheffer sostuvo la tesis de que la práctica del bautismo por inmersión había nacido en el presocinianismo polaco (los “hermanos polacos”) que estaban más en contacto con la ortodoxia y habían conservado esta práctica en el bautismo de los niños. Esta tesis parece estar confirmada por investigaciones recientes.

Ya en el siglo XV, la práctica católica romana del rebautismo de conversos procedentes de la Iglesia Ortodoxa (“Rebaptizatio Ruthenorum”) parece haber sido práctica corriente en los territorios de la corona polaco-lituana. La controversia sobre el modo de bautizar entre las iglesias Católica y Ortodoxa tuvo su momento álgido en el siglo XVI. En el Sínodo de Lemberg, en 1564, los católicos polacos rechazaron definitivamente el rebautismo y profesaron la forma ortodoxa griega de bautizar.

El socinianismo, movimiento humanista antitrinitario fundado en Polonia, como una minoría protestante, bajo Fausto Socino, fundó también en esta misma época una confraternidad llamada



Ecclesia Minor y manifestó su confesión de fe en el Catecismo Racoviano (1605). Tomó la forma de bautizar por inmersión ortodoxa y la asoció a la condición anabaptista del bautismo por profesión de fe o bautismo de los adultos.

Petrus Gonesius [Piotr z Goniądza], un antitrinitario, jugó un papel clave. Por un lado, estableció una relación con la comunidad anabaptista huterita de Moravia y por otro esbozó su propia "teología de la inmersión". Gonesius puede ser considerado absolutamente como el padre del movimiento moderno a favor de la inmersión; a pesar de su contribución a la historia de la iglesia, esta ha sido tomada en poca consideración hasta el momento presente. Hubo más asociaciones entre anabaptistas y menonitas en Prusia.

¿Cómo practicaban los hermanos polacos el bautismo por inmersión? La liturgia era sencilla; la ceremonia era un acontecimiento público al que todos podían asistir, fueran o no miembros de iglesia. La iglesia debía primero aceptar la demanda del bautismo del futuro bautizado. Una fuente nos dice que los bautizados llevaban ropa de bautismo. El predicador encargado del bautismo predicaba un corto sermón al borde de un río o del mar; llamaba la atención sobre "la unidad de Dios" y ponía el acento sobre la "estupidez [parece un poco duro el término, lo que probablemente se debe de la traducción del inglés de la palabra "stupidity", que en realidad se debía traducir al español como "tontería"] del bautismo de los niños". Después el candidato debía expresar una vez más su petición de bautismo y la asamblea ratificaba su conocimiento con un contundente "Amén". Después el candidato al bautismo entraba en el agua y se arrodillaba ante quien lo iba a bautizar. Este ponía sus manos sobre el rostro y la nuca del candidato al bautismo y lo sumergía totalmente bajo la superficie del agua mientras pronunciaba las palabras siguientes: "Yo te bautizo en el agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que el Señor Jesucristo te bautice ahora en el Espíritu Santo". Para clausurar la ceremonia bautismal la asamblea entonaba un cántico de bendición. Después seguía una ceremonia de Santa Cena en el transcurso de la cual el recién bautizado era recibido en la iglesia.

Parece que esta ceremonia no se desarrollaba siempre de la misma forma. Hay referencias a casos donde había una triple inmersión y en otros donde solo se invocaba un único nombre en el momento de la inmersión, el de Jesucristo. En cualquier caso, la triple inmersión –o incluso el uso de la fórmula trinitaria– no puede ser considerado como algo inseparable del bautismo porque los hermanos polacos eran unitaristas, es decir antitrinitarios. La iglesia también ofrecía "regalos de bautismo" en forma de ropas; o bien, por ejemplo, un campesino que se unía a la hermandad era recompensado liberándolo de sus impuestos. La total inmersión en el transcurso de la ceremonia bautismal representaba para el público una verdadera novedad. El sacerdote católico Powodowski cuenta que los hermanos "tiraban al bautizado al agua como si este necesitara un baño" [lo que parece más una crítica tendiente a dar una imagen más festiva que solemne del bautismo].

Con la Contrarreforma católica, un gran número de socinianos tuvieron que huir de Polonia y establecerse en los Países Bajos, donde entraron en contacto con los colegiantes de Rijnsburg. Estos constituían, dentro del arminianismo holandés, una iglesia que se reunía desde 1621 DC en Rijnsburg. Rechazaban toda confesión de fe eclesiástica y clerical. Cualquier miembro que se sintiera tocado por el Espíritu Santo (como los puritanos) estaba autorizado a predicar y a profetizar. Habían tomado principalmente de los socinianos la práctica del bautismo por inmersión, lo que les valió el sobrenombre de "Dompelaars" (sumergidores). A partir de los colegiantes de Rijnsburg, esta práctica se introdujo en Inglaterra a través de los noconformistas ingleses que habían estado en Holanda como refugiados de la fe. El bautismo por inmersión fue aceptado como bautismo. Las principales etapas de este proceso serán presentadas de forma resumida.

Hay que mencionar también al teólogo anglicano John Smyth, comúnmente considerado como el fundador del movimiento bautista. Influenciado por el congregacionalismo, nacido del puritanismo, fue por esta razón perseguido por la Iglesia Anglicana estatal bajo Jacobo I, y tuvo que exiliarse en Holanda con su iglesia en 1608. Consideraba que la Iglesia Anglicana había apostatado de la iglesia primitiva y el bautismo administrado por esta no era válido. Se rebautizó a sí mismo y después a sus discípulos por aspersion. Su autobautismo le valió el sobrenombre (en inglés) de "the SeBaptist". Empezó este periplo histórico sobre la base de sus propios conocimientos teológicos, sin influencia directa de los menonitas, tal y como ha sido reconocido en las primeras investigaciones.

En 1610, con sus discípulos escribió la primera confesión de fe bautista titulada Corde Credimus. Se arrepintió finalmente de su bautismo prematuro, hecho bajo su propia autoridad y se puso en contacto con los menonitas de Waterland, que reconoció como la "verdadera iglesia". Su iglesia se unió a ellos en 1615. Smyth fue sucesivamente puritano, separatista, bautista y anabaptista.

Thomas Helwys, rechazó tajantemente la fusión con los menonitas y se separó de Smyth por esta razón, volvió en 1612 a Londres donde organizó su propia comunidad anabaptista. Sus discípulos fueron llamados General Baptists porque junto con el teólogo holandés, Arminio, ponían



el acento en la voluntad de salvación universal de Dios y rechazaban la doctrina calvinista de la predestinación. Rechazaban el bautismo de recién nacidos y practicaban el bautismo no por inmersión sino por aspersion.

Los bautistas, propiamente dichos, descienden de la iglesia puritana congregacionalista fundada en 1616 en Londres por Henry Jacob, que a su vez había pasado algún tiempo en Holanda exiliada. Más tarde se les llamó Particular Baptists para distinguirlos de los General Baptists, ya que estaban influenciados por el calvinismo y habían conservado la doctrina de la predestinación.

Fueron los Particular Baptists los que por primera vez exigieron el bautismo por inmersión. Llegaron a la convicción que no solamente el bautismo de los recién nacidos estaba en contradicción con la enseñanza bíblica sino también el bautismo por infusión. La única forma válida era la inmersión que solo puede administrar aquel que a su vez ha sido bautizado por inmersión. Así describe Richard Blunt la verdadera forma del bautismo: "Sumergir el cuerpo en el agua como señal de sepultura y resurrección". Blunt fue hasta los colegiantes de Rijnsburg y fue bautizado por inmersión por Jan Batte, supuestamente en 1641. En 1642 volvió a Inglaterra y bautizó por inmersión a los miembros de su iglesia.

La forma apostólica de bautizar fue enseguida la característica de todos los bautistas. En 1644, los Particular Baptists publicaron la Confesión de Londres, primera confesión de fe bautista de Inglaterra. Su artículo 40 sobre el bautismo decía:

"La manera de administrar esta ordenanza está descrita en la Escritura como una inmersión del cuerpo entero bajo la superficie del agua. Por ser una señal debe corresponderse con lo que significa: es decir, primero la purificación del alma entera en la sangre de Cristo; segundo, el interés manifestado por los santos por la muerte, sepultura y resurrección; tercero, la confirmación de nuestra fe, a saber que, al igual que el cuerpo es sepultado en el agua del bautismo y vuelve a salir, el cuerpo de los santos resucitará con igual seguridad por el poder de Cristo el día de la resurrección para reinar con Cristo".

El bautismo no tiene adjudicada la categoría de "sacramento" sino de "ordenación". La inmersión y la salida del agua simbolizan, en el presente, la muerte y la resurrección en el ámbito espiritual de la conversión, y al mismo tiempo, el cumplimiento futuro de todas las cosas el día de la resurrección.

Los primeros bautistas americanos fueron los Particular Baptists, que fundaron en 1742 la Confesión de fe de Filadelfia. El bautismo por profesión de fe y por inmersión penetró a través de los bautistas en el movimiento adventista y también la influencia del arminianismo a través de los General Baptists.

El tema de la forma de bautizar apostólica también está presente en los pietistas alemanes como motivo de discusión. Es Alexander Mack, influenciado por el pietista radical y separatista Ernst Christoph Hochmann de Hochenau, el que administró en 1708 a Schwarzenau el primer bautismo por inmersión. Fue probablemente alentado a introducir el bautismo por inmersión por dos colegiantes holandeses que lo habían visitado. Los discípulos de Mack fueron llamados con el nombre de "Tunker" ("remojadores"; en inglés, "dunkers"). Además del bautismo por inmersión, introdujeron el lavamiento de pies, los ágapes fraternales, el ungimiento de los enfermos, rechazaban la violencia, el anatema y el prestar juramento.

En 1720, Mack y sus discípulos fueron expulsados de Schwarzenau por tener opiniones "hostiles a las autoridades". Mack y su iglesia pasaron algún tiempo en Frisia Occidental, donde se beneficiaron del apoyo de los menonitas, emigraron a Pensilvania en 1729 y se establecieron en Germantown. Los "neoanabaptistas" de Schwarzenau reunidos alrededor de Mack formaron la Iglesia de los Hermanos, una de las setenta iglesias históricas pacifistas. El mérito particular de esta Iglesia de los Hermanos es el haber rechazado entender el bautismo como algo puramente interior y espiritual, característica de los pietistas radicales y también de los cuáqueros y reconoció el valor simbólico y bíblico del rito exterior. Un fruto posterior del pietismo y del movimiento del despertar alemán fue la Iglesia de los Cristianos Bautizados, fundada hacia la mitad del siglo XIX por el discípulo de Tersteegen, Johann H. Lindermann, en la región de Wuppertal. Esta, independientemente de los bautistas introdujo el bautismo por inmersión y finalmente siguió la doctrina del Sabbat. Es de este grupo que salió en 1875 la primera Iglesia Adventista del Séptimo Día alemana.

Otro movimiento que bautizaba por inmersión apareció en el siglo XIX en el seno de los menonitas del sur de Rusia. Influenciados por los bautistas, los Hermanos Menonitas se separaron en 1860 de la Iglesia Menonita, a causa de la gran importancia que ellos concedían al bautismo por inmersión. Los menonitas administraban el bautismo por aspersion o infusión y al que los Hermanos Menonitas de Rusia llamaban con ironía el "bautismo seco". Los Hermanos Menonitas también



introdujeron, además del bautismo por inmersión, el lavamiento de pies. Los primeros adventistas del séptimo día de Rusia provenían de la iglesia de los Hermanos Menonitas porque ambos movimientos tenían una doctrina paralela sobre los principales puntos.

La controversia sobre el bautismo y la forma de realizarlo es debatida y zanjada la mayor parte de las veces a golpe de argumentos históricos. Sin embargo, el anabaptismo buscó un fundamento bíblico para la doctrina del bautismo y rechazó cualquier tradición contraria a las Escrituras. La meta del anabaptismo era la restauración de la iglesia apostólica. En lo que respecta al bautismo, significa: que, tras la enseñanza bíblica, la profesión de fe es la condición básica para recibir el bautismo y formar parte de la iglesia. A pesar de esta premisa fundamental, los anabaptistas no tomaron suficientemente en serio la forma externa del bautismo. Rechazaron la “sacramentalización” del bautismo y se inclinaron hacia la “espiritualidad” en su administración. Fueron primero los socinianos polacos quienes, influenciados por la práctica de la Iglesia Ortodoxa, adoptaron la inmersión, resultado de su manera de entender el bautismo en su forma apostólica de inmersión (símbolo de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús). Recuperando el bautismo por inmersión, los colegiantes holandeses jugaron un papel histórico. La forma neotestamentaria de entender el bautismo que interpreta la profesión de fe y el bautismo por inmersión como un “acto de obediencia”, está representada en la actualidad principalmente por los bautistas y los adventistas. Ningún formalismo legalista se esconde atrás; más bien es el reconocimiento bíblico de que esta es únicamente la forma de hacerlo fielmente al modelo apostólico (inmersión) haciendo que la naturaleza y el poder de este rito se manifiesten.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 162-171

7.6. El rebautismo

Hemos tocado el tema del rebautismo de manera tangencial en el desarrollo del tema y trataremos de darle algo más de profundidad al tema aquí. Aunque no pretendo tocar todo lo que podría surgir de este tema intentaremos tocar los aspectos más resaltantes. Una de las causas del rebautismo puede ser cuando una persona de otra denominación religiosa conoce el mensaje completo de la iglesia adventista y se percata que por ignorancia no ha seguido la voluntad de Dios en temas importantes. Esa persona, que puede haber sido bautizada por inmersión, puede solicitar ser bautizado nuevamente y la iglesia deberá estar en disposición de hacerlo.

Hay muchos hoy en día que inconscientemente han violado uno de los preceptos de la ley de Dios. Cuando el entendimiento ha sido iluminado y las exigencias del cuarto mandamiento son presentadas con fuerza ante la conciencia, se ven a sí mismos como pecadores ante la vista de Dios. “El pecado es transgresión de la ley” y “cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos”.

El honesto buscador de la verdad no presentará la ignorancia de la ley como una excusa por la transgresión. La luz estaba a su alcance. La Palabra de Dios es sencilla, y Cristo ha ordenado escudriñar las Escrituras. Reverencia la ley de Dios como santa, justa y buena, y se arrepiente de su transgresión. Por fe, reclama la sangre expiatoria de Cristo y se ase de la promesa del perdón. Su primer bautismo no lo satisface ahora. Se ha visto pecador, condenado por la ley de Dios. Ha experimentado de nuevo la muerte al pecado, y desea ser sepultado otra vez con Cristo por medio del bautismo, para poder levantarse y andar en novedad de vida. Una conducta tal se halla en armonía con el ejemplo de Pablo al bautizar a los conversos judíos. Ese incidente fue registrado por el Espíritu Santo como una lección instructiva para la iglesia.

Ellen G. White, El Evangelismo, 273

Sin embargo, es posible que otra persona en la misma condición desee ser aceptada por profesión de fe, sin necesidad de ser bautizado nuevamente. Se aconseja a los líderes de iglesia que utilicen todo el tacto y espíritu cristianos para no forzar situaciones innecesariamente.

El tema del bautismo por segunda vez debe ser manejado con gran cuidado. Después que se ha presentado la verdad sobre el asunto del sábado y otros puntos importantes de nuestra fe, y las almas manifiestan el valor moral para hacer su resolución en favor de la verdad, verán este asunto a la luz de la Biblia si están plenamente convertidas. Pero, algunas personas han manejado estos problemas en forma insensata y Dios ha manifestado su reprobación sobre este asunto en muchas ocasiones. Los que colocan este tema del segundo bautismo en primera línea, haciéndolo algo de tanta importancia como la cuestión del sábado, no están dejando la impresión correcta sobre la mente ni presentando en forma adecuada el tema. Se necesita gran discriminación para presentar las verdades relacionadas con el sábado, manejando correctamente la Palabra, dando a cada uno la porción de alimento a su debido tiempo.

Los que levantan la cruz del sábado tienen una tremenda batalla que librar contra el yo y contra los intereses egoístas que se interpondrían entre sus almas y Dios. Luego, cuando han dado este gran paso y sus pies han sido colocados sobre la plataforma de la verdad eterna, deben tener



tiempo para acostumbrarse a su nueva posición, y no ser apremiados sobre el asunto del segundo bautismo. Nadie debe llegar a ser una conciencia para otro o instarlo y presionarlo para que se bautice por segunda vez.

Este es un tema acerca del cual cada individuo debe decidir concienzudamente en el temor de Dios. Este tema debe ser presentado cuidadosamente con espíritu de ternura y amor. Además, el deber de instar pertenece, no a uno, sino a Dios; dad a Dios una oportunidad de obrar con su Santo Espíritu sobre la mente, de manera que el individuo se convenza perfectamente y esté satisfecho de dar este paso avanzado. No se permitirá que sobrevenga nunca el espíritu de controversia y contención sobre este asunto.

Ellen G. White, El Evangelismo, 273, 274

Cuando una persona que conoce la verdad apostata y luego regresa al redil se le debería recomendar que se rebautice para reasumir sus derechos como miembro de iglesia. Es ideal también que esto se haga después de que existan suficientes evidencias de su nueva conversión. En todo caso, este asunto debe ser tratado con toda la caridad cristiana, pues lo que se desea de alguien que se ha alejado es que retorne a la verdad.

El Señor pide una reforma decidida. Y cuando un alma en verdad se ha convertido de nuevo, debe ser bautizada otra vez. Renueve ella su pacto con Dios, y Dios renovará su pacto con ella... La reconversión debe ocurrir entre los miembros, para que, como testigos de Dios, puedan testificar del poder y autoridad de la verdad que santifica el alma.

Ellen G. White, El Evangelismo, 275

Como notamos antes, el bautismo lleva a una persona a ser miembro de la iglesia cristiana para compartir los privilegios comunes y las responsabilidades de la comunidad. Una pregunta que se formula a menudo es si el bautismo, que es la ceremonia de entrada a la comunión de la iglesia, podría o debería ser repetido.

El único pasaje bíblico que trata del rebautismo es **Hechos 19: 1-7**, donde unos 12 discípulos fueron rebautizados en Éfeso. El texto en sí mismo no ofrece dificultad. La situación descrita es la de personas que una vez fueron bautizadas. En respuesta a la pregunta de Pablo, "¿En qué, pues, fuisteis bautizados?", contestaron "en el bautismo de Juan" (versículo 3). Según el versículo 5, los 12 volvieron a ser bautizados. Parece que Pablo no consideró válido o adecuado su bautismo anterior.

Se presenta a esos efesios como "discípulos" que no habían sido bautizados en el nombre de Jesús y que no habían oído del Espíritu Santo. El bautismo de Juan estaba basado en un llamamiento al arrepentimiento y el perdón (**Marcos 1: 4; Lucas 3: 3**). El de Cristo era diferente. Por tanto, la razón para su rebautismo parece evidente. Habían recibido sólo el "bautismo de arrepentimiento" de Juan.

Aparentemente Apolos había conocido sólo el bautismo de Juan (**Hechos 18: 25**), pero no hay mención de su rebautismo. Algunos de los apóstoles también debieron haber recibido el bautismo de Juan (**Juan 1: 35-40**), pero no hay nada que indique que fueron rebautizados alguna vez. Así que uno puede concluir que algunos de los discípulos de Apolos, aunque habían sido bautizados con el bautismo de Juan, estaban en posesión de dos elementos importantes: su creencia en Jesús y la presencia del Espíritu Santo en sus vidas. Debido a que estos dos elementos faltaban en el bautismo de esos efesios, Pablo consideró su bautismo inválido [insuficiente, podría ser más adecuado] y los rebautizó. Evidentemente Pablo sostuvo que el rebautismo estaba en orden, porque con posterioridad a su bautismo habían recibido nuevas verdades vitales. Así que la recepción de verdades, básicas y adicionales, justifica el rebautismo.

Otra razón para el rebautismo puede ser la apostasía. Uno que ha violado abiertamente las leyes de Dios y que ha sido desfraternizado de la iglesia debe entrar en el cuerpo de nuevo. Al aceptar otra vez a Cristo, la persona deseará mostrar una comunión renovada con Cristo y la iglesia por medio del rebautismo: "Cuando uno ha sido bautizado en Cristo, sólo debe rebautizarse si ha habido una apostasía definida de las creencias y normas que acompañan a la comunión con Cristo" (**Comentario Bíblico Adventista, Tomo 6, 369**). Por otro lado, puede abusarse del rebautismo, como en el caso de uno que apostata repetidamente y solicita rebautismo. Sobre el tema del rebautismo y la apostasía las Escrituras guardan silencio; por tanto, debe ejercerse cautela.

Raúl Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 661

He escuchado a veces decir que debemos dejar a la gente vivir sus vidas, sin juzgar si merecen o no la posición de miembros de iglesia. No estoy en absoluto de acuerdo con eso. Como hermano de quien está en falta es mi responsabilidad llamarlo al arrepentimiento, pedirle que reconozca dónde ha caído y que renueve su relación con el Señor. Es lo que yo esperarí de cualquiera de mis hermanos si me pasara lo mismo. Es bueno sí tener cuidado de estar preparado para llegarse hasta quien está en falta para que sus



palabras sean de estímulo a cambiar y no de censura. También es clave que el pecado no se difunda por falta de discreción. Note la cita siguiente donde Elena llama al arrepentimiento a quien ha fallado en el debido respeto a su cónyuge.

No hay más esperanza en Ud. que la que hay en pecador cualquiera, a menos que humille mucho su alma delante de Dios, se arrepienta y se convierta. Siga los primeros pasos en la senda hacia la vida: arrepentimiento, fe y bautismo. Ud. ha manoseado las salvaguardas divinas de su paz. Si rehúsa escuchar la voz de reprobación, si sigue sus propios caminos, si no permite que la gracia de Cristo lo transforme, su culpabilidad será mucho mayor que la del pecador común, debido a las ventajas de mayor luz recibida y a su mayor influencia.

Se debe ejercer gran cuidado en la elección de compañeros y amigos, para no poner el alma en peligro ni dar siquiera apariencia de mal que, a los ojos de otros, pueda rebajar las normas de los principios religiosos, y minar el fundamento y la savia de la fe religiosa.

Ellen G. White, Testimonios acerca de Conducta Sexual, Adulterio y Divorcio, 213

Para redondear el tema tratado (no quiero tocar el tema de la disciplina eclesiástica y su relación con el rebautismo pues será objeto de un estudio específico) me gustaría ver algo relacionado con la administración del rebautismo con una cita que comenta el Manual de la Iglesia Adventista del Séptimo Día con alguna referencia del Espíritu de Profecía. Allí se resume cómo proceder para el caso de un rebautismo de un converso que ha recibido antes el bautismo por inmersión en otra confesión religiosa o para un caso de apostasía.

No pensaba que la discusión sobre el rebautismo fuera un tema tan debatido entre los miembros y amigos adventistas, hasta que observé algunos foros en la Internet que trataban el asunto. Parece que este punto no goza de una total aceptación entre nuestros miembros y es una causa para que algunos creyentes que no son de nuestra iglesia, nos acusen de promover prácticas no bíblicas. Es, por tanto, valioso conocer la causa por la que la iglesia adventista practica el rebautismo, pues es una iglesia que proclama la Biblia como única regla de fe y práctica.

¿Cuál es la base, razón o justificación de la iglesia para el rebautismo? ¿Cuál es el cuidado que debe observarse antes? Estas y otras interrogantes son analizadas en las siguientes líneas extraídas del **Manual de la Iglesia** y el Espíritu de Profecía:

“El nuevo bautismo aparece explícitamente mencionado en un pasaje bíblico (**Hechos 19: 1-7**), donde el apóstol Pablo lo recomienda para un grupo de creyentes que habían recibido con anterioridad el bautismo de Juan, que era un bautismo de arrepentimiento. Además del arrepentimiento, el bautismo cristiano se halla vinculado a una clara comprensión de las enseñanzas de Jesús y al compromiso personal de aceptarlas, así como a la recepción del Espíritu Santo. Teniendo esto en cuenta, y unido a la idea de una mejor comprensión y dedicación, resulta aceptable el nuevo bautismo”.

“Miembros provenientes de otras confesiones cristianas. Las personas provenientes de otras confesiones cristianas que acepten el mensaje adventista del séptimo día, y que ya hayan sido bautizadas por inmersión, pueden, basándose en las Escrituras, solicitar ser bautizadas de nuevo”.

“Los siguientes ejemplos, sin embargo, dan a entender que podría no ser necesario un nuevo bautismo. El caso de **Hechos 19**, evidentemente, fue algo especial, ya que Apolos había recibido el bautismo de Juan (**Hechos 18: 25**), y no tenemos noticia de que fuera bautizado de nuevo. Según parece, algunos apóstoles también recibieron el bautismo de Juan (**Juan 1: 35-40**), pero no consta que fueran bautizados nuevamente”.

“Elena G. de White apoya la celebración de un nuevo bautismo si el nuevo creyente que ha aceptado nuevas verdades relevantes así lo solicita. Esto está de acuerdo con los parámetros establecidos en **Hechos 19**. Una persona que haya sido bautizada previamente debe evaluar su nueva experiencia religiosa para determinar si le conviene un nuevo bautismo. No se debe mantener una actitud de insistencia al respecto”.

“El nuevo bautismo “es un tema acerca del cual cada individuo debe decidir concienzudamente en el temor de Dios. Este tema debe ser presentado cuidadosamente con espíritu de ternura y amor. Además, el deber de instar pertenece, no a uno, sino a Dios; dad a Dios una oportunidad de obrar con su Santo Espíritu sobre la mente, de manera que el individuo se convenza perfectamente y esté satisfecho de dar este paso avanzado” (**Ellen G. White, El Evangelismo, 274**)”.

“La apostasía y el nuevo bautismo. Aunque en la iglesia apostólica existía la apostasía (**Hebreos 6: 4-6**), la Biblia no aborda el asunto de un nuevo bautismo. Elena G. de White respalda el nuevo bautismo cuando los miembros hayan apostatado y después se hayan vuelto a convertir y



deseen reincorporarse a la iglesia. “El Señor pide una reforma decidida. Y cuando un alma en verdad se ha convertido de nuevo, debe ser bautizada otra vez. Renueve ella su pacto con Dios, y Dios renovará su pacto con ella” (Ellen G. White, *El Evangelismo*, 275)”.

“Razones para no repetir el bautismo. Siguiendo las enseñanzas bíblicas y las recomendaciones de Elena G. de White, debe celebrarse el nuevo bautismo en circunstancias especiales; pero debiera ser algo excepcional. Celebrar el bautismo reiteradamente, por simple emoción, rebaja el significado del bautismo y pone de manifiesto que no se comprende la importancia y el significado que la Biblia le concede”.

Carlos Manzanillo, *Haciendo Discípulos*, 178, 179

7.7. El bautismo de infantes

Aunque es una práctica que evidentemente no posee raíces bíblicas el bautismo de infantes ha sido utilizado por la iglesia romana y por algunas iglesias nacionales como una marca distintiva. El hecho bíblico es que el arrepentimiento basado en el conocimiento del evangelio debe anteceder al bautismo, así como la conversión y el deseo de colocar la voluntad en las manos de Dios, por lo que es inconsistente suponer que un infante pueda haber cumplido estos pasos previos. Igual de falto de soporte escritural es el hecho que los padrinos juren en nombre del supuesto creyente y que hagan esa confesión de propósitos válida para Dios. Algunos en su afán de defender esta herejía (sí, el término está bien aplicado) apelan a algunos versículos bíblicos donde dice que algunas familias fueron bautizadas juntas y que estos “podría” haber incluido niños o infantes. Permítame extenderme sobre este importante tema.

Los que defienden la práctica del bautismo de infantes apelan a la así llamada óikos o “fórmula doméstica”. En su opinión, esto apoya la idea de que en tiempos del Nuevo Testamento se bautizaba a los niños y/o infantes. Por lo general usan los siguientes textos que hablan de la conversión y el bautismo de una familia:

1. “También bauticé a la familia de Estéfanos” (1 Corintios 1: 16);
2. Lidia “fue bautizada, y su familia” (Hechos 16: 15);
3. el guardián de la prisión en Filipos “se bautizó él con todos los suyos” (versículo 33);
4. “Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa” (Hechos 18: 8);
5. “serás salvo, tú y toda tu casa” (Hechos 11: 14).

Algunos eruditos sostienen que Pablo y Lucas no hubieran mencionado el bautismo de la “casa” si se hubiera excluido a los niños. Sin embargo, un examen más riguroso muestra que los argumentos en favor del bautismo infantil apoyado en estos textos están basados en el silencio [esto es, interpretando lo que no dice el texto]. Es más probable que tales casas hayan incluido a sus siervos y posiblemente hijos mayores. Falta una base bíblica para el bautismo infantil. Por supuesto, niños de todas las edades estaban presentes en la iglesia primitiva. La iglesia tomó un interés especial en ellos porque Jesús había considerado que eran especialmente preciosos a la vista de Dios (Mateo 18: 3; 19: 14). Pero en el Nuevo Testamento nunca se menciona algún bautismo de niños. Sin embargo, el bautismo de criaturas comenzó sólo en los tiempos post apostólicos, y no aparece evidencia concreta para esta práctica antes del fin del siglo II.

A la luz de Hechos, la predicación o estudio de la Palabra, y la confesión del candidato y su afirmación de la fe en el Señor Jesucristo, precedían al bautismo (Hechos 8: 12, 13, 35-38; 16: 30-33). Todo esto confirma la opinión de que el candidato al bautismo no podría haber sido un infante. Las referencias del Nuevo Testamento a la iniciación presuponen que los que recibían el bautismo eran adultos, y que los preparativos que se requerían de ellos eran una renuncia consciente y deliberada al pecado y los ídolos, fe personal en Cristo y lealtad a él.

Raúl Dederen, *Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día*, 660, 661

A pesar de las evidencias que hemos ido mencionando a lo largo de este tratado la gran mayoría de confesiones cristianas bautizan a los infantes y suponen que eso los incorpora al cuerpo de Cristo que es la iglesia, aun cuando estos pequeños no entienden ni el rito, ni de qué están participando, ni que su salvación está en juego.

La importancia del bautismo en el Nuevo Testamento es reconocida por todos los cristianos. De hecho, se le da más cobertura al bautismo que a la Cena del Señor. La primera aparición pública de Jesús fue anunciada por el bautismo de Juan el Bautista. Uno de los últimos mandatos registrados de Jesús para sus seguidores fue: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28: 19). El primer sermón evangélico de la iglesia apostólica tuvo como resultado un bautismo masivo.

En cada caso de conversión descrito en el libro de Hechos, se menciona el bautismo. Como observa G. R. Beasley-Murray, un erudito bautista: “El bautismo es... una parte de la proclamación de Cristo. En un sermón apostólico viene como conclusión lógica”. En sus epístolas, Pablo



frecuentemente les recordaba a los cristianos lo que les ocurrió cuando fueron bautizados y llegaron a ser miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia. Por lo tanto, ¡les pedía que se comporten como corresponde! (**Gálatas 3: 27**; **1 Corintios 1: 12-17**; **Romanos 6: 3-9**; **Efesios 4: 5**; **Colosenses 2: 12**).

Con la rara excepción de las iglesias como los Cuáqueros y el Ejército de Salvación, los cristianos de todas las denominaciones han considerado al bautismo como un rito de ingreso a la iglesia. Sin embargo, a pesar del importante papel que ha desempeñado el bautismo en la historia de la iglesia, ninguna otra institución ha causado tanta controversia, división, hostilidad y desconfianza mutuas. En gran medida, la historia del bautismo es la historia del agua que ha dividido y aún divide a los cristianos.

El problema no solo es el significado, sino además el método o el modo de bautizar. El bautismo, ¿es primordialmente una confesión de fe simbólica y pública o un sacramento que quita del alma la culpa del pecado original? ¿Debería impartirse sólo a los que confiesan públicamente que entienden y aceptan las verdades bíblicas fundamentales y que expresan un compromiso personal con Cristo? ¿O el bautismo además debería impartirse a los infantes que no pueden responder preguntas sobre la fe? El bautismo, ¿debería practicarse por inmersión o salpicando gotas de agua sobre la cabeza de un infante recién nacido?

Actualmente, casi todas las iglesias cristianas practican el bautismo infantil. Entre ellas están la Iglesia Católica Romana, la Iglesia Ortodoxa Oriental, la Comunión Anglicana, los Luteranos, los presbiterianos, los metodistas, la Iglesia Asiria del Este, la Iglesia del Nazareno, las Iglesias Reformadas de Norteamérica, la Iglesia Unida de Cristo y las Iglesias Reformadas Continentales.

Las iglesias dentro de la tradición protestante que rechazan el bautismo infantil incluyen a los bautistas, la mayoría de los pentecostales, los menonitas, los Hermanos Plymouth, los adventistas del séptimo día, la mayoría de las iglesias no denominacionales, los testigos de Jehová, los cristadelfianos y los santos de los últimos días [mormones]. En comparación, las iglesias que practican el bautismo infantil superan por lejos en número a las que bautizan a adultos creyentes (“bautismo de creyentes”)

Samuele Bacchiocchi, Creencias Populares, Son bíblicas, 347, 348

Es penoso, además, tener que mencionar que hombres a quienes Dios guio como líderes de la Reforma Protestante persiguieran y mataran a otros cristianos, como ellos, por el hecho de no aceptar el bautismo de infantes (campo en el que se unieron a la iglesia romana). Aunque no puede dejar de reconocerse su contribución al conocimiento de la justificación por la fe y a condenar el alejamiento de la iglesia popular de la doctrina bíblica y la adopción de prácticas paganas, no se puede ocultar los errores lamentables ocurridos en este campo. La irrupción del movimiento anabaptista, del que hemos hablado antes, trajo una brisa de cambio a esta posición aparentemente irreductible de un gran sector de la Reforma.

Los desacuerdos sobre el significado y el modo de bautizar pueden remontarse a la Reforma. En ese entonces, los cristianos se atacaban verbal y físicamente con una ferocidad totalmente en desacuerdo con el mandamiento de Cristo de “que os améis unos a otros” (**Juan 15: 12, 17**). Una de las tragedias de la Reforma es que sus líderes reformadores, Lutero, Calvino y Zwinglio mataban a los cristianos por el delito de bautizar o rebautizar a los creyentes adultos, en vez de a los infantes. Sus actos criminales planteaban serias preguntas acerca de su interpretación y experiencia del poder transformador de la gracia divina.

Uno de los ejemplos más reveladores de la intolerancia de los reformadores es provista por la historia del trágico conflicto que entró en erupción en el siglo XVII entre ellos y los promotores del bautismo de adultos conocidos como anabaptistas, que significa “rebautizadores”. Los reformadores tomaron la determinación de preservar la práctica católica de bautizar infantes, aunque le dieron un significado diferente a la ordenanza. En comparación, los anabaptistas rechazaron el bautismo infantil, conocido como paidobautismo, de la palabra griega pais, que significa “niño”.

Los anabaptistas del siglo XVII representaban una gran cantidad de movimientos radicales que condenaban la Reforma como poco entusiasta e incompleta. Querían completar la reforma al regresar a las enseñanzas y prácticas de la iglesia apostólica. Todos rechazaban el paidobautismo (bautismo infantil), y bautizaban o rebautizaban sólo a los que llegaban a una comprensión decisiva de las verdades bíblicas y estaban preparados para asumir un compromiso personal con Cristo [como debe ser].

La influencia de los reformadores anabaptistas sobrevive en la actualidad y puede verse en denominaciones como la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que una vez fueron consideradas como la franja lunática del cristianismo. Sin embargo, ahora algunos historiadores reconocen que ciertos movimientos religiosos modernos representan tendencias cristianas genuinas que con justicia desafían a las denominaciones principales a reexaminar sus enseñanzas tradicionales. Por ejemplo,



G. H. Williams, el erudito británico que ha examinado minuciosamente los escritos de varios movimientos religiosos modernos, concluye: “Los cristianos de muchas denominaciones se encuentran... más cerca de los sectarios despreciados de la Era de la Reforma [como los anabaptistas] que de los defensores clásicos de un corpus christianum [enseñanzas de la reforma] reformado”.

Un ejemplo de la intolerancia de los reformadores hacia los anabaptistas es el juicio y la ejecución de Félix Manz, un dirigente suizo del movimiento. En su juicio del enero de 1527, Félix Manz confesó libremente ser un maestro del bautismo de adultos, prohibido en Suiza: “Congregamos a los que están dispuestos a aceptar a Cristo, a obedecer su Palabra y a seguir sus pasos. Los integramos por medio del bautismo, y dejamos el resto a su convicción actual”.

El actuario escribió este comentario explicativo en los registros: “ellos no permiten el bautismo infantil. De este modo, le pondrán fin a la autoridad secular”. Este comentario revelador muestra la preocupación del gobierno local por preservar la práctica del bautismo infantil a fin de asegurar el compromiso del pueblo con las autoridades seculares, que controlaban la iglesia-estado. Ser bautizado de infante en la iglesia-estado significaba ser leal y estar comprometido con el estado por el resto de la vida.

Aún más extraordinario es el arrebato del acusador de Manz, Ulrico Zwinglio, uno de los dirigentes reformistas suizos. Al hablar en el juicio del anabaptista Manz, Zwinglio exclamó: “Que el que habla de sumergirse [el agua por inmersión], se sumerja”. Lo que parecía ser justicia poética fue llevado a cabo literalmente por las autoridades locales, que condenaron a Félix Manz a la muerte por ahogamiento.

“Después de ser conducido al bote, fue forzado a sentarse erguido con los brazos rodeando las rodillas dobladas y atados en las muñecas. Luego le atravesaron un palo entre las rodillas y los codos para asegurarlo en esta posición. Remaron el bote hasta el centro del río [Limmat], y echaron por la borda al indefenso prisionero, para que se ahogue en las oscuras aguas profundas”.

Uno se pregunta cómo es que los dirigentes espirituales protestantes pudieron matar a compañeros cristianos por el delito de lo que le dictaba su comprensión de las enseñanzas bíblicas en relación con el bautismo u otras doctrinas. ¿Cómo pudo influenciar Calvino al Concilio de Ginebra el 24 de octubre de 1553 para sentenciar a la muerte de hoguera a Miguel Serveto por negar la Trinidad y el bautismo infantil? En relación con el bautismo infantil, Serveto dijo: “Es una invención del diablo, una falsedad infernal para la destrucción de toda la cristiandad”. Serveto era famoso no sólo por sus tratados teológicos, sino además por sus descubrimientos científicos. Fue el primer europeo en describir la función de la circulación pulmonar de la sangre, un descubrimiento que era rechazado mayoritariamente en aquel entonces.

Uno se pregunta cómo es que esos actos criminales tan atroces ocurrieron solo pocos años después del comienzo de la Reforma en Europa. Una respuesta se encuentra en la falsa idea imperante de que luchar contra los “herejes” y eliminarlos era más importante que amarlos. Así como la iglesia de Éfeso en Apocalipsis perdió su primer amor en el proceso de luchar contra “los que se dicen ser apóstoles, y no lo son” (**Apocalipsis 2: 2, 4**), así también percibían las enseñanzas heréticas los cristianos con una pasión por luchar, y a menudo llegaban a ser crueles y brutales en la supresión de los supuestos herejes.

Afortunadamente, los cristianos de hoy en día raramente se atacan entre sí físicamente por cuestiones bautismales. El nuevo clima de tolerancia tiende a quitarle importancia a las diferencias doctrinales, centrándose en áreas de cooperación como la acción conjunta contra las injusticias sociales. Las diferencias doctrinales permanecen en una condición latente, como perros que duermen.

Pero cuando una iglesia se vuelve activa y realiza reuniones de evangelización, las diferencias doctrinales se despiertan y saltan a la acción. Los cristianos se encuentran debatiendo preguntas antiguas: ¿Es necesario el bautismo para la salvación? El bautismo, ¿debiera ser impartido solo a los que profesan fe a través de una clara comprensión de las verdades bíblicas fundamentales y que están dispuestos a expresar públicamente su compromiso personal con Cristo? ¿O la iglesia debiera bautizar a los infantes de padres cristianos que desean darle a su descendencia la seguridad de pertenecer a la familia de Dios?

Samuele Bacchiocchi, Creencias Populares, Son bíblicas, 348-350

Puede entenderse que el tema del bautismo infantil no requiere mucha atención y que es una práctica mediante la cual los padres desean transmitir a sus hijos la praxis religiosa en la que han sido formados. La discusión no tiene nada que ver con las buenas intenciones de los padres que llevan a sus bebés al bautismo, sino con los maestros religiosos que estimulan esta práctica, no pudiendo ignorar (ya que deben haber estudiado las Sagradas Escrituras) que no tiene soporte bíblico. Pero que sí entienden



que ayuda a perpetuar la relación de los fieles de esas comunidades y las de sus descendientes. También es importante hacerlo pues mucha gente llega a la edad adulta, como “cristianos nominales” sin preguntarse acerca de la verdadera decisión que debían tomar para aceptar a Jesús como su Salvador personal.

Bíblicamente, tratamos de comprender las enseñanzas del Nuevo Testamento en relación con el bautismo y sus implicaciones para el bautismo infantil. Veremos que el testimonio del Nuevo Testamento no respalda el bautismo infantil, porque el bautismo siempre está ligado al mandamiento de arrepentirse y creer, algo que los infantes no pueden hacer. Además, el bautismo representa la identificación del creyente con la muerte y la resurrección de Cristo al morir al pecado y ser resucitado a una nueva vida en Cristo, una experiencia que los infantes inocentes no pueden tener.

Históricamente, remontaremos el origen y el desarrollo teológico del bautismo infantil. Veremos que, durante la Edad Media, el bautismo infantil era un símbolo del poder sacramental de la Iglesia Católica, mientras que el bautismo de adultos estaba condenado como “herejía” evangélica. Durante la Reforma luterana, el bautismo infantil simbolizaba al cristianismo del estado, mientras que el bautismo de adultos representaba a los movimientos reformistas evangélicos, y los que lo practicaban estaban comprometidos a restaurar las creencias y prácticas apostólicas.

A través de las enseñanzas de Calvino, el bautismo infantil llegó a representar una visión predestinataria del evangelio, mientras que el bautismo de adultos reflejaba una fuerte creencia en la libertad humana. Los anabaptistas creían que Lutero y Calvino no llevaron la “Reforma” suficientemente lejos. Por lo tanto, rechazaron el bautismo infantil como no bíblico, porque servía para perpetuar las iglesias estado llenas de cristianos nominales.

A título de conclusión, reflexionaremos sobre algunos problemas significativos que provienen de la creencia y la práctica del bautismo infantil. Veremos que el bautismo infantil ha contribuido a la ritualización de la cristiandad y a la secularización de la iglesia, además de fomentar la falsa seguridad de la salvación.

Samuele Bacchiocchi, Creencias Populares, Son bíblicas, 351

Un análisis histórico del bautismo de infantes permite encontrar su origen tan temprano como el Siglo III (no antes) pero se afirmó definitivamente en la oscura Edad Media y lamentablemente no fue contrarrestada su influencia por el cuerpo principal de la Reforma Protestante. Algunos teólogos de los siglos próximos pasados han cuestionado, con razón, a los reformadores por haber aceptado esta práctica de romanismo, inclusive considerado intereses de estado por sobre la verdad bíblica. Estos estudiosos han debatido que se acepte un rol pasivo para el catecúmeno (que recibe el bautismo sin entender si quiera de qué se trata) en contraste con la decisión activa y voluntaria del catecúmeno que aparece en cualquiera de los casos en **Hechos de los Apóstoles**.

Toda una serie de teólogos tan diversos como Friedrich Schleiermacher, Adolf von Harnack y Karl Barth, cuestionaron en el seno del protestantismo de los siglos XIX y XX el bautismo de los recién nacidos o de los niños de corta edad y lo consideraron ajeno al cristianismo primitivo. Algunas citas aclarando este punto.

F. D. Schleiermacher constata: “Cualquier indicio del bautismo de los niños que se haya querido encontrar en el Nuevo Testamento debe ser introducido primero. [...] En los años de la Reforma hubiera podido ser rechazado, y con razón, el bautismo de los niños, y aproximarse a lo que Cristo instituyó”. Adolf von Harnack escribió:

“Fiunt, non nascuntur Christiani”, no se nace cristiano; uno se hace cristiano (Apologeticum, 18). Esta observación de Tertuliano hubiera podido ser válida hasta la segunda mitad del siglo II; pero enseguida, la transmisión natural del cristianismo de padres a hijos la dejó de lado. Es en esta época que empieza la práctica del bautismo de los niños. Al menos es imposible justificar dicha práctica con seguridad en una época anterior”.

Karl Barth lo expresa aún más claramente:

La doctrina del bautismo profesada por todas las grandes confesiones cristianas hoy [...] no solo tiene una brecha, tiene un pozo. La práctica del bautismo que se basa en la doctrina actualmente en vigor es totalmente arbitraria. No puede justificarse exegética ni objetivamente que el bautizado en la administración de su bautismo, deba sólo mantenerse pasivo. Más bien puede demostrarse, exegética y objetivamente, que es un actor en el acto de administración del bautismo y que en ningún caso puede, sea cual sea su edad, ser un infans (mudo).

Esta clara observación en los planos exegético, histórico y dogmático fue cuestionada hacia mitad del siglo XX por dos célebres intérpretes del Nuevo Testamento Joachim Jeremias y Oscar Cullmann. Los dos estudios de ambos autores reavivaron la vieja controversia de si el cristianismo primitivo y la iglesia primitiva conocieron el bautismo de recién nacidos; y no quedaron sin réplica.



Kurt Aland sometió los textos neotestamentarios y las fuentes patrísticas en las que se apoyaba Jeremías a un examen minucioso y llegó a la siguiente conclusión: no puede probarse como segura la práctica del bautismo de los neonatos más que a partir del siglo III de nuestra era.

No sólo son razones exegético-históricas las que están en contra del bautismo de los recién nacidos; también se oponen la experiencia y el discernimiento espiritual de numerosos cristianos contrarios al uso estático y objetivo de las grandes iglesias y de algunas iglesias libres.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 129-131

Entrando un poco el tema, quienes consideran como soporte bíblico el concepto “oikós” que hemos citado líneas arriba, no pueden encontrar un respaldo positivo a su teoría y se basan en que no se niega el bautismo de infantes. Es evidente que esto no es un argumento válido, pues bastaría con señalar algunos de los “pecados modernos” que no se mencionan en la Escritura para justificarlos. En cambio, los argumentos positivos que relacionan el bautismo con la conversión no pueden ser contradichos. Vincular el hecho que la circuncisión se practicara a los recién nacidos no parece ser tampoco un argumento lógico. Recuerde que Dios se puso en el camino de Moisés cuando este había “olvidado” circuncidar a uno de sus menores hijos. Era un asunto que los padres debían hacer sí o sí pues los vinculaba con el pueblo judío. No es el caso del bautismo que requiere el compromiso del catecúmeno.

Difícilmente podremos entender la historia de la aparición del bautismo de neonatos en la iglesia antigua si olvidamos la observación fundamental del Nuevo Testamento.

Una mayoría aplastante de exégetas está de acuerdo en reconocer que **1 Corintios 7: 14** excluye el bautismo de niños nacidos en un hogar cristiano o parcialmente cristiano. La distinción entre “el bautismo de niños nacidos en un hogar cristiano” y “el bautismo de los niños en el momento de la conversión de sus padres” reduce el problema a una simple analogía con el derecho de los prosélitos al judaísmo, con la fórmula del... [oikós] de **Hechos de los Apóstoles** y con la bendición de los niños en los Evangelios sinópticos.

Los prosélitos tenían derecho a que cuando una familia pagana se convertía al judaísmo, sus hijos de sexo masculino y de corta edad fueran circuncidados y sus hijas recibieran el bautismo de los prosélitos. Es a partir de aquí que empezó a decidirse, por analogía con la circuncisión judía, que cuando una familia pagana se convertía al cristianismo, sus hijos debían ser bautizados. Se ha objetado y con razón que, con la abolición de la ley ceremonial, el derecho de los prosélitos y sus eventuales analogías resultan ya caducos. Cuando Pablo en **Colosenses 2: 11, 12**, describe el bautismo como “la circuncisión en Cristo”, no dice en absoluto que el bautismo reemplace la “circuncisión de la carne”, más bien habla de la “circuncisión del corazón” exigida ya en el Antiguo Testamento (**Deuteronomio 10: 16**); no puede ser entendido de otra forma más que como un bautismo de conversión personal.

Según el testimonio de los Evangelios sinópticos (**Marcos 16: 15, 16; Mateo 28: 19, 20**) y el de los **Hechos de los Apóstoles (2: 37, 38; 8: 12; 10: 44-48; 16: 14, 15; 18: 8)**, uno se hace cristiano pasando por las siguientes etapas: escuchar, convertirse, creer y ser bautizado. Se trata aquí indiscutiblemente de situaciones misioneras. Pero, ¿hay que llegar a la conclusión de que estos textos no tienen todo lo que concierne al bautismo en la iglesia primitiva, aunque esté constantemente viniendo a colación la fórmula oikós (**Hechos 11: 14; 16: 15, 31; 18: 8**), aunque hable del bautismo de “casas” enteras, ¿lo que supuestamente incluye también los niños de corta edad?

Pero la didaché (enseñanza) de las epístolas, que sobrepasa el carácter temporal de la situación misionera y muestra el procedimiento básico en la administración del bautismo en la iglesia primitiva, nos ofrece la misma imagen que los Evangelios sinópticos y que los **Hechos de los Apóstoles**. Nos hacemos cristianos escuchando, creyendo y siendo sellados por el Espíritu Santo (en el bautismo) (**Efesios 1: 13**). Las fórmulas del oikós no mencionan en ninguna parte a los neonatos o a niños de corta edad, siempre y sólo a personas capaces de entender (**Hechos 10: 33; 16: 32; 18: 4, 5**), de creer (**10: 44; 18: 8**) y de regocijarse (**16: 34**). La traducción de Lutero acierta al cambiar “casa” por “domésticos” (**1 Corintios 1: 16**). La fórmula del oikós no es una “fórmula ritual”, sino la expresión de una “pluralidad no definible” (Kurt Aland).

A partir de la perícopa de la bendición de los niños –de muy corta edad (... [paidía] en **Mateo 19: 13; Marcos 10: 13**) y bebés (... [bréphē] en **Lucas 18: 15**)– se ha deducido que la iglesia cristiana entre los años 60 y 70 de nuestra era empezó a bautizar también a niños (neonatos o bebés) nacidos en la iglesia de padres cristianos. El verbo... [kōlúō] (“impedir”), en tanto que terminus technicus del bautismo, habría dado al acontecimiento “presacramental” original descrito en el evangelio un sentido nuevo, asociado al bautismo. De hecho, kōlūō es a menudo usado en relación con el bautismo (**Hechos 8: 36; 11: 17**). Sin embargo, de las 23 veces que aparece este vocablo en el Nuevo Testamento, la mayoría de las veces no tiene relación alguna con el bautismo, sino que queda “en el marco del uso corriente” (K. Aland). No es hasta que este verbo se asocia claramente



al bautismo que puede ser entendido como terminus technicus del bautismo. Dado que este no es el caso de **Marcos 10** ni de los otros textos, “no se puede recurrir a este relato como justificación para el bautismo de los niños en la iglesia primitiva” (F. Hahn).

La Teología y la Práctica del Bautismo, 131-134

Un texto muy antiguo (que ya hemos mencionado antes), anterior a algunos de los evangelios es la **Didaché** (se considera que es anterior al año 70 DC, cuando fue tomada Jerusalén por los romanos y el templo destruido, aunque sin el valor canónico de los evangelios, pero que en algún momento se evaluó si correspondía incluirla en el canon) que podría considerarse el primer antepasado de un manual de iglesia; para relacionarlo con algo que conocemos, tiene mucho que decir sobre el bautismo. En ella es evidente que se vincula la recepción del bautismo con una enseñanza preparatoria incluyendo un período de ayuno, como parte de su preparación espiritual. Lo mismo ocurre con textos un poco más antiguos que permiten notar que el bautismo apostólico era para los adultos solamente.

La **Didaché**, el “reglamento eclesial tradicional más antiguo”, nos ofrece una imagen del bautismo casi idéntica a la del Nuevo Testamento. El bautismo va precedido de una enseñanza preparatoria (**7: 1**) y de un período de ayuno (**7: 4**). Sólo los bautizados estaban autorizados a participar en la eucaristía (**9: 5**). Ambas referencias excluyen claramente cualquier bautismo de neonatos o de niños de corta edad.

En **El Pastor de Hermas**, que B. Altaner y A. Stuiber dataron del 140 al 150 de nuestra era, el bautismo también va precedido del oír la Palabra y de la voluntad de ser bautizado (**Visiones, III, 7, 3; Parábolas, X, 16, 2-4**). La catequesis exigía el dominio de sí mismo en el plano moral, lo que evidentemente rechazaban los candidatos superficiales al bautismo, quienes rechazaban así aceptar la “verdadera doctrina” ...La situación que tenemos ante nuestros ojos es manifiestamente la de un bautismo de adultos. El hecho de que el bautismo no otorgue el perdón más que el de los “pecados pasados” y que un “segundo arrepentimiento” puede ser posible (**Mandamientos, IV, 3, 1.3.6**) parece ser una radicalización legalista con respecto al Nuevo Testamento, pero prueba nuevamente que el autor no conocía más que el bautismo de los adultos.

Lo mismo en la **Epístola de Bernabé**. Los bautizados entran en el agua con “la esperanza de la cruz” (**11.8**). Al mismo tiempo que descienden al agua “llenos de pecados y suciedad” y salen “llevando frutos” y poseyendo “el temor y la esperanza en Jesús y en el espíritu” (**11.11**). En la epístola de **Ignacio de Antioquía a Policarpo** (**6**), el bautismo, la fe, el amor y la paciencia se comparan con armas: casco, lanza y equipamiento completo. La asociación entre el bautismo, la fe y el amor implica claramente un bautismo de personas que han alcanzado su mayoría de edad.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 134-136

Un análisis histórico de la adopción del bautismo de niños tampoco encuentra soporte entre los llamados apologistas (generalmente aplicado a escritores cristianos de los Siglos II y III que defendían al cristianismo frente al judaísmo y el paganismo). Algunas citas de Irineo a las que se pretende señalar como apoyando el bautismo de infantes son claramente extrapolaciones de lógica sin ningún sustento. Lo propio puede decirse de Justino Mártir o de Tertuliano que no demuestran en absoluto apoyar esta tendencia, que surgía ya en ese tiempo, pero que se hizo fuerte unos tres siglos después. Inclusive es interesante la evaluación que hace Tertuliano del bautismo rápido del etíope con Felipe.

Si las declaraciones sobre el bautismo son ya escasas en los Padres apostólicos como hemos visto, aún lo son más en los apologistas. En **Arístides (Apología, 15, 11)** encontramos un pasaje que, según J. Jeremias, habla del bautismo de niños de corta edad. He aquí el texto:

“Cuando uno de sus justos abandona nuestro mundo, se regocijan, y dan gracias a Dios y acompañan sus restos como si lo que hiciera fuera desplazarse de un lugar a otro. Y cuando les nace un niño, alaban a Dios; y si el niño muere durante su infancia, alaban aún más a Dios porque este niño se ha ido de este mundo sin haber cometido pecado”. (**La Apología de Arístides XV**). J. Jeremias interpreta la inocencia del niño como el perdón de pecados en el momento del bautismo. Pero si el contraste entre los justos (adultos) y los inocentes (niños) atribuye la declaración de muerte “sin pecado” a la doctrina de la “aetas innocens” –edad de la inocencia– que encontramos en los padres apostólicos y en Tertuliano. El justo es el antiguo pecador convertido en justo a través del bautismo. El niño no necesita tal justicia porque no ha pecado nunca. Así entendido, este pasaje habla más bien en contra del bautismo en niños de corta edad. Por el contrario, los niños mayores que pueden convertirse en cristianos deben ser “persuadidos” de esta necesidad (**15, 6**).

La **Primera Apología de Justino Mártir**, escrita hacia el 150-155, presenta una descripción detallada del significado del bautismo y su forma. La situación es claramente la del bautismo en adultos. El capítulo **61** habla de los candidatos al bautismo y como estos pueden crecer y adquirir compromisos. Antes de su bautismo, solicitan el perdón de sus antiguos pecados y ayunan. Después, en un sitio que haya agua, son sumergidos bajo la superficie del agua (baño bautismal) en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Este bautismo significa una especie de “nuevo



nacimiento” y una “iluminación”. Después los recién bautizados son llevados ante los “hermanos”. Siguen: la oración, el beso fraternal y la eucaristía (capítulo 65). Si consideramos que el capítulo 67 nos presenta una descripción del desarrollo del culto que asocia la eucaristía (capítulos 65 y 67) con el bautismo (capítulo 61 y 65) de los “nuevos conversos” (capítulo 65), podemos llegar a la conclusión de forma justa que Justino Mártir no conocía el bautismo de neonatos ni de niños de corta edad.

Otra cosa parece ser lo que dice Ireneo, el “teólogo más importante del siglo II”. En su obra antignóstica **Adversus haereses** (180-185), el pasaje de **II, 22, 4** está a menudo considerado como “el primer testimonio claro del bautismo de niños”. Ireneo escribe lo siguiente:

“...sino que se manifestó [Jesús] como era. Siendo, pues, el Maestro, tenía la edad apropiada para un maestro. El no rechazó ni reprobó al ser humano, ni abolió en sí la ley del género humano, sino que santificó todas las edades al asumirlas en sí a semejanza de ellos. Porque vino a salvar a todos: y digo a todos, es decir a cuantos por él renacen para Dios, sean bebés, niños pequeños, niños, jóvenes o adultos. Por eso quiso pasar por todas las edades: para hacerse bebé con los bebés a fin de santificar a los bebés (infantes); niño con los niños (parvulus), a fin de santificar a los de su edad, dándoles ejemplo de piedad, y siendo para ellos modelo de justicia y obediencia; se hizo joven con los jóvenes (juvenis), para dar a los jóvenes ejemplo y santificarlos para el Señor; y creció con los adultos hasta la edad adulta (senior), para ser el Maestro perfecto de todos, no solo mediante la enseñanza de la verdad, sino también asumiendo su edad para santificar también a los adultos y convertirse en ejemplo para ellos”. (**Adversus haereses II, 22, 4**)

Cualquiera que examine esta cita entera va a tener difícil el encontrar un “testimonio muy claro del bautismo de los niños”, por las siguientes razones: el tema en cuestión de esta cita no es ni el bautismo, ni el de los niños. Más bien habla de la santificación de la vida humana a cada edad de la vida. Habla del porqué Cristo mismo pasó por todas las edades de la vida, del recién nacido a la edad adulta. En este proceso la santificación tiene lugar –al menos desde la infancia a la edad adulta– por el “ejemplo de piedad [de Cristo]”, que el niño, el joven y el hombre deben buscar imitar. Ireneo no nos dice lo que pasa con la santificación de los recién nacidos. Pero se podría pensar en la adhesión santificante de los padres cristianos. La fórmula “Cristo ha venido para salvar aquellos que, por él, han nacido de nuevo a Dios” es interpretada por los defensores del bautismo de neonatos como el nuevo nacimiento por el bautismo. Ireneo no dice que el nuevo nacimiento sea por un bautismo sacramental del recién nacido, sino que pone el acento en la voluntad universal de la salvación de Dios (“...vino a salvar a todos...”) y sobre este nuevo nacimiento operado por Dios (“...a cuantos por él renacen para Dios...”). Los dos apuntan hacia el objetivo divino de la salvación. La apropiación subjetiva de la salvación –¿cómo y cuándo? – es un tema no tratado.

Ireneo se manifiesta claramente en otros pasajes sobre la apropiación subjetiva de la salvación. Esta tiene que ver con la libertad del hombre ya que este tiene la capacidad de elegir (**Adversus haereses, IV, 37, 1**) y no es en ningún modo forzado (**37, 3**). Esto también es válido para la fe (**37, 5**). Aquel que cree es salvo y tiene la vida (ídem).

Podemos llegar a la siguiente conclusión: a mitad del siglo II, el bautismo de neonatos no era practicado aún en la iglesia. Es indiscutible que el primer testimonio inequívoco de tal práctica se encuentra por primera vez en la obra de Tertuliano, **De bautismo**. La viva controversia de Tertuliano contra el bautismo de neonatos y de niños de corta edad prueba que se opone a una “doctrina nueva” a la que juzga de intolerable: “Pueden los niños venir cuando sean mayores; deben venir cuando hayan aprendido a dónde deben ir; podrán convertirse en cristianos cuando estén en condiciones de conocer a Cristo” (**De bautismo, XVIII**). Concluiremos acertadamente que el bautismo de los niños de corta edad habría empezado realmente “después del último tercio del segundo siglo”.

Según Tertuliano, el bautismo debe ser precedido de una cuidadosa preparación. Un bautismo rápido, como el del oficial etíope – aunque se cumplieran los requisitos de comprensión y fe– debe considerarse como una excepción (**De bautismo, XVIII**). El bautismo debe ser deseado por el candidato, pero no debe ser algo precipitado (**De paenitentia, VI**). De ahí esta exhortación dirigida a los niños mayores: “Que puedan aprender a orar por la salvación de sus almas” (**De bautismo, XVIII**). Entre las condiciones del bautismo figura el aprendizaje en la Palabra (**De bautismo, XIV; De paenitentia, VI**). A continuación, lo que ha sido entendido debe ser objeto de fe, (**De bautismo, XIII**). Durante este tiempo, el candidato al bautismo debe, arrepentido, abandonar su vieja vida (**De paenitentia, VI**), renunciar a Satanás (**De spectaculis, IV; De corona,**





IV), dedicarse a Dios en oración y confesar sus pecados (**De baptismo, XX**). La oración debe ser también una intercesión por los que están ya bautizados (“Cuando oréis, pensad en el pobre pecador Tertuliano”, **ídem**). El candidato es ahora bautizado con una triple inmersión (**De corona, III**), en el transcurso de las cuales testimonia su fe mencionando el nombre de las tres personas divinas y de la iglesia (**De baptismo, VI**). Una vez salido del baptisterio, el nuevo cristiano recibe la leche y la miel (**De corona, III**). Los recién nacidos, los niños de corta edad y los niños en general no necesitan dicho proceso. Tertuliano lo justifica mencionando la inocencia de los niños pequeños (“¿Por qué motivo la edad de la inocencia tiene tanta prisa por abandonar los pecados?” **De baptismo, XVIII**).

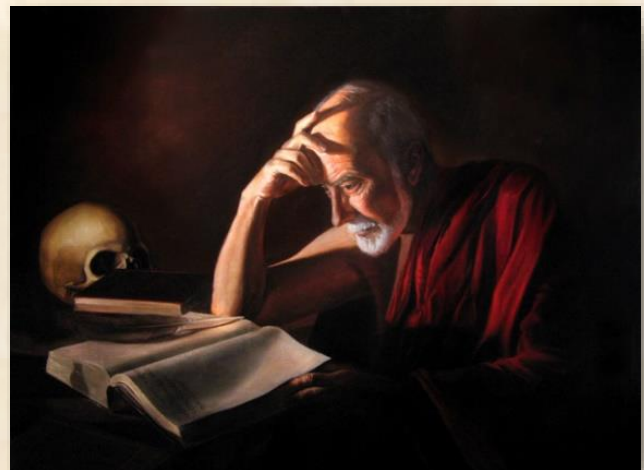
La Teología y la Práctica del Bautismo, 136-142

La pugna sobre el tema con algunos llamados padres de la iglesia apoyando y otros oponiéndose continuó durante siglos en los que el bautismo de infantes cobró cada vez mayor predominio.

Aunque el predominio del bautismo de los neonatos y de los niños de corta edad haya empezado hacerse notar solamente a partir del Siglo VI, el giro definitivo del bautismo cristiano administrado exclusivamente a personas habiendo alcanzado cierta mayoría de edad, practicado en la iglesia primitiva y en la iglesia de los primeros tiempos, convirtiéndose en un bautismo administrado cada vez con más frecuencia a menores, debe haber tenido lugar en la primera mitad del tercer siglo, porque Orígenes (185-254 DC) consideraba ya dicha práctica en su época como una “tradición apostólica” (**Commentarii in epistulam ad Romanos, V, 9**).

Es evidente que los adversarios del bautismo de neonatos, como por ejemplo Tertuliano, no se impusieron. El bautismo de niños muy pequeños, aparece en el último tercio del Siglo II DC, y empieza a imponerse. Es lo que expone claramente Cipriano de Cartago (210 o 215-258 DC), quien, por otra parte, dependía mucho del “Maestro” Tertuliano. Para él, no hay ninguna duda de que los neonatos deben ser bautizados lo antes posible (**Epistula, LXIV, 2**). El motivo está en la necesidad del perdón de los pecados, atribuido al bautismo. Es verdad que el niño no ha cometido ningún pecado propio; pero tiene “pecados ajenos” que debe hacerse perdonar [esto debido a la herejía del pecado original] (**ibidem, 5**). Los niños tienen derecho a ello (**ibidem, 6**). Encontramos ya aquí conceptos que Agustín de Hipona desarrollará con posterioridad para desembocar en la doctrina del pecado original. Orígenes mismo pretende en la misma época –la de su estancia en Palestina, alrededor del 230 al 250 DC– que, según el uso en la iglesia, el bautismo debe ser concertado incluso en niños de corta edad para poder recibir el perdón de los pecados. Si no, bautizarlos sería algo superfluo. (**Homiliae in Leviticum, VIII**).

Sin embargo, durante los siglos III y IV, todavía no hay una aceptación total del bautismo de personas que no hayan alcanzado aún una cierta edad. Numerosos Padres de la iglesia del siglo IV fueron bautizados siendo adultos. San Ambrosio, célebre obispo de Milán, de familia cristiana desde un siglo atrás, no se hizo bautizar hasta tener los 34 años. Hasta entonces era solo catecúmeno o candidato al bautismo. Jerónimo [autor de la Vulgata Latina], uno de los mayores eruditos bíblicos de la antigüedad cristiana, hijo de padres cristianos, no fue bautizado hasta tener alrededor de 20 años. Agustín de Hipona, cuya madre, Santa Mónica, era hija de padres cristianos, recibió una educación cristiana, pero no fue bautizado en su infancia. Fue tras largas y dramáticas luchas interiores que decidió convertirse en cristiano a los 33 años. Gregorio Nacianceno uno de los tres grandes Padres Capadocios, fue dedicado a Dios desde su nacimiento por su madre cristiana Nonna, pero se hizo bautizar cuando fue adulto. Incluso el más célebre orador de la antigüedad cristiana, Juan Crisóstomo, hijo de padres cristianos, no fue bautizado hasta que se convirtió en orador y siguiera la enseñanza de la doctrina cristiana durante varios años.



La Teología y la Práctica del Bautismo, 142-144

Queda claro hasta aquí que el bautismo de infantes no tiene sustento bíblico ni tampoco histórico, ni puede apelarse al “unánime acuerdo de los padres de la iglesia” que se suele mencionar. Es un proceso lento, pero lamentablemente seguro, el que llevó a pervertir el bautismo, que debía ser la consecuencia de la conversión, el arrepentimiento, la confesión de la aceptación de Cristo como Salvador personal, a un rito



realizado a infantes que no pueden haber decidido en nada de lo relacionado a su salvación. El cristianismo debió esperar hasta el siglo XVI con el empuje del pensamiento anabaptista a que la verdad sobre el bautismo de adultos por inmersión pudiera ser recuperada para la gloria de Dios.

Un buen punto de partida para hablar de la interpretación anabautista sobre el bautismo, es la Confesión de Schleitheim, pues es la primera declaración de fe anabautista. He aquí el primero de siete artículos:

Nota concerniente al bautismo. Se impartirá el bautismo a todos aquellos a quienes se les haya enseñado el arrepentimiento y el cambio de vida, a quienes crean verdaderamente que sus pecados son borrados por medio de Cristo, a quienes deseen caminar en la resurrección de Jesucristo y hayan sido sepultados junto con él en su muerte, para poder resucitar con él; a todos los que tengan este entendimiento, y deseen el bautismo y nos lo soliciten... La siguiente sección repudia el bautismo de infantes.

Hay muchas frases importantes en esta declaración. Habla de que la congregación enseña a los que han de bautizarse. Habla del cambio de vida que debe experimentar la persona que va a bautizarse. Alude a la naturaleza de la vida cristiana de andar en la resurrección.

En esencia, el bautismo es el medio por el cual el creyente nacido de nuevo se consagra a una vida de obediencia, en comunión con los demás creyentes, entrando a formar parte de la comunidad visible de salvación. Hubmaier enfatizaba que el bautismo es el enrolamiento en la comunidad visible. La comprensión anabautista/ menonita del bautismo comprende la naturaleza de la iglesia, la naturaleza de la salvación, y la naturaleza de la vida cristiana.

Antes de proseguir, he aquí unos cuantos puntos anabautista/ menonita acerca del bautismo.

1. El bautismo se administra al creyente, no en base a lo que sabe, sino como indican las escrituras y la fe menonita, en base a la evidencia de la vida nueva. Cuando una persona se bautiza, no sabe todo lo que hay que saber [esta es la razón para la preparación postbautismal que debe ser más abarcante y continua]. A pesar de que el conocimiento ocupa un lugar importante, aun aquellos que han sido cristianos durante muchos años no saben todo acerca de Jesús y del evangelio. El conocimiento no constituye el criterio central para administrar el bautismo; lo que es esencial para el bautismo es la evidencia del nuevo nacimiento y vida en el Espíritu. Este concepto pesa sobre el bautismo de niños. Los anabautistas creen que los niños no necesitan del nuevo nacimiento hasta que, como Adán y Eva, optan por el mal. Por esta razón, el bautismo se administra sólo a aquellos en quienes se evidencia el don del nuevo nacimiento.
2. Respecto al bautismo, los anabautistas difieren sustancialmente de la mayoría del protestantismo, así como del catolicismo romano, no sólo o porque no bautizan bebés, sino también por la importancia otorgada al bautismo en comparación con otras prácticas de la iglesia. En general, tanto la iglesia católica (en la misa) como las iglesias protestantes prestan mucha más atención a la comunión que al bautismo. No obstante, entre los anabautistas el bautismo ocupa el primer lugar, ya que es el punto crítico para la conformación de una iglesia regenerada y disciplinada. El bautismo debe administrarse únicamente a aquellos capaces de contraer un compromiso (o a ser leales) con Dios y con su iglesia. El conceptualizar la vida cristiana como un peregrinaje da importancia al bautismo. Los cristianos están en el camino. Este concepto de la iglesia es muy diferente al de corpus cristianum, en el que toda la gente forma parte de la iglesia por nacimiento y por bautizo. Tal iglesia enfatiza la comunión, porque se ve a sí misma perdonada y celebrando haber recibido el maná, y no en peregrinaje y preocupada por cruzar el mar Rojo. Pablo habló del bautismo en términos de ser bautizados en el mar (**1 Corintios 10: 1-5**).
3. El bautismo es el medio para reunir a la sociedad redimida, una sociedad de peregrinos, separada del mal del mundo no regenerado. El bautismo era tan importante para los primeros anabautistas, que Hubmaier dijo: "Donde no hay un bautismo correcto, no hay iglesia" [esta es una cita para pensar mucho, en especial, cuando el apresuramiento en el bautismo, para alcanzar metas, de personas en las que no hay evidencias de conversión, lleva luego a un alto nivel de apostasía]. No se refería a la "regeneración bautismal," sino que el énfasis radicaba en la naturaleza esencial del nuevo nacimiento y de la vida de peregrinaje. El bautismo era una consagración y confesión pública, tanto de la experiencia de la vida nueva como de estar en el camino. Siempre era una acción voluntaria. A nadie se obligaba. Se recibía en base al propio deseo.
4. El bautismo es señal de discontinuidad con el mundo. Por el bautismo la persona rompe con el pasado y se consagra a Jesucristo y a su pueblo. Es difícil imaginar como algunas teologías pudieron relacionar el bautismo con la circuncisión. Les pareció lógico que, así como en Israel los bebés varones eran circuncidados y entraban a formar parte del pueblo, así también al bautizar ahora a los bebés, éstos entraban a formar parte de la iglesia; sin embargo, los dos símbolos son muy diferentes. El bautismo simboliza el rompimiento con el pasado y la



- apertura a un futuro nuevo. La circuncisión implica continuidad con un pueblo. Por lo tanto, ambos símbolos apuntan a direcciones opuestas.
5. En términos de atar y desatar, algunos consideran que el bautismo “ata” y la disciplina “desata”. Por el bautismo la persona ingresa a la comunidad de fe y se ata (o se vincula) con los demás creyentes. No obstante, si un creyente cae en pecado y persevera en su rebeldía, entonces se le disciplina, es decir, se le desata.
 6. En el corazón del bautismo hay un compromiso de lealtad con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, y con los demás creyentes: el compromiso de vivir una vida de peregrinaje y discipulado. El bautismo no tiene nada que ver con la remoción del “pecado original”, ni tampoco confiere gracia o regeneración en forma milagrosa. El bautismo no es más que el ingreso a la iglesia visible.

Así como algunos juran lealtad a la bandera, los creyentes comprometen su lealtad al reino de Cristo. En los días de los anabautistas, se exigía a los ciudadanos jurar lealtad a la ciudad donde vivían. Los anabautistas se rehusaron a hacer tal juramento, aduciendo que ¡ellos ya habían comprometido su lealtad a Dios cuando se bautizaron!

7. El bautismo es un símbolo, no un sacramento. Es una ordenanza y, como tal, constituye un medio de enseñanza. Pero, ¿qué simboliza el bautismo? Esto ha dado lugar a un desafortunado giro en la vida de la iglesia. Por alguna razón, la iglesia ha argumentado con frecuencia en cuanto al modo de bautizar, perdiendo a menudo su significado. Históricamente han existido dos formas de bautizar: por inmersión y por aspersion. En realidad, ninguno de los dos métodos conlleva todo el simbolismo. La inmersión simboliza la participación en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. El creyente es sumergido en el agua, y luego sacado a la superficie. Pero a la inmersión la acompañan muchas otras preguntas: ¿Cómo debe hacerse? ¿El creyente debe ser sumergido hacia adelante o hacia atrás? ¿Debe el creyente ser sumergido una o tres veces? La aspersion es símbolo del derramamiento del Espíritu en Pentecostés. En este caso, el que se bautiza se arrodilla, y después de que se le vierte agua sobre la cabeza, se le ofrece la mano derecha en señal fraternal, y se le pone de pie, con las palabras: “como Cristo resucitó de los muertos, así tú, te levantas a una vida nueva”. Esto simboliza la resurrección. En ambos casos el agua simboliza el lavamiento de pecados. En la teología menonita, más importante aún que este simbolismo es el entender que el bautismo representa la hermandad. Históricamente, se bautizaba juntos a terratenientes y campesinos, nobles y siervos, maestros y aprendices. Durante 400 años, **1 Juan 5: 8** ha sido el texto básico de la predicación anabautista acerca del bautismo. “**Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son uno**”. Desafortunadamente, ya era yo de mediana edad cuando descubrí esto, leyendo *The Anabaptist Theology of Martyrdom* (La teología anabautista del martirio), de Ethelbert Stauffer (1945:180-214). Luego, leyendo *Anabaptist Baptism* (El bautismo Anabautista), de Roland Armour (Herald Press, 1966), me sorprendí al constatar cuantas veces se menciona este versículo en relación con el bautismo (por parte de Hubmaier, Marpeck y Hut, para nombrar sólo a unos cuantos). Hablar del bautismo sobre la base de **1 Juan 5: 8** es afirmarse en terreno bíblico e histórico. Hay tres testigos: el Espíritu, el agua y la sangre. Y estos tres son uno, es decir, concuerdan. Tras la administración del bautismo está la iglesia que administra la ordenanza. En el texto de **1 Juan** vemos una secuencia. El bautismo en agua es visto como el centro de la historia redentora. Primero está la muerte al pecado por la obra del Espíritu; luego el bautismo en agua administraba en medio de la congregación. Todo esto apunta hacia el futuro, hacia la participación en la salvación y en el bautismo final, cuando el creyente entre a la próxima vida y a la resurrección. La ordenanza del bautismo en agua apoyaba el testimonio interno del Espíritu y el testimonio externo de la sangre. Aquellos que eran bautizados abandonaban el orden del pecado y muerte, para entrar a la vida nueva y a la salvación.

Paul M. Lederach, Un Tercer Camino, Reflexiones sobre el anabautismo, 70-74

No me permitiría cambiar ni un ápice de esta cita, que corresponde totalmente con la doctrina sobre el bautismo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

7.8. El bautismo por los muertos

Existe un pasaje algo oscuro en las cartas de Pablo que algunos han pretendido utilizar para justificar una doctrina errónea: el bautismo vicario por los muertos.

De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?

1 Corintios 15: 29

Según esta doctrina, adoptada por la Iglesia de los Santos de los últimos Días, conocidos como mormones, por su Libro de Mormón; una persona puede bautizarse por sus antepasados, que tal vez nunca



hicieron profesión de fe, y proveerles un medio de salvación. Quienes proponen esta doctrina (que hasta donde conozco no se reproduce en ninguna otra iglesia) utilizan el pasaje mencionado como si Pablo estuviese señalando que hay que bautizarse por los muertos. Observe en la cita siguiente las formas más comunes en que se ha interpretado este versículo dentro de la gran mayoría de la cristiandad, a excepción de la iglesia mencionada.

La interpretación de este texto único plantea varios problemas que han tratado de resolverse de formas muy diferentes:

1. Según la mayoría, Pablo pondría en evidencia la incoherencia entre la enseñanza y la práctica de algunos corintios que practicarían un bautismo vicario por los muertos, aun negando la resurrección futura.
2. Para otros, siguiendo a Crisóstomo... este texto hace alusión a la profesión de fe del bautizado que contenía estas palabras "Creo en la resurrección de los muertos" ...Pablo haría referencia a ella para demostrar que el bautismo no serviría de nada sin la victoria de Cristo sobre la muerte.
3. Para otros, Pablo tendría en mente el bautismo de sangre, el martirio, porque Jesús emplea dos veces el término bautismo al hablar de su muerte y de la de algunos de sus discípulos (**Lucas 12: 50; Marcos 10: 38, 39**). "¿De qué serviría permanecer fiel hasta la muerte... si no hubiera resurrección?"

Aunque la intención del texto permanezca oscura, en cualquier caso, la argumentación de Pablo está clara, al menos en un punto: sin la resurrección de Cristo, ni nuestra fe, ni nuestra esperanza y aún mucho menos nuestro bautismo, tendrían sentido. Es gracias a la resurrección de Cristo —que este rito simboliza de algún modo— que el bautismo cobra sentido y encuentra su razón de ser.

La Teología y la Práctica del Bautismo, 98

Es evidente que la lectura del versículo mencionado descarta que Pablo esté sugiriendo, recomendando, ordenando o aceptando (o cualquier otro verbo que usted pudiera sugerir) que los cristianos deben bautizarse vicariamente por los muertos (en lugar de ellos, se entiende) sino que sostiene que, si hay alguien que piensa así, pero al mismo tiempo no cree en la resurrección, es incoherente. Esto no ha impedido que esta doctrina forme parte de la teología mormona.

Los Santos de los Últimos Días usan **1 Corintios 15: 29** para demostrar que su concepto del bautismo por poder, es bíblico. Pero el tema principal de Pablo en **1 Corintios 15** no era el bautismo por los muertos, sino "la resurrección del cuerpo". En el versículo **29** no da ningún mandamiento para bautizar por poderes, sino que argumenta a favor de la resurrección del cuerpo. La historia indica que sí había sectas que practicaban el bautismo por los muertos. Pablo puede estar refiriéndose a ellos cuando dice: "De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos?" Observemos los cambios de pronombres en el versículo siguiente: "¿Y por qué nosotros peligramos a toda hora?" Noten que ellos se bautizan por los muertos y nosotros peligramos a toda hora. Pablo no se identifica a sí mismo ni a ningún cristiano con aquellos que se estaban bautizando por los muertos. Pregunta simplemente: "¿Por qué lo hacen si no hay resurrección?" Su práctica indica que creen en una resurrección, así como cuando nosotros peligramos por el evangelio, demostramos que creemos en la resurrección". Con frecuencia los Santos de los Últimos Días cambian los pronombres para que diga así: "De otro modo, ¿qué haremos los que nos bautizamos por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, nos bautizamos por los muertos?" La verdad requiere que toda escritura se interprete honradamente.

La doctrina de los Santos de los Últimos Días del bautismo por los muertos, realmente viene de **Doctrina y Convenios 124: 29-39, 127: 5-7, 128: 1-3 y 17: 18**. El presidente José Fielding Smith dice en **Doctrines of Salvation, Tomo II, 141**, "Si el hombre no puede entrar en el reino de Dios sin el bautismo, luego los muertos deben ser bautizados. Pero ¿cómo pueden ser bautizados en agua por la remisión de pecados? Es fácil entender cómo pueden ellos creer personalmente en Cristo, y aun obtener el espíritu de arrepentimiento. Pero el agua es un elemento de este mundo. ¿Cómo podrían los espíritus ser bautizados en ella, o recibir la imposición de manos para recibir el don del Espíritu Santo? La única manera de hacerlo es por poder, actuando alguien en representación del muerto".

Sobre este tema, el presidente Wilford Woodruff dijo: "Considero esta parte de nuestro ministerio como una misión de tanta importancia como predicar a los vivos; los muertos oirán la voz de los siervos de Dios en el mundo de los espíritus, y no podrían salir en la mañana de la resurrección, a menos que determinadas ordenanzas sean celebradas para y en favor de ellos en templos edificadas para el nombre de Dios. Para salvar a los muertos, se requiere tanto como para salvar a los vivos. Durante los últimos mil ochocientos años, el pueblo que ha vivido y muerto nunca oyó la voz de un hombre inspirado, nunca oyeron un sermón evangélico hasta entrar en el mundo de los espíritus. Alguien tiene que redimirlos, haciendo ordenanzas en favor de ellos en la carne, ya



que ellos no pueden ayudarse a sí mismos en el espíritu. Y para que esta obra se haga, necesitamos templos en donde hacerla. Lo que quiero decirles a ustedes, hermanos y hermanas míos, es que el Dios de los cielos nos exige que nos levantemos para edificarlos, para que la obra de redención sea apresurada... Aquí diré, antes de terminar, que dos semanas antes de salir de St. George (estado de Utah), los espíritus de los muertos me rodearon, deseando saber por qué no los redimimos. Dijeron: Ustedes han tenido uso de la casa de dotación durante varios años, y nada se ha hecho para nosotros. Nosotros pusimos el fundamento del gobierno que ahora gozan ustedes, y nunca nos apostatamos de él, pero le seguimos fieles, y éramos fieles a Dios. Estos eran los signatarios de la declaración de independencia, y me insistieron durante dos días y noches... En seguida, fui a la fuente bautismal y llamé al hermano McCallister para bautizarme por los signatarios de la declaración de independencia, y por otros cincuenta hombres eminentes, un total de cien. Estos incluyen a Juan Wesley, Colón, y otros. Luego lo bauticé a él por todos los presidentes de los Estados Unidos, con excepción de tres; y cuando su causa sea justa, alguien hará el trabajo por ellos” (**Journal of Discourses, Tomo XIX, 228-229**).

Tales enseñanzas están en contra del **Salmo 49: 7** “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate”. Además, no somos rescatados “con cosas corruptibles” como dice **1 Pedro 1: 18**. Por eso, debemos preguntar: “¿Son corruptibles los templos hechos por los hombres? ¿Es corruptible el agua? ¿Son corruptibles los hombres que actúan por poder de los muertos?” Si estas cosas son corruptibles, nadie puede ser redimido con ellas. Porque los hombres son redimidos solamente con la sangre preciosa de Jesucristo (**1 Pedro 1: 18, 19**).

Afirma el mormonismo que el bautismo es esencial para la salvación, pero que los espíritus no pueden ser bautizados en agua. De manera que este trabajo hecho por poder, es absolutamente necesario para salvarlos. Pero el Libro de Mormón enseña que los tres discípulos nefitas que no murieron, bautizaron a los mortales (**Libro de Mormón, III Nefi 28: 18**). ¿Le hubiera sido más difícil que un mortal bautizara a un espíritu, que lo fue para el Espíritu de Señor bautizar a Adán? (**Perla de Gran Precio, Moisés 6: 64, 65**). ¿Y por qué no podía el Espíritu bautizar a los espíritus, si pudo bautizar a un mortal? Además, dice el presidente José Fielding Smith en **Doctrines of Salvation, Tomo I, 135**: “Los que entran al mundo espiritual, teniendo el sacerdocio de Dios, enseñan a los muertos el evangelio eterno en aquel mundo espiritual, y cuando los muertos están dispuestos a arrepentirse y, a recibir esas enseñanzas, y la obra está hecha para ellos, aquí, vicariamente, tienen el privilegio de salir de su prisión para encontrar su lugar en el reino de Dios”.

¡Aparentemente la “autoridad sacerdotal” para bautizar e imponer los manos se pierde con la muerte! Lo único que pueden hacer los predicadores Santos de los Últimos Días en el mundo espiritual, es predicar; mientras que los mortales pueden bautizar, ordenar, etcétera. ¿Es esto la “progresión eterna”? De todas maneras, uno puede dudar por qué es tan importante, ya que **Moroni 8: 22, 23** en el **Libro de Mormón**, dice: “Porque he aquí, todos los niños pequeñitos viven en Cristo, así como todos aquellos que están sin ley; por tanto, el que no ha sido condenando, o el que no está bajo condenación, no puede arrepentirse; y para tal el bautismo de nada sirve; antes es una burla a los ojos de Dios, porque se niegan las misericordias de Cristo y el poder de su Santo Espíritu, y se fía en obras muertas”.

A pesar de esto, los Santos de los Últimos Días rechazan la doctrina bíblica de la justificación por fe (**Romanos 3: 28, 5: 1**, etcétera) en la obra vicaria (representativa) de Jesucristo (**1 Corintios 15: 3, Romanos 5 :6-8**). Dice **Doctrines of Salvation, Tomo II, 140**: “La doctrina de “fe solamente” niega la justicia de Dios”.

En **Artículos de Fe, 118 y 480**, Talmage llama la justificación por la fe, una “doctrina perniciosa” y un “dogma sectario”. Creen los Santos de los Últimos Días que ellos pueden obrar por los muertos, y que ellos lo pueden aceptar por la fe en el mundo espiritual después de la muerte (véase **Doctrines of Salvation, Tomo II, 135**). Pero cuando Cristo ofrece la vida eterna libremente por la gracia y por fe ahora, los Santos de los Últimos Días la rechazan diciendo que tienen que obrar para ganar su propia salvación! En verdad, “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (**2 Corintios 4: 4**).

En **Artículos de Fe, 168**, dice Talmage que podemos ser “salvadores vicarios” de los muertos. Pero si eso es verdad, Jesucristo no es el único mediador entre Dios y los hombres, como afirma en **1 Timoteo 2: 5**. Además, dice **Hebreos 9: 27**: “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. En ninguna parte enseña la Biblia que hay una segunda oportunidad de salvarse después de la muerte. Enseña, más bien: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” ...

Pero los mormones usan también **1 Pedro 4: 6** para enseñar la salvación para los muertos. Dice: “Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos”. Observemos el tiempo del verbo: dice que el evangelio ha sido predicado a los que ahora son muertos. Si los Santos de los



Últimos Días hacen obra “por poder” de los paganos, es una “burla” y son “obras muertas”, según **Moroni 8: 22, 23** en el **Libro de Mormón**. Por otro lado, los que tenían la ley y la rechazaron, no merecen que se les haga obra “por poder” según el presidente José Fielding Smith, en **Doctrines of Salvation, Tomo II, 184**: “El trabajo hecho a favor de los muertos, no fue diseñado para aquellos que tuvieron toda oportunidad de recibirlo, a quienes se les enseñó, y quienes luego lo rechazaron, o que no tuvieron suficiente interés para poner atención en estas ordenanzas mientras vivían”. Si el bautismo “por poder” no se necesita para los que estaban sin ley, y no fue diseñado para los que sí la tenían, ¿para quiénes se hace tal trabajo? La realidad es que los misioneros mormones, que recorren “**mar y tierra para hacer un prosélito**” (**Mateo 23: 15**) pierden su tiempo si van a la gente “**sin ley**” ya que esas personas ya “viven en Cristo” según **Moroni 8: 22**.

Marvin W. Cowan, Los Mormones, Sus doctrinas refutadas a la luz de la Biblia, 97-99

Las declaraciones anteriores, de los propios apóstoles del mormonismo, demuestran la inconsistencia de su herético bautismo por los muertos. Esto es demostrable por el propio concepto teológico del bautismo, que hemos presentado extensamente en este documento, como por el hecho de la naturaleza del hombre. La muerte es un sueño, los muertos nada saben, y no hay segundas oportunidades para nadie. Hoy es el día de aceptar al Señor.

Este texto debe ser tratado según su contexto inmediato y teniendo en cuenta el hilo temático que desenvuelve Pablo en **1 Corintios 15**: la resurrección. A su vez, toda posible interpretación debe ser extraída considerando el marco mayor que brinda el sentido que tiene la carta a los corintios, reparando en el pensamiento paulino que se revela en otros escritos, y armonizando toda deducción con el pensamiento bíblico general.

Este marco mayor traza un esquema dentro del cual debe producirse la deducción del significado del texto, considerando, por supuesto, los aspectos lingüísticos y gramaticales como herramientas fundamentales de la búsqueda del significado. Escapar a este marco nos puede llevar a ver ideas personales en el relato, lo que, finalmente, nos impedirá conocer su significado genuino.

Por otra parte, ese marco general que unifica el pensamiento de los autores bíblicos, sustenta los siguientes aspectos que debemos tener en cuenta:

1. La salvación es por gracia, y la gracia es dada libremente por Dios al creyente, y el hombre se apropia de ese don por medio de la fe (**Efesios 2: 8**). Pero no encontramos en la Biblia que un individuo pueda creer por otro, o convertirse por otro o bautizarse por otro. Sin embargo, sí es posible que el ejemplo de un creyente guíe a un incrédulo. Pero recordemos que el hombre no se salva en grupos, ni el uno por el otro. Dice Ezequiel: “**Noé, Daniel, Job ...por su justicia librarán únicamente sus propias vidas, dice Jehová el Señor**” (**Ezequiel 14: 14**). Ningún miembro de iglesia del siglo primero pudo haber leído esta carta (**1 Corintios**) entendiendo que la fe de un creyente vivo pudiera ser reconocida como beneficiosa para un incrédulo muerto.
2. En ninguna parte de la Biblia se autoriza a practicar un bautismo en favor de los muertos.
3. El apóstol San Pablo no apoya dicha enseñanza. Incluso es difícil sostener que llegara a practicarse en los tiempos de Pablo. De todos modos, la afirmación paulina no es más que una referencia incidental y no una validación doctrinal. Y obviamente, una referencia no significa la autorización apostólica.
4. Por otra parte, bien sabemos que la Biblia enseña que esta vida es la única oportunidad con que contamos, y el destino individual no puede, por lo tanto, optimizarse luego de la muerte (**Eclesiastés 9: 10**).
5. Más allá de la muerte, el individuo entra en una etapa de inconsciencia y espera hasta el momento del regreso del Señor (**Eclesiastés 9: 5; 1 Tesalonicenses 4: 13-18**). Estos últimos textos son determinantes, pues al estar inconscientes los muertos no pueden creer, ni sentir, ni decidir. Pablo utiliza en **1 Corintios 15** una amplia y surtida gama de argumentos tomados de la praxis cristiana que, de concierto, ilustran la segura confianza en la resurrección de los muertos.

Daniel Scarone, Credos Contemporáneos, 244, 245

Dios le bendiga.